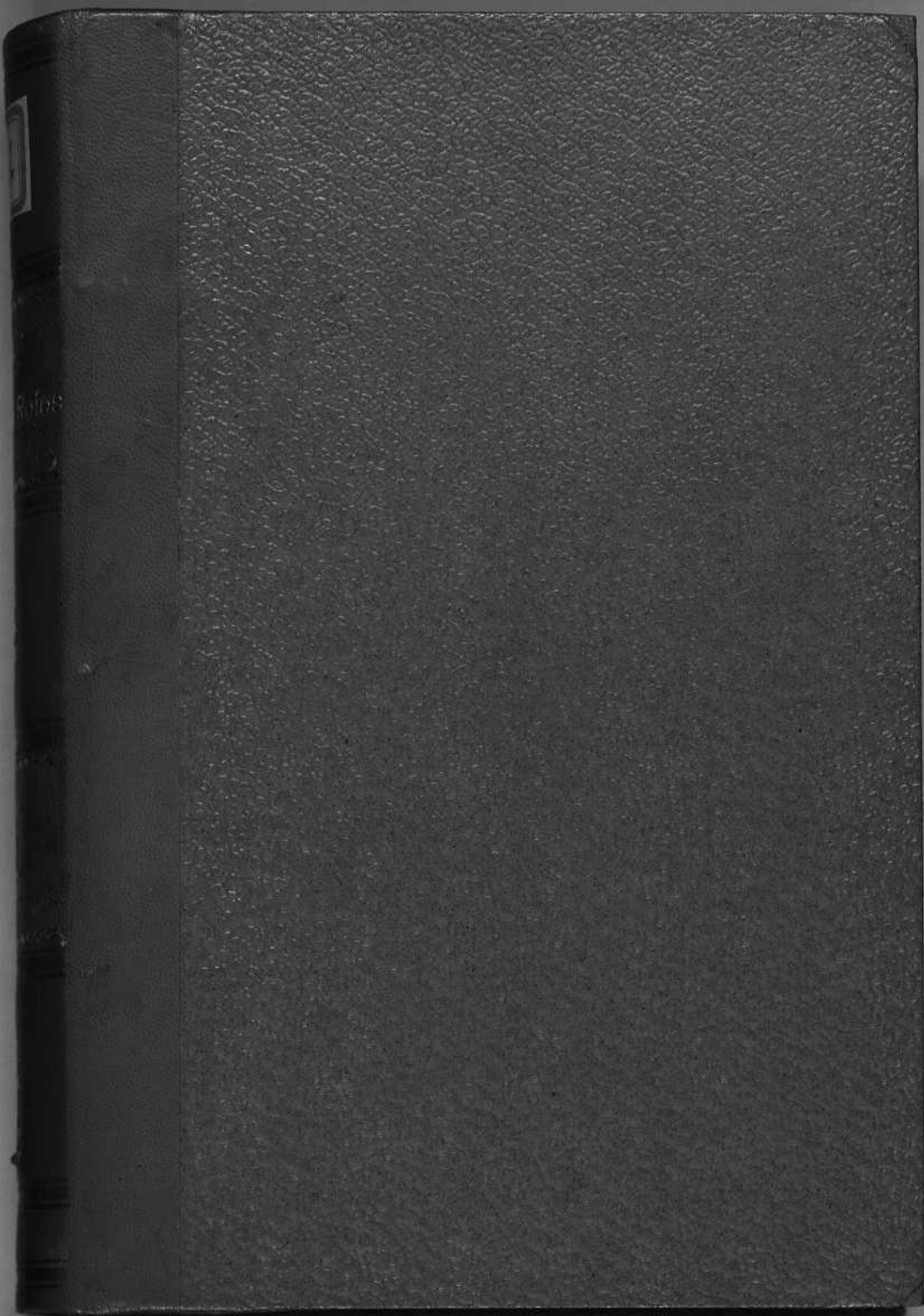






Claveles Rojos

NOVELA DE COSTUMBRES ANDALUZAS



por RAFAEL BAYO PERIAGO



CLAVELES

R O J O S

NOVELA ORIGINAL DE
COSTUMBRES ANDALUZAS

POR

RAFAEL BAYO PERIAGO

Granada 1.º Diciembre 1924


TOMO SEGUNDO

EDITORIAL ARTES GRÁFICAS GRANADINAS

— Plaza de Gamboa núm. 15 —

Granada

===== Año 1926

LIBRERIA E IMPRENTA
EULOGIO de las HERAS
CIERPES, 13.-SEVILLA

CAPÍTULO I

MIRADA RETROSPECTIVA

Para mejor llevar al conocimiento de nuestros lectores el argumento del presente libro, precisa que retrocedamos a la época en que Currito solo contaba dos años de edad, y en cuya época tuvo lugar el suceso que dió origen a un hecho de Pedro Antonio, el cual hecho, sirvió de base para el desarrollo dramático de esta novela.

.....

Tocaba a su fin la temporada taurina: solo quedábanle que lidiar al «Gallo» las dos últimas corridas en la plaza de Madrid.

Ya dijimos en otro lugar de la presente obra que, «Angeliyo», era el peón de confianza de Fernando Gómez.

Despedíase Octubre; ese mes tan deseado por

los toreros, ya que él los lleva a los brazos de los seres queridos que ansían el reposo y tranquilidad de quienes en los meses caniculares, y hasta antes y después de los meses caniculares, pasan la vida en continuo trabajo, en continuo rodar y en continuo peligro de muerte.

Rosarito «La Campanera», había recibido carta del esposo, en la que le anunciaba que Dios mediante, pronto le daría un abrazo y gozaría de las caricias de su pequeñuelo, lazo santo que vino a estrechar más y más el amor puro que profesábase aquel matrimonio tan feliz y dichoso.

Seis meses de tranquilidad; seis meses disfrutando de anheladas bienandanzas, para en Abril volver de nuevo a la lucha divirtiéndose a los demás, mientras que para ellos se abren las puertas de la sepultura, vorágine deseosa siempre de tragar humanas piltrafas.

Un hombre atravesó la plazuela y quedó parado frente a la casa de «Angeliyo».

Era alto, moreno, majetón; uno de esos tipos que acusan al perdonavidas; al fullero; uno de esos tipos que previenen solo con mirarlos a la cara.

Sus ojos negros, pequeños, vivaces, pero de aviesa vivacidad, eran de un brillo heridor; su nariz corta, respingada, cuyas aletas estremecíanse nerviosas como si ventearan el vicio; su boca grande de labios gruesos, parecía hecha para morder y maldecir; su cara ancha, comple-

tamente rasurada, y su tipo de provocadora chulería, lo mismo acusaban al *cantaor* flamenco, que al *tocaor* de guitarra, que al vaquero terne, que al matón que cobra el barato donde le pagan bien, y «pué vivir azí *desentamente*».

Frisaba su edad, de los cuarenta a cuarenticinco años; vestía de corto; traje gris ataviaba su fachendosa figura, cubriendo su cabeza con sombrero de ala ancha, negro, como debía ser la conciencia del desconocido, y una bota de piel roja, ajustada al pie con exageradas estrecheces, completaban la típica veste del desenfadado personaje.

Aquel tipo que contoneábase al andar con aire pedantesco y flamencón, respondía al remoque de «El Arrojao».

¿Y quién era «El Arrojao»?...

Sigámosle y pronto lo sabremos.

Así que estuvo seguro de que el número que él miraba de un modo insistente, respondía con exactitud al que a él le habían dicho como indicador de la casa de «Angeliyo», llamó a la puerta que solo aparecía entornada, al mismo tiempo que se anunciaba con el consabido «A la pá e Dió» tan usual entre la gente de los barrios bajos andaluces.

—¿Quien é?...—respondió desde el interior una voz femenina.

—¿Vive aquí Angeliyo Rodrigue?...

—¡Vá enzeguía!

Escucháronse unos pasos menuditos, y momentos después se abría la puerta. En ella apareció la garrida figura de Rosario que, corría pareja con su hermosura, y «El Arrojaio», quedóse sorprendido ante belleza tan peregrina, mientras que la esposa de Angeliyo recibió una mala impresión al fijarse en la fosca catadura del visitante.

—¡Bueno día!...—dijo el recién llegado al aparecer la esposa de Angeliyo...

—¿Qué se ofrese?...—respondió ella...

—¿Eztá en caza Angeliyo?...

—¡No zeñó!...

—¿Y zu mujé?...

—¡Yo zoy!...

—¡Várgame Dió, Rozarito!... ¿No me conose?

—¡No recuerdo ahora!...—exclamó «La Campanera», un poquito más tranquilizada al oír el acento dulzón y cariñoso, de aquel individuo que tan mal efecto le causara al verle.

—¿No recuerdas «d'el Arrojaio»?

—¡Zí... zí!...: ¡ya m'acuerdo!... ¡ya m'acuerdo...! ¡pero era yo tan chiquita!...

—¿Cuántoz año tiene ajora?...

—¡Ya zoy una vieja! ¡veintidó!...

—¡Ziete, tenfáz entonse, cuando a mí me yevaron!...

—¡No ze m'orvía naíta de lo que oí contá a mi pobresito pare, cuando ozté tuvo la ezgrasia e jasé aqueyo!...

—¡Cuanto he sufrido ende entonse!—exclamó hipócritamente «El Arrojo»...

—Ya no hay que jablá de aqueyo: aqueyo ya pazó. Lo que ze debe procurá ajora, e no caé nuevamente en la tentasión.

—¡Yo te juro, que me dejaré matá ante!... ¡Tú no zabe lo que ze padese cuando za tenía la mala suerte de quitá la vía a do zemejante, y tié uno consiensa!... ¡Que remordimiento má grande; maresita mía!... ¡Pero vamo a jablá de otra coza, poique en cuantito que jablo de ezto, la pena me ajoga!...

—¡Zí... zí!... lo jecho ya no tiene remedio, y é tonto martirisarse... ¡Pero, paze ozté; no ez cueztión de que ezté ozté en la cayel!...

—¡Yo, la verdá, no quiziera pazá; poique como ere mujé joven y jermoza, y e tan mala la gente!...

—En la Macarena, y fuera e la Macarena, ze conose ya a Rozarito «La Campanera», y ze zabe quién é Rozarito...

—¡No te ofenda, mujé!... ¡yo, ya tú vé, poiqué lo jabré dicho!...

—¡Zi no me ofendo!... ¡Yo le agradezco azté zu güena intensión!...

Pasó «El Arrojo». aceptó la silla que la mujer de «Angeliyo» le brindara, y luego de que ella hubo sentádose en otra, continuó la conversación interrumpida...

—¿Y cuándo ha venío ozté?...

—¡Ayé mizmito!...

—¿Qué tiempo jase de aqueyo?...

—De aqueyo, diesisei año: de que a mí me yevaron, quinse. Me zalieron veinte e caena, pero m'han cogío do indurto, y m'han rebajao sinco. ¡Por ezo eztoy aquí; que zi no, aún me quearían fatiga!...

—¡Cómo paza er tiempo Zañó!...

—¿Conque, tú te cazazte?...

—¡Buenooooo!...; ¡cuánto jase!...

—¡No zará mucho!...

—Tre año:... ¡como quien no dise ná!...

—¿Y qué zon tre año, niña?...

—¡Cazi la vía de una mujé!...

—¡Qué zabez tú de ezo!...

—¡Vaya zi lo zé!...

—Qué:... ¿y cómo te va con «Angeliyo»?...

—¡Mú má!...

—¿Mú má, jaz dicho?...

—Zí: mú má, cuando eztoy lejito de é... «Angeliyo» é un ánge pa mí, y yo eztoy loquita por «Angeliyo»...

—¡Ya desía yo!... ¡«Angeliyo» ha e zé mú güena prezona!... Cuando aqueyo mío, yo tenía veintisinco año... ¡y le yevo ocho!...; er tendrá entonse:...; de vintisinco quita ocho:... quean...

—¡Desisietel!... jezo eztá má claro que el agua!...

—¡Ezo él!... ¡desisietel!... Pue con desisiete año, era tó un jombresito que dabagloriajablácon é... ¡Mú mala purga!... jezo zí!... ¡pero que valiendo mucho er niño!... Ya tú ve zi eran mala purga laz zuya,... que: ¿vez aquí ezta cortá en la barba?...

—¡Zí; ya la veo!...

—Pué eza cortá iba un poquito más abajo y mú bien dirigía:... pero dí un zarto atrás, y púe librame e la esaborisión; poique zi no, a jezta jora no eztoy yo jablando contigo.

—¿Pero ezo ze lo jiso a ozté é?...

—¡Er mizmito!:... ¿Y zabepor qué?:... ¡por cazi ná!... Entonse «Angeliyo» empesaba su afisión a loz toro, y ziempre andaba metfo en laz capea; y yo, la verdá, con la confiansa del que lo ja vizto nasé, le gatzé una groma eztando entre amigo, y al niño no le cayó bien. Ze dezpidió, zin desí ni media palabra de zu intensione; me jiso el aguar-do en el arco yevándome dezpué jazta er cami-no der sementerio, y una ve ayí, m'arrimó do *chuleta* que me puzo la cara morá como un za-bañón; y «ajora—me dijo—pa que zepaz tú lo que zon loz niño y no te ríaz má de eyo»—me largó un viaje, que zi no zoy lizto, me eztropea er cayejón e laz zopa. No me da vergüensa desir-lo: me cogió la ve y ze me vino tan de verita ensima, que tuve que zalí e naja pa que no me jisieran l'artosia...

—¡M'eztraña, porque «Angeliyo» e un hermano pa lo amigo!...

—¡Y lo fuéluego pa mí!... ¡y lo quize a rabiál!... ¡y lo quiero como coza mía!... ¡mira tú zi lo quie-ro, que la primera vizita que jago en Zeviya é a zu caza, y de la vera zuya no je de zepararme nuncal ¡Ojalá jubia jecho cazo de zus conzejo!... ¡eztoz quinse año de amargura, me loz jubíá yo ajorrao!

—¡«Angeliyo» e mu güena perzona!... ¡No lo digo yo porque zea mi marío!... ¡ahí eztá er barrio que lo diga!...

—¿Pero qué me va a contá naide de «Angeliyo», zi lo conosco yo mejó que naide?... ¡Nasfíos loz do, en una mizma cayel!... ¡juntaz zu caza y la mía!... ¡uníoz ziempre!... ¡criaoz como hermano!... ¿qué má quiere?... Pero chiquiya: ¿tú te cree que zi ze trata de otro, cuando jiso conmigo lo que jizo, joy eztá banderiyeando toro?... ¡Quitaté ayá, arma criztiana!... ¡lo que eztá eze ya, e má jestirao c'un gachó e la Gran *Betraña*!...

—¿Y ozlé, ha mejorao de cabeza?...

—¡Pero zi yo no he zío nunca malo!... lo que susede, é que me buzcan, y yo no tengo pasensia pa que me ezperen; ¡por eso me voy ar burto enzeguía!... ¡A mí, que me dejen quieto, y ya veráz tú lo que é a mi lao er pan de Viena!...

—Ezo e menesté: que jaiga enmienda; ziquiera poique no zufra zu probesita mare, que bastante ja zufrío ya...

—¿Y qué curpa tengo yo e ze un ezgrasiao?... ¿Quién púo evitá la muerte er «Boyero» y er zobrino er «Boyero»?... ¡naide!... ¿Les jise yo argo má que tomarlez un poquiyo er pelo poique iba e copaz?... ¿No fueron eyoz loz que me rezpondieron?... ¡Que z'hubián cayao, y no paza ná!... ¡Paese que no eran jombrez enterao de lo atravesañaz que tenía yo laz entraña?... Y poique lez pego, y eyoz me agrieden, y yo me

efiando pa que no me obligaran a jasé er guño a loz ventisinco abríle,... ¡toma caena «Arrojao»!... ¡veinte año, pa que t'acuerdez, y ar *Reformaterio* de incorregiblez de Arcalá e Jenare, pa que te vayaz enterando!... ¿Ezto e rasón?...

—Hemo quedao en que no hay que jablá má de ezo...

—¡E mejó, zí!:... ¡poique cuando m'acuerdo de laz injustisia de ezte mundo, me güervo loco, y yo vengo esidío a zé un jombre jonrao!...

--¡Azín debe zé!...

—¡Azín é!...

—Ya ozté ve:... ¿por qué le diré yo toíta ezta coza?... Yo quiero mucho a toz oztéz, poique zu familia y la mía, no zan zeparao nunca: han zío como jermanos, y jasta creo que zemo argo pariente... Pue toíta ezto, me jase penzá en er bien zuyo...

—Zí, Rozarito: ¿acaso yo no te lo agraesco?...

—¡Lo primerito que jay que jasé, e no probá er vino!...

—¡Zí a mí er vino no me jase daño!...

—¡Ya lo zé: pero jase daño a otro!:... ¡ar primero que tié la ezgrasia e tropesá con «El Arrojao»!...

—¡Qué tonta ere!:... ¿ezo cree?...

—¡Jágame ozté cazol!...

—Lo que tú quiera, niñita: no beberé...

—Ar mizmo tiempo, jay que orviá laz mujere de sierto viví, dejando laz mala compañía, que ez lo que azté l'han perjudicao...

—¡El Evangelio acabaz e jecha por tu boquita e rozal...

—¡No la tengo tan grande!...

—¡Como un piñón!: pero e un desí, mujé... Oye; y ajora que m'acuerdo: ¿qué ha zío e Pedro Antonio?...

—Pedro Antonio está cazao con Virtuíta: ¿recuerda ozté de Virtuíta?...

—¡No je e recordá! ¿Virtuíta, la hija er zeñó Olegario er arbañí, y e la zeñá Carne la aparaora?

—¡Ezo é!...

—¿No me jiba acordá?... ¡Jubiera eztao güeno!... ¡Como m'acuerdo der día que ze cayó del andamio er pare de Virtuíta y ze jiso papiya!...

—De ezo no m'acuerdo yo.

—¿Y cómo te va acordá tú de ezo, zi no tenía entonse má e ziete reale e carne ensima?...

—¡Hay que jablá con formaliá!

—¡Dió no lo quiera!... ¡Tú no zabe er má ange que tié un jombre formá!...

—¡Pues ya e jora que ozté ze vaya formalizando!

—¿Por qué lo dise?...

—¡Digo!... ¡Porque osté ya picará en loz cuarenta!....

—¡No me entriztezca, mujé!... ¡Eza coza no ze mentan, como no ze menta la cuerda en caza del ajorcaol!...

—¡Tié grasia!... ¿Pa ezo e loz año, eztazté peó que una niña en estao e meresél!...

—Güeno, Rozarito: caya e una ve...

—Poz a cayá, y a otra coza.

—¿Jaz tenío fruto e bendisión en tu matrimonio?...

—Tengo un niño, que e una perla que eztoy criando pa engarsá en la corona e la Virgen e la Macarena...

—¡Dí tú argo!...

—¡Zi no he dicho ná!...

—Y el pare; ¿trabaja mucho?...

—Zezentiocho corría yeva toreá con mú güena zombra... ¡Grasia a Dió, en esta temporá, no le han tocao loz toro ni la zea er traje!

—¡M'alegro, mujé!...

—¡Muchaz gracia!...

—¿Le paga bien Fernando?...

—Zetenta duro y comía.

—¡No eztá má!...

—¡No, que no!

—¿Le quean mucha?...

—Laz do última e Madrí y una en Zantandé, zegún me dise en zu carta.

—Sierra el año con uno sincomí duriyo:... ¡eztá mu bien pa un banderiyero!...

—¡Grasia a Dió, ze paza mú desentitamentel!...

—Güeno, niña:... y eza perla que tú tiene, ¿cómo la tienez?...

—¡Jecha una bendisión!...

—¿Ze pué vé?...

—¿Y por qué no?... Entre p'acá; pero ante, límpieze loz ojo, poique va ozté a jecharze a la cara, una maraviya.

—¡Pa maraviya!...

—Mi niño:... ¿jay que desí argo de ezo?...

—¡Ná, mujé!:... vamo a vé la verdá...

«El Arrojo», era hombre de antecedentes pésimos: perdulario, vicioso y vago, vióse siempre dando tumbos por la pendiente de la criminalidad.

Sus padres, muy honrados y personas justamente queridas en el castizo barrio de la Macarena, habían visto la imposibilidad de que aquel hijo desobediente y díscolo, emprendiera la senda de la virtud y el trabajo, abandonando los derroteros de perdición que había emprendido, no sólo por instinto, si que también empujado por la más podrida encarnación del hampa, sociedad que fué objeto de sus predilecciones desde sus más tiernos años, y tuvieron que resignarse a sufrir la dolorosa pesantez de aquella cruz que Dios les deparaba.

Jolgorio, riñas y borrachera: he aquí el programa que para su vivir se había impuesto el miserable que jamás hizo caso de una madre apenada, ni de un padre laborioso.

Rosarito, se había criado entre su casa, y la casa de «El Arrojo»; por lo que no era de extrañar que una vez reconocido, le dispensara la confianza propia de unas relaciones íntimas.

Los padres de «El Arrojo», querían a Rosario con locura, y los padres de Rosario quisieron a «El Arrojo» con igual sinceridad de afecto, agrandado sin duda por la compasión que les

inspirara el joven al recorrer la senda de horribles abrojos, que a sí mismo se preparaba aquel desdichado sin seso.

Ni tomó nada de los saludables consejos que a diario le daban los padres de «La Campanera», ni tuvo en cuenta los torturadores sufrimientos de sus progenitores, a quienes no les engañaba el corazón haciéndoles presentir las miserias que el destino reservaba al hijo ingrato.

Conociendo la intimidad de ambas familias, se comprende que Rosario, que era toda honradez y ejemplo de mujeres virtuosas, invitara al gallofo para que éste, en unión de la mujer más bella y más garrida de todas las garridas y bellas que por entonces pisaban las calles del famoso barrio sevillano, entrara hacia el dormitorio, donde al lado de la cama de matrimonio, veíase una cunita, concha querida, en cuyo seno dormía aquella perla que tanto orgullo inspiraba a la dueña de aquel inestimable tesoro.

«El Arrojo» contempló al niño, sin que se diera cuenta siquiera de que lo miraba.

—¿Tengo o no tengo razón?:—interrogó al jaque «La Campanera».

—¿Te he negao yo er mérito de tu niño, mujé?... ¡De tar palo, tar aztiyal!:... ¿no disen ezo luego?

—Ze va a desasé ozté, a juerza de se fino.

—¡Dezechito eztoy yo ya, aunque tú no te jaz dao cuental...

Aquel infame, sintió un extraño fuego al verse solo con la lindísima hembra, en el interior de

aquel sagrado recinto donde contemplaba el purísimo altar, sobre el cual sacrificara el matrimonio a sus más santos amores.

En los ojos del expresidiario, había pérfido brillo; sus narices entreabríanse ansiosas, porque venteaban la fiebre lujuriente.

La justedad de líneas que había en el lindo cuerpo de Rosario, ponían carleando al macho enardecido. Aquel hombre era un impúdico gozador de la vida, que había pasado los años deshonrando y riendo.

La sed de sádicos goces, lo hacía avasallador; cruelmente avasallador hasta la ferocidad.

Para él, vivir no era otra cosa que deleitarse con las prostibularias coplas que canallescamente brotan de labios quemados por viles besos recogidos en esos antros de vicio y de perdición; para él, vivir no era otra cosa que deleitarse con el ingerimiento de apócrifos vinos, al consumir vergonzosos negocios de amor. Él, enloquecía con el repiqueteo de unos pies chulones; con el repiqueteo de un tango gárrulo y bribón; con el rendimiento de esas carnes marchitas como las flores que han prestado todas sus fragancias, todas sus lozanías, en horas de fiebre hampesca y tirana.

Aquél hombre execrado y vitando, locuaz y ocurrente, creyó que su lascivia, debía acatarse por ser suya; por su temida notoriedad; y creyéndolo así, era para él cosa descontada, el que aquella mujer se le rindiera con solo unas palabras.

Rosarito, con su blusa de seda, acusadora de esa erecta pluralidad que asemeja hinchadas succiones de un gigante pulpo; sus ceñimientos incitadores; dejando a la contemplación del sátiro sus flexuosidades crotolarias; sus piernas venustianas engañadoramente cubiertas con sedíferas *telas de araña* que tornasolan la carne moza. Rosarito, con sus zapatos lindos, que ciñen con provocativa crueldad sus pies diminutos de alto empeine; con sus rizos endrinos bajo el sencillo adorno de unas flores; con su escote bajo; sus caderas amplias; sus labios como teñidos de sangre; su cuello alabastrino y su conjunto retardor, era muy regalado manjar para que el apetito de «El Arrojaio» no surgiera con ansias devoradoras.

El miserable, la desnudó con los ojos y al adivinar aquellas castas intimidades, creyó volverse loco.

—¡Ze ha queao ozté como bobo!... ¿en qué pienza?...—dijo al gallofo la esposa de Angeliyo.

—¿Quieres zaberlo?...

—¿Cómo no?...

—Pué bien Rozario: ajora que naide noz vé; que naide noz ezcucha; ajora que eztamo zolito, quiero esirte un sentí mu jondo, que me quema er corasón y que jase zufri a mi arma...

—¿Qué eztá ozté isiendo?...

«El Arrojaio» no contestó: quedóse como queda el sujeto en trance hipnótico.

—¿Qué le pazazté?—volvióle a preguntar la infeliz Rosarito.

Él, entonces levantó la cabeza; la predestinada víctima sorprendió en aquella mirada algo siniestro y sintióse presa de terror. Pero aún pudo disimular y tuvo alientos para interrogarle de nuevo.

—¿Eztá ozté malo?...

—¡Zil!— contestó secamente aquel ser inicuo.

—¿De qué ze ziente ozté?...

—¡De un ajogo que me mata!

—¿Yamo a arguienpa que le acompañe a caza?

—¡Ya te guardará mu bien de dá un zolo pazo, ni jablá una palabra! Mi enfermeá está aquí dentro, como aquí dentro está la cura; la zarvasión.

Rosarito tembló.

—Ezcúchame mujé, y cuida bien de toíto lo que te digo.

—¡Me dá ozté míeo!...

—¿Míeo yo?... ¡No t'azuzte chiquiya!... ¿Tú zabe quién me va a matá a mí?...

«La Campanera», sin saber por qué, bajó la cabeza y no quiso darse por enterada de la pregunta.

—¿Tú no zabe quién me va a matá a mí?— volvióla a preguntar «El Arrojaio»...—¡Responde!

—¿Pero a qué viene ajora ezo?... ¿Qué ze yo de ezaz coza?...

No lo zabe:... ¿no?...

—¿Y por qué voy a zaberlo?...

—Güeno: poz yo te lo diré, y no lo orviez nunca. ¡Quien a mí me va a matá, y me tiene ezezpe-
raíto, é la farta de cariño tuyo!...

—¿Pero qué eztá ozté isiendo?:...—replicó la desdichada, poniéndose intensamente pálida...

—¡Tú, ya lo oye!

—¡Ozté ha perdió la rasón!

—¿Tié argo de particulá que la pierda un jombre, al verze elantito de una mujé como tú?...

—¿Ozté me dise ezo?...

—¿Ez mentira acazo?...

—¡Zarga ozté de aquí ajora mizmito!

—¡Pienza bien lo que dise chiquiya!: ¡mira que me tienez loco; mira que é ezpuezto retá a un jombre como yo; mira que eztoy desidío!...

—¿A qué?

—¡A que me entreguez er cuerpo, manque déz a otro el arma!...

«La Campanera» retrocedió instintivamente.

—¡Quietol!—gritó desesperada Rosario—¡a la caye!; ¡a la caye!:... ¡é ozté un granuja!...

Humillado aquél hombre ante el desprecio de la mujer de Angelillo; herida su vanidad; temblando de ira y de deseo; con los ojos fosforescentes como de felino en celo, holló las trabas de la decencia, cosa en él nada extraña, y le dijo con balbuciente voz.

—¡No te empeñez en reziztí!: ¡eztáz cogía; y toz loz ezfuerzo que jagas pa librarte e mí, zerán inútile! ¡No jay má que entregarze!: ¡qué remedio te quea, ezgrasiaísta?...

—¿Eze é er való der temío *Arrojao*?... ¿La hombría, la prueba con una pobre mujé?... ¿Por qué no fué ozté tan bravo con er niño

que le yegó ande no conzienten loz jombre?...

—¿Tú me lo recuerda?:... ¡mejó!... Ajora quiero vengarme: ¡er me jirió en la cara, y yo le jiero en er corasón!...

¡Cobarde!... ¡traidó!... ¡perdió!... ¡fuera!...

El rostro de «El Arroja», íbase demudando por los sombríos tintes acusadores de una desesperada resolución.

—¡Ezta ha de ze pa mí una jazaña famoza!:— decía el maldito con acento de iracundia y de socarronería a un tiempo.— ¡Una jorita; zolo una jora!... ¡Ya tu vé que no zoy abuzaó; que no he mucho pedí, dezpué de dezearte tanto!...

«La Campanera», se moría de coraje y de vergüenza, ante tales indignidades; pero comprendía que estaba irremisiblemente perdida de seguir usando del insulto contra aquella fiera, y creyó que con el cambio de táctica, quizá lograra reducir al miserable.

No fué así, por desgracia suya.

—¡Maolito; tenga compazón de mí!: ¡no orvíe que fué ozté mu querío de aqueyo a quiene debo la vía, y que yo fuí pa zuz pare, una hijita cariñosa!: ¡ziquierapor el recuerdo de tan zantacauza, no ofenda por Dió a una mujé a quien debiera queré como hermana!

—E un queré que no me zatizfase. Yo te quiero como ze quiere a la jembra caztisa y zerrana. Te quiero pa mí; pa dizfrutarte. ¡No ze por qué razón ha de gosá Angeliyo, e lo que yo no gose!

—¡El é mi marío!...

—¡Y yo zeré tu amante!...

—¡Por zu mare!:... ¡por zu paresito que está en er sielo!:... ¡por zu zaluíta!:... ¡por lo que ozté máz quiera, tenga piedá de esta pobre mujé!...

—¿Má pieá piez, y eztáz jasiendo un *juele* e mí?... Me jieres y no te jiero: me matas y no te mato: ¿ze le pué pedí má a un jombre?...

—¡Zí; má; mucho má; dezgrasíao!... ¡Pue pedirsele que zea compazivo con una mujé que quiere guardá zu jonra!...

—¡Tu jonra!:... ¡eza é tu perdisión!... ¡Zerá mía! ¡mía!... ¿Tú zabe bien lo que zirnifica eza palabra pa un jombre de la zangre, der dezeo, der queré de «El Arrojaio»?... ¿Y quierez tú que yo ajora apague tor fuego que arde en miz entrañísta, eztando a tu vera? ¡Vamos Rozarito no zeaz tonta; no te jagaz iluzione poique laz veráz perdía!...

—¡Miserable!:—gritó fuera de sí «La Campanera», sin poder persistir en su fingimiento:—¡váyazel!.. ¡váyaze o pido zocorro!...

—¡Ya ez tarde pa ezo!... ¡Jaz ensendió en mi pecho un infierno, y ezte lo apagaz tú!:... ¡tú zola!

—¡No ze aserque!:... ¡no trate e yegá a mí, poique me mataré mir vese, ante e que zuz mano yeguen a mancharme!:... ¡le mardigo!...

Antes de que Rosarito pudiera evitarlo, «El Arrojaio» se avalanzó sobre la infeliz, y ésta, como leona acosada, trató de repeler la brutal acometida. ¡Como si una mujer fuera bastante para contrarrestar el ímpetu de un hombre de los bríos y de la pujanza de aquél!

El satiriásico matón, la asió por las muñecas; y apretando con fuerza salvaje aquellas carnes delicadas, las atrajo hacia sí, y «La Campanera» no pudo evitar que la besara en la boca.

Rugió de ira la ofendida mujer; escupió al rufián; pero éste, ciego de cólera y de lúbrico empeño, la arrojó sobre el lecho, donde cayó la infeliz revolviéndose desesperada en el inmaculado altar de esposa casta.

Terribles instantes para la víctima. Su palidez era espantosa, su resistencia inaudita, y fiera su indignación.

Las disipaciones embrutecedoras, la vida disoluta del victimario, el ninfomaniaco empeño del miserable, mataron todo sentimiento de piedad, porque el macho enardecido se había procurado la más sabrosa saturnal.

Carleante oprimía a «La Campanera», y como ésta debatíase férica, dispuesta a morir antes que el monstruo la mancillara, éste rodeó con sus brutales manos el cuello alabastrino de la víctima, hasta que la infeliz, sintiendo los efectos de la asfixia y creyendo llegada su última hora, fué presa de indecible espanto: huyó la luz de sus ojos, su razón fué anulándose, hasta que por fin, perdiendo el conocimiento, quedóse a merced del bárbaro burlador. Éste recreábase en la carne casta, seductora, bruja, más atrayente por ser envuelta por la semipenumbra tibia y suave en que había quedado la estancia; carne abandonada a su sádico apetito, sobre aquel lecho invita-

dor que tan medulares goces prometía; y mordiente, erótico, embrutecido, mancilló con su asquerosa baba el honor de la esposa desvalida.

En la cuna escuchábanse los amargos sollozos del niño, como si su angelical inocencia protestara de la inicua profanación que se realizaba con la santa mujer que lo había llevado en sus entrañas.

.
Pasó una hora, dos, tres quizá: no sabemos cuántas. Rosarito abrió sus ojos al fin, y parecióle a la infeliz que despertábase después de haber tenido una pesadilla horrible.

Estaba sola:—¡sola no!—con su hijito; con su hijito, que harto de llorar habíale rendido el sueño.

La infortunada «Campanera» paseó en torno suyo la mirada; pasó sus manos por la frente enfebrecida, y la idea un poco tarda en aquellos momentos, fué abandonando su pasividad perezosa, hasta que el recuerdo, la luz de lo real fué haciéndose al fin, e incorporóse desesperada sobre el mancillado lecho.

Sus ojos se fijaron con espanto en su vergonzosa desnudez; los tersos gemelos creadores del néctar de la vida, aparecían escapados de entre las púdicas hilambres con que se encubrieran; la cúpula sagrada que culmina la santidad del claustro materno, mostrábase sin recatos, y en ella las bárbaras pruebas de la profanación; las rosadas sedas de aquellas castas intimidades, de aquellos sagrados misterios a reservar para el hom-

bre que Dios consagra a la compañera, habíalas inquirido la extraña visión, la visión extraña del maldito que al rasgar los velos ocultadores de inviolables recatos, había impreso el lirio de sus dedos férreos sobre la carne pudorosa, y en los labios de Rosario, las sangrantes dentelladas del lobo carnicero.

Loca de despecho, transida de dolor y rugiente de venganza, «La Campanera» arregló el desaliño de sus ropas, para llorar después sus desventuras con todo el odio que enciende la vileza y con el acerbo dolor que produce lo irremediable.

No sabemos cuánto tiempo hubiera pasado así la esposa de «Angeliyo», si de pronto no se hubiera escuchado una voz de mujer que gritaba desde el zaguán:

—¡Rozarito!... ¿pero por ande eztás, hijita?... ¡Cuidao que tienez cuajo, chiquiya!... ¡La puerta de la caza abierta, y a tí jay que jecharte un jurón pa que te zaque e la madriguera!...

La aludida conoció aquella voz amiga, y saltando de la cama hubo de abandonar el dormitorio para ir al encuentro de la recién llegada. Esta se asustó al ver a su amiga tan macilenta, con aquella expresión de angustia y desconsuelo, y estrechándola en sus brazos le preguntó ansiosa:

—¿Qué te paza, niña?... ¿por qué eztás azí?... ¿le ocurre quisá argo ar pequeñito?...

—¡No, Virtue, no!—replicóle sin que cesara de llorar la infortunada esposa.

—¿Qué é entonse?... ¡vamo, dilo ya de una ve y zácame de ezte martirio, poique me tienez entre yama!...

—¡Ez jorrible lo que me paza!...

—¡Pero jabla ya, chiquiya!...

—¡Sierra:... sierra la puerta primero!

Virtudes, la mujer de Pedro Antonio, de aquel Pedro Antonio por quien preguntara «El Arroja», obedeció.

—¡Vamo, ya eztá: dezembucha ajora!

La infeliz «Campanera», se arrojó entonces en brazos de su amiga; y ahogándose de pena, abrazada de sonrojo y con frases que entrecortaba el llanto y la desesperación, hizo el relato de la infame hazaña.

Virtudes, que sentía por Rosarito un cariño de hermana, así que aquélla hubo terminado de hablar, la estrechó sobre su pecho y ambas dieron paso al desconsuelo.

—¡Mardita zea la jora en que nació eze perdíol:—dijo por fin Virtudes.—¡Permita er sielo, que le den má puñalá que bujeros tié una saranda!... ¡Canaya!:... ¡mal ange!:... ¡granuja!... ¡Le juro por la gloria e mi mare, que como yo me lo jeche a la cara, le he de desí coza má fea que loz pecao de zu arma!... ¡Zi ha de morí vestío!... ¡Ha de morí vestío, y no ja de tardá!... ¡Ya tú lo verá!... ¡Criminá!... ¡Vaya una perdisión que ha buzcáo en ezta caza!...

—¿Qué jago; qué jago yo ajora Virtuíta? ¡matarme: no me quea otro camino que matarme!...

—¡Que no te oiga yo desí ma dizparatel... ¿lo zabe?...

—¡Que remedio me quea?...

—¡Cayá, y ya veremo er móde arreglarlo toíto!

—¿Qué va a ocurrí aquí cuando ze entere Angeliyo?... ¡Pobre Angeliyo e mi arma!...

—Caya, mujé: déjame que pienze; ¡poique lo que é ajora mizmito, estoy boba perdía!... ¡Ladrón, má que ladrón!...; ¡bandío!...; ¡vaya una jombrá!...

—¡Yo voy a gorverme loca!... ¡yo no pueo zurfrí ezto con rezignasión!...

—¡Mardita zea, y que joraz más ezgrasiá jay en la vía!... Mira Rozarito; yo me voy erecha en cá er Jué, y le cuento to lo que paza; y le jechan mano, y le jasen que cante e plano, y ajorcan ar gachó, y lo arraztran dezpué de ajorcaos...

—¡No por Dió Virtuíta!...; no jagas ezo:... ¿y mi jonra?...

—¡Má limpia que la orasión!... ¡tié grasia!...

—¡No, Virtue, no!...

—¿Y por qué no, arma mía?...

—Él no ha de confesá: ¿cómo pruebo yo la infamia?...; ¿la ja vizto arguién?... ¡Ar Jué!... El ezcándalo; el jablá der mundo; Angeliyo; mizeria; perdisión, y al remate, ná: ¡y yo perdía, y teniendo que bajá loz ojo ante la gente e vergüensal!... ¡muerta y bien muerta, y toíto z'acabó!...

—¡Qué malitamente pienza; tontona!... Vamo a zuponé que tú jase la barbaria: ¿qué jaz adelantao?... Pue jaz adelantao, que zea mayó el ez-

cándalo; el jablá de loz mardesío, máz fundao; «Angeliyo» que lo ezueyen, y mucho má peó; la perdisión de tu marío y de eze probesito niño que tiés ahí dentro, y que lo merese tó... Luego, tú, ezacreitasta ezpué e muerta: y zi ya no teníaz que bajá loz ojo, en cambio condenabaz a tu hijito a que no loz pudiera levantá, ante la mizeria e la vía, que muerde zin sabé ande muerde, pero que lo jase, y z'acabó!...

—¡Pobre niñito mío! ¡no, ezo nunca! ¡Penaz: muchaz pena pa zu mare; pero pa é, ninguna!... ¿qué culpa tié el hijo de mi arma?...

—Ni tú tampoco.

—¡Ezta infamia, me jase perdé la rasón!...

—Voy a jablá con mi marío, poique ziempre loz jombre tien má zalía que nozotra.

—¿Con tu marío?...

—¡Con mi marío!... ¿y qué?... ¿que paza chalá? Pedro Antonio é como un jermano tuyo; yo zoy como una jermana tuya; tú ere como una jermana e loz do; y entre jermano, no jay zecreto:... ¡digo!... ¿no te paeze a tí ezo?...

—¡No zé qué conteztarte, Virtuúta: eztoy local: ¡jaz lo qu tú quiera!...

—Déjame tú a mí, que yo zé bien lo que me jablo. Tranquilísate:... ten resirnasión:... ya veo que ez mú duro lo que f'apazao; pero ya no tié remedio. No quea ajora má que eztudiá er mó de zarvarte a tí, y perderlo a é... ¡Mala puñalá le den a jeze mardesío, que er argoón fernicao, ze lo tengán que meté con pala!... ¡Y ze la tien que

endiñál... ¡Ya tú verá cómo tié que ezpatarraze er méico, pa darle laz puntá en la jería!... ¡Granuja, má que granuja! ¡ya le yegará la jora!... Mira: voy a dí a caza en sinco minuto, pa esirle a Pedro Antonio lo que paza... Tú, sierra bien la puerta, y no le abre ni a tu pare que viniera del otro mundo... Mi marío y yo, ya pronto ez-tamo aquí. Presisamente, er tié tre día e lisensia, y no ja de í por la dejesa pa ná. Y tú, a cayá... ¡arto ar yoro, jan tocao!... a ve zi no ere tonta: poique e lo contrario, va a jasé que te largue una palisa pa meterte en vereas;... ¡y z'acabó er carbón!...

—¡Virtuítal!... ¿va a dejame zola?... ¡tengo mieo!...

—¿Pero no t'he dicho que sinco minuto?... ¡sinco minutito ná má! ¡mientras voy y vengo!... ¡Y azí, lo que jasemo é perdé tiempo!... ¡Sierra ya, y yo eztoy aquí má pronto quer *Plú Urtal*!...

—¿Pero no tardará?

—¡Bueeenooo!... ¡Ezo no zé pregunta tan ziquiera; chiflá!...

Y Virtudes abrazó a Rosarito, terciando su manila luego, para echarse a la calle, sin que en ella diera un paso, hasta que giró la llave en la cerradura de la puerta de «La Campanera».

No bien hubo llegado a su casa y el marido la vió entrar agitada, inquieta, dando suelta al llanto para desahogar su pecho de los sinsabores que la desgracia de su amiga le hacía sufrir,

cuando Pedro Antonio corrió hacia su mujer, y cogiéndola una mano la interrogaba ansioso:

—¿Qué e ezo, Virtuíta?.. ¿qué te paza?... ¿por qué yora?... ¿quién te ja ofendió?... ¡dímelo; dí-melo pronto!...

La acongojada esposa no podía responderle, porque el hipear constante ahogaba la voz en su garganta.

—¡Pero por loz Zantízimo Clavo e Crizto, Virtuíta!... ¿quiere jablá de una ve, o t'az empeñao en que yo pierda er zentío?...

—¡Ay, Pedro qué ezgrasia!...—pudo decir al fin.

—¿Qué ezgrasia, e qué?...

—¡Pobre Rozarito!...

—¿Pero, qué le paza a Rozarito?... ¡dilo ya!...

—¡«El Arrojo»: eze mardesío «Arrojo»!...

—Pero niña...: ¡zi «El Arrojo» está en prezidio, y aún le quea pa rato?...

—¡«El Arrojo» está en la caye ya, y ojalá no eztuviera!...

—¿Cuándo ja venío?...

—¡Ayé!...

—Pero güeno: Rozarito...; zu ezgrasia...; «El Arrojo»...; ja vé zi mu entendemo mujél...; ¡poi-que yo eztoy ajora, como er que come pa-piya!...

—Ezcucha bien lo que voy a desirte, y ten pa-siensa pa que yo lo ezembuche toíto, zin que te ajogue er coraje.

—¡Jabla!...

Virtudes logró contener sus lágrimas, y abriendo un paréntesis a la emoción, en breve tiempo hizo historia de lo sucedido.

Conforme iba avanzando en su relato, la cólera de Pedro Antonio crecía por instantes; aunque disimulaba sus impresiones de un modo tal, que nadie hubiera dicho que en el pecho de aquel hombre, se había encendido un infierno.

Cuando Virtuditas hubo terminado, su esposo apretó los puños con rabia y apareciéndose en su boca una sonrisa de desdén, exclamó:

—¡Ezo é un jombre!...

—¿Haz vizto. Pedro Antonio: haz vizto?...

—¡Bah!... no jay que apuraze tanto; ze me ja ocurrío una idea e pronto, y eza idea, me paeze que zarvará a Rozarito...

—¿Qué jaz penzao?...

—Eze e mi zecreto...

—¿Pa mí también?...

—Pa tí, má que pa naide.

—¡Güeno eztá!...

—¿Qué quiere?... ¡pa que zargan bien laz coza, azín ze jan de jasél!...

—¡Pero, tu mujél!...

—¡Ez mujé, y con ezo bazta!...

Virtudes y Pedro Antonio, se trasladaron a casa de Rosario sin hacerse esperar.

«La Campanera», al ver delante de sí aquel sincero amigo, sufrió nuevas torturas, nuevo rubor, nuevos dolores, y dejó que el llanto corriera a raudales.

—No tengaz c'apurarte, Rozarito: lo que a tí t'a pazao, le paza a cualziquiera otra perzona que zea tan güena y confiá como tú ere. A lo jecho, pecho:... ¿no disen ezo luego?... Pue jay que aguantá aqueyo que ya no tié remedio. Pero, dezcuida, mujé: yo, que dezde que nasiste te tuve un cariño de jermano, te juro por la groria e mi pare, que te vengaré... ¡que zi te vengo!... ¡ar tiempo!...

—¡Pedro Antonio!...

—Punto en boca Rozarito. Ni el sielo, ni la tierra, ni Angeliyo, ni naide, ze jan de enterá de lo que aquí ja pazao. ¿Lo demás?:... ¡ya veremos lo que con lo demá ze jazel!...

Dentro de su desesperación, la esposa del banderillero, encontraba en aquel matrimonio un sedante para sus penas.

Cuando sonaron las doce campanadas de la media noche, Rosarito demostró temores de quedarse sola, suponiendo que aquellos buenos amigos se retirarían a descansar.

—¿Y quién ja dicho que jayas de quearte zola, inosente?...—le indicó Pedro Antonio.

—Perdóname: pero es tal el eztao en que me encuentro, que con zolo penzá que pueo quea aquí, me produse ezpanto.

—Tú te viene a la caza ajora mizmito, y jazta que Angeliyo yegue, ayí t'eztáz—le dijo el Vaqueiro.

—Azí e mejó riquita:—añadió su mujer:—con nozotroz vivez má zegura y descuidá. Envuelve

a tu niño; jéchate un mantón zobre loz'jombro y a pirarze d'ezta mardita caza que tan mala pata ja tenío pa tí.

—¡Vamo ya Rozarito: más vivo ze jaze ezol:— volvió a decir Pedro Antonio.

—¿Y zi eze canaya ze aparesiera?...

—¡Peó pa él!...: ¿que má quiziera yo?...

—Y, yo:—exclamó Virtudes—¿tu vé ezta yave que paeze la e Zan Pedro?... poz güeno: con ezta yave, le daba yo memoria en to lo jarto e la cabeza, y le entraba el jipo.

—¿Cómo oz pagaré yo?...

—¡Niña guarda la moneal!...

—Zi; guárdala Rozarito:... ¿pa qué la quieo yo?.. ¡tú no vé que zoy dó vese Rico?...

«La Campanera» celebró la ocurrencia de Pedro Antonio con una sonrisa, que más parecía gesto de amargura.

—¿Me ezperai un momentito a que coja el niño?...

—¡Anda ya mujél:...—respondióle su amiga.

—¿También nesezita permizo?—añadió el Vaquero.

—Tenei rasón: entre nozotro, e tonto toíto ezo. Güervo enzeguía.

Y dirigióse hacia aquella maldita alcoba, mudo testigo de la profanación de su honra.

No bien hubo penetrado en el dormitorio, lanzó un grito de espanto.

Pedro Antonio y su mujer se precipitaron como relámpagos en el interior de la habitación.

Asido a los hierros de la reja que daba luz a la estancia, había un hombre que recreábase examinando el interior de la alcoba, quizá para recordar el *heroísmo* que hacía horas había llevado a cabo en aquella pieza por él profanada.

Pedro Antonio se fué hacia el osado, sin que por esto el miserable se desprendiera de su asidero.

—¡Ola Maolito!—exclamó Pedro Antonio al reconocer en aquel canalla al infame burlador de su amiga.

—¿Quién eres tú?...

—¿Ya no me conose?... ¿tan vario me encuentra?...

—No te conosco, y quiero zabe quién é er valiente que con tanta guapesa me jabla dende ahí dentro...

—¡Pedro Antonio Rico?... ¿no t'acuerda ya?...

—¡Ah, zí!... ¡m'alegro!... ¡ziempre me guztó entenderme con loz que ze tien por bravo!

—Grasia por el favó Maoliyo: ¡tú no zabe las ganita que tenía yo é verte!...

—¿Mucha?...

—¿Cómo mucha?... ¡pazo una enfermeá, zi no te veo tan pronto! te lo digo, pa que tú te vaya enterandito e mi apresio...

—Te agraesco el interé, y te correzpondo. Pero, díme: ¿qué jase tú en eza arcoba?...

—¿No zería má apañao que yo te preguntara qué jaze tú en eza reja?...

—No; y te diré por qué.

—No me lo digas: no jase farta: ez perdé tiempo, que vamo a nezezitá yo y tú pa otra coza má importante.

—¡Como quiera!... ¡Pero no te zorvía que te ezpero prontito!...

—¡Qué ze me va a orviá a mí?... No me guzta que nadie me ezpere. ¿Onde te buzco?...

—¿Zabe que dende que no noz vemo, t'haz cresió una jartura?

—Lo contrario de lo que a tí te paza: yo ca vé que te miro, te veo má cobarde, má bajo y má ezgrasiao.

—¿Üeno está, Pedro Antonio. Acabo de vení, y me vaz a jasé e nuevo viajá: pero en fin te empeña,... ¿qué remedio quea?

—Cuenta que por ezta vé, el viaje va a ze pa tí mucho má largo. Te doy er biyete pa yá, pero er de venía, no va a encontrá quien te lo venda...

—Yo pago ziempre er viaje que me tiene má cuenta.

—Tú no jases ná, ni pa ze jombre jaz aprovechao nunca...

—¡Pedro Antonio!—gritó Rosarito—no jagas cazo de eze granuja. ¡Te juro que en cuanto venga Angeliyo lo matará!

—Va a vení tarde pa eso...: y zi no que lo diga Pedro Antonio—dijo el bellaco con acento de socarronería.

—¡Por la gloria e mi mare, que ezo e verdá!

—¡Pedro Antonio ezcupe a eze perdío!...—le indicó la esposa

—¡Ah!...: ¿pero tiéz do enserraíta?... ¡qué egoísta ere!... ¡y luego te la das de amigol... Yévate ya eze animalito con farda, que yo vendré a por e en cuanto te jaya dao pazaporte pa la eterniá.

—¡Tú no tiéz entraña pa ná de ezo; charrán!... Te yevaré la yave d'ezta caza pa que no te cues-te trabajo entrá en eya: y aquí ze quea Rozarito, y aquí ze quea mi mujé. Ajora lo que a tí te jaze farta zon riñone en la jorita e la verdá.

—¡Pero qué guapetón ere!... ¡Vente p'ayá que t'ez pero ezeozol...

—¡Entavía m'az dicho ande va a ze ezo!...

—¿No r'as enterao ande?... Ahí abajito; en er café que visita la güena gente; la dura; la del bronse...

—¡Zi tú ere de jierro colao!...

—Que t'ezpero; ¿eh?... Adiós Virtuíta; adiós mujé: jazta luego, que yo te probaré lo bien que zabe la canela fina...—dicho esto descendió de la reja, y echó a andar más precipitadamente que convenía a sus repetidos alardes de bravura.

Pedro Antonio salió de la alcoba, y asidas a él, Virtuditas y Rosario «La Campanera».

—¿Ande vaz Pedro Antonio?...—gritó la angustiada esposa.

—¡Bonita pregunta, mujél: voy a por la jonra de ezta chavala: ¿te paeze poco?...

—¡No; Pedro Antonio, no: que te pué coztá la vía!—replicaba gimiente la mujer de Angeliyo.

—¿Y que é la vía, cuando jay que cumplí un debé?...

—No; Pedro Antonio: tú no zale de aquí. La jonra ez mía, y mía debe zé la zangre que z'errame...

—¡Estaría güeno!...

—¡Que no zale!...

—¡No te va Pedro mío!...

—¡Er demonio e laz mujere!:... ¡laz dó quietat!:... ¿a vé?:... ¡azín!...

Y cogiéndolas por las muñecas, las arrojó sobre un sofá que había cerca de la puerta de la calle, y antes de que tuvieran tiempo de incorporarse, Pedro Antonio salió corriendo; cerró tras sí, y en menos tiempo que se invierte para contarle, dió vuelta a la llave, perdiéndose después por las desiertas y oscuras callejuelas. «El Arro-jao», le hirió en su amor propio, que es lo que el hombre tiene de más delicado y de lo que más celosamente guardador se muestra, cuando lo juzga como virtud que proporciona satisfacción pura al espíritu; como complacencia de la entraña receptora del sentir; como comprensión eficiente del convencimiento que el ser tiene de lo que vale.

Al verse solas Rosarito y Virtudes, se abrazaron desesperadas.

¡Ze fué!...—gritaron al unísono.

Y ambas unidas fuertemente por los indisolubles lazos del dolor, rompieron a llorar con amargura.

CAPÍTULO II

EL CASTIGO

Pedro Antonio salió como disparado de la casa de Angeliyo, que estaba en la plaza de Santa Marina; dejó al frente la calle de S. Luis torciendo a la izquierda por la de Relator, y cruzando después ante las de la Parra y de la Feria, llegó hasta el Pilar del Pato, que es como si dijéramos punto de parada de los *bebedores de sangre*; de los profesionales del matonismo.

Al entrar en esta última calle, paróse breves momentos, como aquél que desconoce el camino y trata de orientarse; y enseguida se internó con decisión en la vía soledosa, atraído por el repiqueteo de las castañuelas, el rasguear de las guitarras, los *cantares jondos* de voces roncadas, y el taconeo marcador del *bolero* y del *fandango*.

Todo ello, como típico rebullir de uno de esos antros del vicio, donde las jóvenes y casquivanas; las ebrias y bamboleantes hembras que hacen dejación de su castidad, lucen la inspiradora ansia afrodita en sus ojos berilosos; donde el escándalo y el jolgorio; la licencia y la perdición; el vino y la borrachera tienen su imperio, como descarnada realidad de vergonzosas miserias.

Pedro Antonio, había llegado a la Barqueta, primero; y después, frente al postigo de «Los Mascarones», donde aparecía una turba heterogénea de *gomosos* chulos, confundidos con esos otros de rostros huraños y gestos desafiadores.

Esta tropa provocativa y canallesca, de mirada fendiente, voz destemplada, majezas de baratero y burlesco carcajear con que la lacería profesional hace acto de presencia, rodeaba a una linda mujer que ostentaba un lunar bribón junto a la comisura izquierda de su boca; una mujer de aquellas que según el decir de las gentes, quitan el hipo y arrancan el ¡olé!, aun cuando no se quiera. Reía con descoco; era muy gitana; el maleficio pecador de la hermosa, ponía como fieras rampantes a sus hamposos admiradores.

Sus decires de manola, su fútil vaho de placeres pasajeros, la alucinante fascinación de su boca invitadora, y la rubia alborada de sus cabellos, eran otros tantos motivos de locura para el truhanesco enjambre que rendíase a sus pies, como los leones favoritos de las antiguas cortesanas.

Pedro Antonio llegó frente al grupo que obs-

truía la puerta de entrada; fué a pasar, y uno de aquellos desalmados que quiso presumir ante la hembra, dijo con acento de perdonavidas:

—¡Por aquí paza, er que yo deajo pazá!

—Por aquí paza, to er que tenga coraje pa'ja-serlo por ensimita e tí; y eze coraje lo tengo yo, encuan-to que jables una palabra má. Y pa que no digas nunca lo que nunca puéz desí, vaz a zer- virme de argo ezta noche: ¡ya mizmo me eztáz abriendo la puerta pa que yo entre!... ¡pero que ya mizmo!...

Algunos de los que componían el grupo, y eran conocedores de los arrestos de Pedro Antonio, mediaron en la cuestión.

Uno de ellos, dirigiéndose al vaquero le dijo con acento amistoso:

—Tó lo que tú jable, está bien jablao, poique lo dise un jombre. Pero ten en cuenta, Pedro Antonio, que «Pajarito» no f'ha querío ofendé y que lo c'adicho, lo ja dicho en groma y güena amiztá.

—Pero laz groma laz debe gaztá «Pajarito» con laz ave e zu calaña, y no con las gentes jon-rás; y como yo no quiero dizpenzá a «Pajarito» que de un vuelo ze me monte en laz narise, vá a jabrí ezta noche la puerta pa que yo entre, o vá a volá jazta los sielo pa no bajá nunca. Y ezte valiente abre la puerta ya mizmo, aunque digan lo contrario toíto lo guapo que haigan dentro y fuera de «Los Mazcarone»: ¡y er que lo ja dicho, no ze vá!; ¡Con que andando!...

—Ozté me dizpenze, poique é que yo lo jabía

tomao por otro; y una erquivocación cuarziquiera la tiene...

—Lo zé que ere un «Pajarito» tan inosente, que m'habíaz tomao por gorrión pa dártelas de gavi-lán delantito de ezta paloma. Pero,... ¡que quiere?...: loz gavilane que aquí tenei er nío, no zeí má que tortolito zin jiel, que entavía no jabei aprendío, quer pico oz lo puzo Manué, pa picá. ¡Tú no ere má que un «Pajarito» *cantaó*, pero que lo jase mu má! Y fuera de má conversasione: yo zoy jombre mu tranquilo que con naide ze mete y que por ezo no me guzta que m'echen er caba-yo ensima; tú me lo jas echao y tú abre la puerta con laz mano zi quiere, o con la cabeza, de una gofetá que te pego que vaz a entrá volando por loz criztale con ma ligeresa c'un águila reá.

—¿Y qué trabajo me cuezta abrí?... ¡Ya eztá!..

—¡Azín quiero yo ve a loz jombre; bien man-dao! Pa otra vé, ¡zó *gayina!*..., ten má pupila pa zabé con quien jaze *er gayo*. Y dentro voy, ¿za-be?...: te lo digo por zi penzando, penzando, te arrepiante e tu *prudensia* y quiere echá por otro camino.

—¡Olé loz tío con riñone!—gritó aquella hem-bra hermosa sin poder reprimir su entusiasmo.

—Grasia mujé: y sin más decir, Pedro Antonio desapareció.

La sala estaba alumbrada con raquíticos glo-bos de luz, que dejaban escapar parpadeante cla-ridad remisa; el local parecía envuelto en gasas grisáceas, por la densidad del humo de los ciga-

rrros y el polvillo impalpable levantado por el taconeado de las *bailaoras* y el constante ir y venir de los parroquianos. Lejos de ser amplio, parecía hacer alarde de su estrechez, apretujando en el rectángulo que formaban sus paredes, mesas, sillas, sirvientes, artistas y consumidores.

Mujeres que anadeaban las caderas para hacer más provocativa su desvergüenza, iban de un lado para otro en busca de *labor* y fraguando malignidades.

La oficiosa intervención de estas *evitadoras* en cualquier pendencia, daba casi siempre por resultado la muerte de uno de los contendientes o por lo menos la cuchillada que ponía en peligro una vida.

Allí dentro, todo era disipación, artificios viles y viles argucias. La nota más punzante de aquellos rostros, era la impudicia desatada e invitadora en cuanto a ellas, y el gesto hampesco y carcelario en cuanto a ellos.

La blasfemia, la amenaza, la caricia grosera, la frase inmunda; todo lo soez, tenía allí su representación digna de tan bajas miserias.

Hermosas pecadoras ejecutantes de esas diabólicas danzas chulonas donde se repiquetea los pies, se contorsionan las caderas, se mueve el vientre con sádicos escarceos, se agitan los brazos y las manos se elevan. Hermosas pecadoras que sienten el hiperestésico deseo, y por sentirlo lo provocan y retan a los vitandos resultados de su procaz invitación.

El vino prende fuego en las venas; el líquido ámbar jerezano enloquece a los bebedores, y entre trago y trago del caldo generoso, se pierde todo cuanto de racional puede restar a los admiradores de aquella escuela de perdición.

Ellas con su aire provocativo y desvergonzado y ellos con sus desplantes de bravuconería, creaban una situación difícil dentro de aquel *pandemonium* del destrago vil y vicioso.

Andando a saltitos como las perdices; haciendo equilibrios sobre la considerable altura de sus tacones, cruzó el salón la «Mimosilla», mujer de otoño opulento que hacía pasar por carne tierna y que aun lograba encalabrar a más de un conquistador de la tierra de *don Juan*.

La «Mimosilla», se cantaba muy bien por «tientos» y arrancábase por *soleares*, que era un encanto oírla; habilidad que no dejaba de ser una tentación, y que por tentación la tenía ella.

El cerco enorme de sus ojeras, todavía lograba triunfar de los hombres *castizos* y de *buen gusto*, según asegurara la misma favorecida. No es extraño por tanto, que su paso fuera coreado de jolés! y de esos otros galanteos que cambian en grosería la ingenuidad del piropo.

Aquella mujer sonríe con todos como para hacer gala de sus dientes zahores, que ansían morder carne de bode, mientras que siente en el pestorejo el escalofrío del beso hombruno.

Las libaciones copiosas, exigen la corporiza-

ción del sueño obcecador y obsceno, que bulle en los cerebros espoleados por el alcohol; y las bailarinas vense obligadas a subir a la pequeña escena, despojarse de sus atavíos, y dejar al público examen sus intimidades excitadoras.

Pedro Antonio contempla el cuadro por entre las volutas del humo de su cigarro, sin que por una sola vez se deje arrastrar por el incentivo engañoso que se respira en aquella atmósfera asfixiante y venenosa.

A «Los Mascarones» llevóle un compromiso varonil, y en cumplimiento de ese compromiso mismo, tenía puesto todo su cuidado.

Al verle tan indiferente a cuanto allí hacía sentir licencia, nadie sabría explicar tal pasividad, teniendo en cuenta la reciedumbre y firmeza del desconocido.

El vaquero, con sangre fría admirable iba repasando una por una todas las mesas ocupadas, con el fin de que no se le escapara el hombre en cuya busca iba decidido.

«El Arrojo» humeaba cigarrillos y bebía manzanilla de Sanlúcar, en alegre consorcio con algunas damas del honor perdido. Éstas, ensordecían la sala con risas y gritos. Profesas del amor vicioso, comulgaban con besos vendidos, discretos soeces y hamposas libertades. Allí no había ninguna María Magdalena; ninguna pecadora de Nain, redimida y santificada.

A la mesa de «El Arrojo», fueron acudiendo

una serie de sujetos con rostros sedientos de crimen, basca de presidio, opositores a la horca, bocas maldicientes, ojos flameantes de erotismo y de ira, cuerpos rendidos por los abusos medulares.

—Oye tú «Arrojao»:—interrogó al expresidario uno de sus acompañantes—¿conose a eze jaque que va mirando a toítaz parte como isiendo «aquí eztoy yo»?...

—Mucho ojo «Manos Largas»:—respondió el preguntado—¡Eze jombre, e un jombre!... ¿m'entiendez?... Ezo no quie desí, que zi jubiera que jecharlo, no eztaría ya en la caye; poique a mí me guzta tropesá con eztoz creío: tu ya lo zabe.

—¡Me eztá dando dos patá eze tíol!...

—¿No lo conose?...

—Yo no: ¿quien é?...

—Pué eze é un vaquero e la ganaería e don Juan Manué. A él le yaman Pedro Antonio Rico y Rico...

—¡Que barbariál!... ¡cuanta riqueza!...

—¡Pué en zu caza tié un tesoro!

—¿Zi?...

—Eze eztá cazao con una tal Virtuíta que é una bendisión. Voy a ve zi la pueo trajelá, y me como eza perita en durse que já de eztá ¡chipént de zabroza: má zabroza y durse, que laz que le yevan ar Zurtán de la Turquía. Y a propósito: ajora que él eztá aquí, voy a vé zi m'aserco un poquito ar pie e zu ventana. ¡La chavala e una prenda y d'abrigo!... ¡Vamo; como p'ar tiempo

qu'entra!... ¡Ya eztoy aquí enzeguía, en cuantito que la dé recuerdo!...

«El Arrojaio» se levantó rápido; y dirigiéndose a la cocina, salió por una puerta falsa que daba a otra calle.

«Manos Largas», había lanzado una carcajada escandalosa para celebrar los infundios de «El Arrojaio»; carcajada, que la corearon todos los demás asistentes a la mesa del expresidiario. Aquel reír desvergonzado, coincidió con la salida del burlador de Rosario que fué visto por Pedro Antonio, cuando éste, instintivamente volvía la cabeza hacia la mesa que el valiente acababa de abandonar.

El marido de Virtudes comprendió al instante que «El Arrojaio» huía de la quimera, pero dispuesto Pedro Antonio a darle el disgusto, salió de «Los Mascarones», y una vez en la calle, se dispuso a darle caza.

La sangre ahogaba a Pedro Antonio; esa roja mantenedora afluí a oleadas a su garganta, y no quería creer que él hubiera tenido paciencia para dejar ir a «El Arrojaio» por aquella maldita puerta.

¡Con jabé corrió tra é, ya eztaba toíto arreglao! decía el vaquero con desesperación.

Cinco minutos llevaba de aguardo y sin saber qué dirección tomaría para echar la vista encima al desaparecido, cuando del café salió la «Mimosilla», siendo parada a los pocos pasos por un contertulio de «Los Mascarones».

—¡Dió le guarde Julián!... ¡Güenas noche!..

—¡Para mujé, para!...; ¡ya te diré adiós!... ¡pero óyeme ajoral!... ¿vaz mu depriza?...

—Má que un ezpré: y lo ziento, poique ya zabe ozté que me ja zío mu zimpático, y que me queaba con ozté toa la vía...

—Grasia corasón: ¿y por qué no pué zé ezo?...

—Poique «El Arrojaio» m'ha dicho que l'ozpere en caza, y ozté no zabe que mala jerramienta é «El Arrojaio»...

—Tiez rasón: e una fiera: ¡que laztimita que eze punto f'ezpere, pa yo tené que agüecá!... ¡Ay! que gana tengo de que tú me camele, pa yo darte la zangrezita toa que jay en mi cuerpo...

—¡Ole loz tío pazando faitiga!...

—No lo zabe tu bien...

—Mira chato mío: me voy, poique él eztá en er cayejón de la ezparda jablando con er dueño de «Los Mascarone»; y zi viene y noz piya,... ¡adiós «Mimoza» y adiós quien me dé mimol!...

—¿Y me deja?...

—¿Que quiere?.... ¡con mucha penita e mi arma!...—¡que guapetón, que zalao y que güen moso ere!...

—¿Tú más probao, pá zabe zi zoy zalao o zozo?...

—¡Ezas zon miz ganita!... ¿zi tú quiere mañana?...

—¿Ande vivez?...

—Frentito a la Iglezia e Capuchino número ventiziete...

—¿A qué jora?...

- A laz cuatro zi le parese bien...
—¡De rozita!...
—No farte gitano; que vá a ze e capricho.
—¿De vera?...
—¡Dende que le conosí en cá la «Tentasion»,
me tiene ozté loquita perdía!...
—¡Dezajera mi arma!...
—Ezo no ze dise aquí...
—¿Ande entonse?...
—¡Ze oyen pazo!... ¿ezcucha?;.. ¡mi mare!...
¡zi é él, me lusío!... ¡Adió Julián!...
—¡Adió «Mimoziya»!...

Unos pasitos ligeros; una silueta de mujer que desaparece entre sombras; un hombre que huyendo de otro hombre, entra apresuradamente en «Los Mascarones», y luego el jolgorio allí, y el silencio fuera.

.
«El Arrojo» se aproximaba.

Pedro Antonio lo reconoció, y se fué hacia él.

—¡Grasia a Dió!— exclamó el vaquero sin poderse contener.

«El Arrojo» que no esperaba aquel encuentro, miró fosco, mientras que con brusquedad le interrogaba.

—Y grasia a Dió, ¿por qué?

—Poique no t'ha zalío la cuenta...

—¿Qué cuenta?..

—La de juí...

—¿Qué jas dicho?..

—La de juí: ¿lo jaz entendío ajora?..

—Y juí, ¿de quién?..

—De mí.

—¿De tí?;.. ¿de tí voy a juí?;.. deja que me ría, poique en zerio no ze puen tomá sierta coza... Menos palabra y má verdá: ¿qué é lo que tu quiere?—preguntó agresivo el matón.

—Ten carma Manolo; que azín jan de zé loz jombre: ¡templao!...

—¡Acaba ya de una vé!...

—No tengaz tú priza, que tó yegará: y tar vé máz pronto e lo que tú quiziera...

—¿Má pronto?... no: ¡mete mano!...

—No tan ligero; antes que peleá, jay que conosé la cauza.

—No me importa: la que zea.

—A mí zí me importa, poique zoy una perzona jonrá, y no quiero pezo pa mi consiensia.

—¡Jabla por Cristo!...

—Contigo no ze jabla por Crizto; zi no por Zataná...

—Me iguá: jabla; me eztá jirviendo la zangre.

—Entonse, voy a jaserte la grasia de acabá pronto.

—Bazta e preparasione.

—¿Tú zabe a que e venío yo aquí ezta noche?

—No nesesito zaberlo...

—¿Pero no me ezperabaz, charrán?...

—Y te ezpero: ¡mete mano enzeguía, o te jago peazo!—gritó fuera de sí «El Arrojaio».

—Loz gritoz no z'han jecho pa lo jombre: ¡ven-te pa cá!...

—¿Ande?...

—Jasia la Barqueta, que eztaremo zolo...

—¡Vamo!...

Los dos echaron a andar tan deseosos de encontrarse en el sitio designado por Pedro Antonio, que parecía como si allí les esperara algo anhelante y deseoso.

Apenas llegados, exclamó el Vaquero:

—¡Aquí eztamo bien!

—¡Tú lo jas dicho!

—Ajora, contesta:... ¿tú conose a Rozarito?...

—¿Qué Rozarito?...

—«La Campanera».

—¡Valiente pregunta!... ¡Zi la conosco, y m'az vizto enganchao a zu reja!... La conosco má que tú: ¿qué ze ofrese?...

—¡Ná!: ¡que devez eztá mu zatizfecho de tu guapesa!... Jaz dezjonrao por *riñone* a eza infelil;... ¡y l'haz dezjonrao como lo jasen laz fiera; valiéndote de zu debiliá y de tu fuersa: má aún: abuzando de la confiansa, del aferto, de la amiztá de toa la vía! ¡Jaz dezjonrao a eza mujé, poi-que eztaba auzente er marío y la creizte dezampará!... ¡Jaz dezjonrao a eza mujé, aprovechándote de zu dezmayo; y quien ezo jaze, é un canaya, un marvao, un cobarde, al que jay que arrancarle la vía!... Zi er marío no eztá, eztá el amigo der marío.

—¡Y er chulo de eza mujé!...

La respuesta a tan grosero insulto, fué una tremenda bofetada que hizo rodar por tierra a «El Arrojaio». Este se levantó rugiendo como

león herido. Se avecinaba el terrible desenlace del drama.

Con el cuchillo preso reciamente en la crispada mano, se avalanzó salvaje, fiero, sobre Pedro Antonio. El marido de Virtuditas, que despojábase de su chaquetón mientras que «El Arrojao» estaba en el suelo, no creyó tal ligereza en su contrario, y le faltó tiempo de requerir el arma para su defensa. No obstante, esperó sereno la acometida: su siniestra mano atarazó la diestra de su enemigo, que alzábase amenazadora sobre el defensor de Rosarito, y haciendo un desesperado esfuerzo lanzó de nuevo al miserable lejos de sí.

No descuidóse entonces; y cuando «El Arrojao», loco de ira volvió a incorporarse, en la mano de Pedro Antonio centelleaba la temible faca, como gladio flamígero.

En el paroxismo de su desesperación, el *valiente* arremetió de nuevo a Pedro Antonio tirándole una tremenda cuchillada que éste paró con el *tabardo* que pendía de su brazo izquierdo, para avanzar imponente y hundir toda la acerada hoja en el pecho de su contrario.

—¡M'az mataol!—gritó el jaque; grito que el silencio de la noche hizo más tétrico e imponente. De las manos de Manolo se desprendió el cuchillo, llevándoselas luego a la parte herida; su cabeza se inclinó hacia atrás con desmayo, en sus ojos quedó la luz extinta, y retrocediendo un paso, vino al suelo de nuevo para no levantarse.

Pedro Antonio arrojó el arma homicida lejos

de sí, y después de mirar en todas direcciones, emprendió la huida.

El Vaquero no era hombre que perdía la serenidad, por grave que fuera el momento.

Corriendo como iba, pensó que debía volver a «Los Mascarones» y hacerse allí visible.

Como su ausencia había sido cortísima y él no era concurrente al lupanario recreo, bien podía ocurrir que no tuvieran en cuenta su breve desaparición.

Y así sucedió por fortuna suya.

Hizo por serenarse. Algunos instantes de reposo fueron lo suficiente para que aquella naturaleza de hierro cesara en la agitación propia de la carrera que acababa de dar, y de nuevo penetró en el tugurio, sin que nadie adivinara en aquel rostro frío e indiferente, nada anormal ni sospechoso.

Una vez dentro del establecimiento, Pedro Antonio creyó prudente hacer algo notorio, con el fin de que el público allí congregado, pudiera justificar su presencia en «Los Mascarones» en caso de necesidad.

En efecto; recordando la carcajada de «Manos Largas», que le obligó a volver la cabeza hacia aquel grupo de majetones y de pícaros, en el preciso momento en que huía «El Arrojao», no se detuvo más; y derecho como una recta, se fué hacia las mesitas que ocupaban los compinches del bravo que en la Barqueta quedaba sin vida, y tomó asiento como en país conquistado.

—¡Dio guarde a laz güena jembra!—dijo con acento decidor.

Ellas quedáronse fijas en el que con tanta osadía se presentaba, y por si aquello trajera cola, se apresuraron a contestar:

—¡Azté también amigo!...

—Y a loz jombre, que muz parta un rayo:—replicó «Manos Largas».

—A loz jombre lez jablo yo ajora:—contestóle Pedro Antonio.

—¡Me paese que ze trae ozté mucho jumo metío en la cabeza, compare!

—¡En cambio, ozté no ze trae mardita la coza!

—¿Cómo e ezo?...—gritó provocativo «Manos Largas».

—¡No ze zuba ozté mu arto, poique aluego pué zé mayó er desengaño!

—¿Qué va a zé ezto?...—objetó otro *guapo* de la reunión.

—¡Ozté ze caya, poique aquí no la yamao naide entavía!

—¡A quien no ja yamao naide aquí, ja zfo a ozté amigo; y ozté ze va a dí!...

—¡No lo diga ozté tan zerio, que me vo a creé que é verdá eza zalía zuyal!...

—¡Por mi zaluíta, que ozté ze va d'aquí!...

—¡Poz ja perdío ozté la zalúl!...

—¿Pero ozté qué e lo que quiere?...

—¡Con un poquito de má tranquiliá, ya lo jubíá ozté zabío jase rato!...

—¡Date un punto en la boca, «Quizquiya», que

no eztoy en la lartansia!... ¡yo pueo andá zolito por toaz parte!...

—¡Ozté no zabe ande eztá azentao tan ziquiera!...—decía un tercero.

—¡Ozté e un inosente, que no ha aprendío a viví, poique no ze da cuenta d'ande ze mete!...—exclamó otro.

—¡Fuera ya de pamemal!...: ¡a ezte tío ze le zaca enganchao d'una puñalá, pa que aprenda a no meté má el pinré ande pizan jombre de corasón y de vergüensa!...

—¿Zus cayais, u meto mano y jago una enzalá?—gritó colérico «Manos Largas».

Y después, con ese acento sentencioso del matón de oficio, con el que pretende a veces ocultar su miedo, sin conseguirlo, se dirigió a Pedro Antonio para decirle:

—¡Digazté lo que quiera, y perdone la metiura d'ztos!... Ahora bien; quiero arvertirle, que pienze lo que jabla, poique dende eza ziya ze laz juega ozté toa!...

Pedro Antonio, que había guardado silencio no queriendo contestar a ninguna de las provocaciones de los barateros, sin que hiciera otra cosa más que sonreír al escuchar los desplantes, dijo a «Manos Largas»:

—No conosco azté, mi amigo: pero é er cazo, que a mí me ja paresío que al rei ozté endenante, me miraba con zu miajita de intensión, y ezto ma dao que penzá... No tenía intinsión de jaber dicho repajolera la coza, y he dao güertas y má

güertas, por zi ze me quitaba la muzaraña que tengo metía en la cabeza. Pero no pué ze; y como a mí no me guzta guardá comía pa que me jaga daño, vengo a dejá ya mizmo er pezo de ensima... ¡Eza riza me la va ozté a aclará ajora mizmito, elante de eztos compañeros que por ozté jan rezpondío tan guapamente!...

Tal era el duro gesto que había en la sañuda faz de Pedro Antonio, que «Manos Largas», sintió los escalofrantes efectos de la cobardía.

—¿Eztará güeno que yo le diga azté, que yo no conosco azte má que pa zervirlo con mu castisa intinsión, y que zi al reí, yo miré azté, fué por un cazuá y zin er mardito ezeo de moleztá a su prezona?...

—¡Eztá ezo mu bien dicho, y me doy por zatzefecho, y na má!...

—¡Y zi no ze da ozté por zatzefecho, e iguál!... —dijo el llamado «Quisquiyas». —¡Ya tengo yo la zangre negra, y eztoy jartito de tanta monzerga pa ná!...

—¿Pa ná digizte?... ¡Pue za equivocao ozté der tó, mi amigo!... Yo zoy mu ezpesiá pa toa miz coza, y me guzta la rasón. Aquí me queo con loz que no jan abusao de la lengua, y ozté, y er que ma dicho inosente, y er que ma llamao irnorante, y er de la puñalá, zalen de naja ajora mizmito, pa no gorré a entrá tan y mientra yo venga a «Loz Mazcarone»:... y como no me guzta que me jagan ezperá en cosita que yo digo.... ¡Fuera yal!...

Y enarbolando la silla donde estaba sentado, comenzó a descargar golpes sobre las costillas de los cuatro hampones, hasta hacerla añicos. Lección tan contundente, hizo desaparecer como meteoros a los bravos que momentos antes le provocaban con saña, y hasta con verdadera complacencia.

Se armó lo que era natural: todo el mundo se puso en pie, las mujeres dieron gritos, los hombres metían mano a las herramientas, cundía el escándalo, la algazara se hizo ensordecedora, mientras que el dueño del establecimiento acudía lívido, desesperado, hasta donde Pedro Antonio se encontraba con una tranquilidad impropia del hombre que había realizado los hechos de aquella noche.

—¿Pero qué è ezto?... ¿qué paza aquí?...

—¡Pue no paza ná!:...—contestóle el Vaquero.

—Cuatro granuja y una ziya de meno, y otra ziya nueva que nesezito pa mí...

—¿Pero erez tú, Pedro Antonio?...

—¿Qué te eztraña, Jozelito?...

—¡Por tu marel!... ¡por tu zalúl!... ¡por lo que tú má quiera!... ¡tranquilísate, jombre, y eztate quietesito ya!...

—¿Má quietesito y tranquilo quiere?...

—¡Zi é no ha tenío la curpal!...

—¡Zi jan zío ezos malazombra!...

—¡Zi el jombre eztá una jora ya zin moverze der café, y no za metío con naide!...

—¿Pue no lo jemo vizto tos?...

Estos y otros gritos de protesta se escuchaban en el salón.

Tal fué el efecto perseguido por Pedro Antonio, y le salió como esperaba. Era seguro que de él no se sospecharía por la muerte de «El Arrojao».

.

Y se hizo la paz.

Todos ocuparon sus puestos; todo siguió igual. Las mismas risas, los mismos *cantes*, los mismos guitarreos y repiques de postizas, la misma licencia y la desvergüenza misma.

Sólo había una novedad: y la novedad era que Pedro Antonio habíase convertido en «niño bonito» de «Los Mascarones».

Unas le buscaban para dejarse caer sobre él, con todo el enervante sahumero que emanaba de sus carnes pecadoras; otras mordían con rabia la dorada fimbria de los abanicos, por no haberse adelantado a tales caricias; las más mirábanlo tan tierna e invitadoramente, que parecía como que jugaban al escondite con los ojos.

Aquella aventura loca le ayudó a ganar voluntades, y ya no había en el café de «Los Mascarones» más cosa que ver que los hechos del Vaquero, ni más cosas que respetar que sus dichos y caprichos.

Mercedes, aquella Mercedes que Pedro Antonio viera rodeada de una turba heterogénea de *gomosos* chulones, confundidos con esos otros de rostros huraños y gestos desafiadores; aquella Mercedes que presenciara la escena del Va-

quero con «El Pajarito» y que gritara «¡Olé loz tío con riñones!», al darse cuenta del temple recio del alma de aquel hombre; aquella Mercedes que al truhanesco enjambre rendido a sus pies como los leones favoritos de las antiguas cortesanas, mostrábase entonces sobre las piernas de Pedro Antonio, rendida y obscena como las ocas del Capitolio.

Cada vez que él iniciaba el deseo de marcharse, contestábase ella rodeando más fuertemente con sus brazos el robusto cuello del varón:

—¡Quítate ayá, grasioso!... ¿irte tú?... ¿ande?... ¡Ar sielo va a dí luego!... ¡pero ar sielo ze va conmigo!... ¿zabe?...

La noche que había empezado fresca y nubosa, dejó caer por fin sobre la Tierra una lluvia torrencial escuchándose su camborileo sobre las tejas.

—¡A urtima jora, vaya un tiempesito que ze nos ja prezentao!—dijo Pedro Antonio.

—¿Malo, oye?... ¡qué zabe mi niño lo que le ezpera!... ¡Cuántos darían la vía porque eztoz brasito ze puzieran tan serquita como tú loz tiene!... ¿zabe quién eztá contigo, mi arma?

—¡Erez mucha mujé!...

—¿Lo dise tú de vera?...

—¡Yo no miento nunca!...

—¡Olé mi jombre caztiso y rezalao!... ¡Venga juerga!... ¡Ziga er *cante*!... ¡Vaya baile o me bailo yo con toa miz fatiga!

Y llegó la hora de las alegres cenas del amanecer.

Terribles horas de delirio, de desenfreno loco.

Entre luz rieladora y neblina humosa, crugir de sillas, ruido de platos y de copas, risas e imprecaciones, frases mimosas y dicharachos de fanfarrón, Mercedes salta sobre la mesa y sus pies chulones taconeán un tango lujuriente, mientras crugen cristales de vasos y botellas, gritan de entusiasmo los espectadores y hacen surgir el afrodismo bárbaro, con locuras de borrachera.

Amanece: el público rendido comienza a desfilar.

Aquellos seres de rostros marchitos, ojerosos, horriblemente pálidos por el insomnio, el vicio y la cansera, parecen cadáveres escapados de sus sepulturas para volver a gozar de las mundanas podredumbres que los hicieron víctimas.

Mercedes arrastra a Pedro Antonio que al fin es vencido por la lúbrica hembra; que no en balde era barro y como tal, ductil al molde donde se funden las humanas miserias.

.
Daban las doce campanadas del medio día, cuando Pedro Antonio se presentaba en casa de Angelillo.

Imposible describir la noche de amargura que llevaron Virtuditas y su amiga «La Campanera». Sin tener noticia alguna de Pedro Antonio, pasando las horas en dolorosa inacción, perdida la esperanza y dando en cambio acobijo a las más torturantes supuestos.

No es de extrañar pues, que la alegría no tuviera límites, cuando aquellas dos mujeres vieron entrar a Pedro Antonio por las puertas de la casa.

—¡Pedro mío!—gritó Virtudes colgándose a su cuello, y cubriendo de besos aquella faz querida.

—¡Pedro Antonio!...—gritó ansiosa Rosarito, estrechando la diestra de aquel noble amigo.

—¡Bueno está ya!... ¿a qué viene tó ezto?... ¿Me tardé un poquito?... ¡No é, ar primé jombre que le ocurre ezo!...

—¡Pedro!...

—¿Qué quiere muje?...

—¡Me dá mío preguntarte!...

—¿Y tú jere la jembra de coraje?...

—¡Perol!...

—¡A cayá!... ¡punto en boca za dicho!...

—¿Qné ha zuzedío, Pedro?... ¡dímelol!...

—¡Ha zuzedío, lo que tenía que zuzede!...

—¡Pedro!.. ¡Pedro mío!;... ¡qué lástima e mío Pedro!...—exclamó Virtudes rompiendo en llanto amargo...

—¡Pedro Antonio!;... ¡Pedro!;...—exclamó la esposa de Angeliyo...—¡Mardita zea la jora que penzé desiro na e mi ezgrasia!...

Y lloró; lloró también aquella infeliz, con mayor duelo que llorara antes.

—¡Callaros!... ¿oz quereis cayá?... ¡cayaro por la Virgen, que vai a perderme!... ¡Y tú;—dijo aquel corazón noble, dirigiéndose a «La Cam-

panera»—levanta eza cabeza de mujé zin tacha como ziempre haz zío, quer ladrón que robó tu jonra, no vive ya!...

—¡Pedro!...

—¡Pedro!...

En un arranque de santo entusiasmo, Rosarito abrió sus brazos para en ellos estrechar a su vengador, y entonces éste, apoyando aquella cabecita sobre su ancho pecho, le dijo emocionado.

—¡Yora chiquiya: desajógate y yora!...

Virtuditas contemplaba aquel cuadro enternecedor... ¿Celos? no, no:... ¡compasión!...: porque solo compasión merecía Rosario.

Desde las primeras horas de la mañana, no se hablaba en Sevilla de otra cosa que de la muerte de «El Arrojaio».

¡Eze tunante tenía que morí veztío!...

¡Yo premiaba ar gachó que le ja dao mulé!...

¡A loz do día de vení de Arcalá, le jan quitaíto pena!...

¡Pero que mu bien jecho!

¡Eze guapo, yevava a Zeviya regüerta, y no ejaba ezcanzá a naide!...

Estas eran las oraciones de *profundis* con que el público sentimiento honrara la memoria de aquel desdichado.

La policía comenzó a inquirir; el Juez instruyó diligencias, la prensa habló de la ineficacia de las gestiones, y todo resultaba inútil; eran vanas

as pesquizas: parecía como si al matador se lo hubiera tragado la tierra.

Solo un individuo conocía al homicida, pero ese individuo jamás reveló el secreto.

No produjo gran pena la impunidad del delito, ya que «El Arroja» era un continuo peligro para toda persona honrada. Así pues, no fué laborioso olvidar los deberes que la justicia impone, ni la vindicta pública tampoco protestó de lo infructuosas que resultaran las indagatorias.

Si esto no pareciera inhumano, nos atreveríamos a asegurar que fué una muerte sin plegarias y una impunidad sin dolores. Que así va laborando su propio desprestigio, todo aquél que olvida sagrados deberes, para creer que el vivir es echarlo todo a barato sin pensar que las guapezas están al alcance de todo el que se decide a escupir contra la moral.

La carrera de *valiente* es muy fácil de aprender, pero se hace muy difícil de practicar. Es carrera que ofrece una vida azarosa, triste y corta.

Presumir que el hombre puede ser superior al hombre mismo, es barbarie, torpeza, utopía propia de los cerebros obtusos de los que casi en el irracionalismo, procuran no trabar conocimiento con la racionalidad.

El hombre, es agresivo y valeroso por naturaleza; solo que el honrado evita la ocasión, y el miserable busca el peligro.

El uno es pensador; el otro es instintivo.



CAPÍTULO III

EL TRIUNFO DEL GANADERO

Ya hemos dado a conocer a nuestros lectores los graves sucesos que veinte años antes fueron la base del drama que constituye el argumento de esta novela.

Desde aquellos luctuosos días, la gratitud se impuso a Rosarito como una especie de religión, en cuyos altares «La Campanera» sacrificaba a la memoria del amigo noble y sincero que con riesgo de su vida, supo lavar la mancha que un malvado lanzara sobre su honra.

Poco tiempo después de los hechos narrados en los dos capítulos anteriores, Virtudes daba al mundo una existencia nueva, y rendía la suya como desenlace fatal de sus primeras paricias.

Pedro Antonio lloró amargamente la pérdida de la inolvidable esposa, y Rosarito a la herma-

na que supo dar siempre consuelo a sus dolores y tranquilidad a su alma.

Pasó el tiempo y un toro hizo pagar al valiente «Angeliyo» el mortal tributo. Desde entonces, Rosarito y Pedro Antonio no volvieron a verse, por temor de que la maledicencia clavara sus terribles garras en la intachable conducta de una viuda joven, linda y deseada.

Aclarados pues, todos los retrospectivos antecedentes que nos eran necesarios para la mayor claridad y mejor comprensión, en cuanto respecta a la parte argumental de este libro, podemos reanudar el hilo de la trama.

Desde aquel día, de juerga y algazara en la Dehesa de Cubero, en que don Juan Manuel, leyó en los ojos de Maruja el amor hondo que Curro le inspirara, y en las miradas de éste, el querer estallante que brotaba por momentos en su corazón, sintió nacer el odio contra su prohiado, y desde entonces, el solo recuerdo de Ramírez le producía desesperaciones.

La hija de Pedro Antonio se adentró tanto en su pecho, que fué para él una obsesión. No había que extrañar pues, que dada la ruindad de su alma, sintiera hervor iracundo contra su afortunado rival.

¿Qué me importa Curro?—se decía en sus ratos de afanes dementes:—¡mataré a Curro, y con mi fortuna, saldré del atolladero!... ¡Pero no:—se objetaba al instante—es mejor usar del

infalible talismán que hace mío a Pedro Antonio!...: ¡a Pedro Antonio!: ¿y qué consigo con esto?... Venzo al padre, pero queda el amante... ¡Siempre él!...

Fuera de flaquezas y de vacilaciones. Llamaré al rival, y le provocaré: le provocaré de tal forma, que he de obligarle a reñir; a reñir, sí; pero en lucha a muerte. Y es el caso que la bravura de Curro es fiera, y... ¿por qué te paras Juan Manuel?...: ¿no estás solo?... ¡nadie te escucha!...: ¿o es que quieres engañarte a tí mismo?...: hay que ser claro: ¡esa bravura fiera de Currito, me espanta!...

Ante aquel desengaño, se anulaba por completo la pujanza de sus bríos, y en cambio enloquecía de desesperación, cuando María del Carmen hacía para él como sueño ideal de un imposible.

A última hora—decíase desesperado—unas miles de pesetas y una mano diestra, me dejarán expedito el camino.

Pero, ¡oh, rabia!...: es también un descabello este propósito.

Supongamos que surge el drama; muere el ídolo; prenden al inmolador que se rinde a flaqueza, y por fin canta de plano. ¿Qué me sucede entonces?... No temo el castigo de la justicia, no: porque eso lo resuelve pronto un hombre de mi posición y de mi valer. ¿Pero qué hace conmigo el pueblo?... España, me execra; impone el castigo; pide un fallo inexorable; la hor-

ca; que me descuarticen; que me quemen luego, y que abienten mis cenizas como se hacía en la antigüedad... ¡No puede ser!... ¡no puede ser!...: ¡la fama de ese maldito, lo hace invulnerable!... ¡Y es mía la culpa!...; ¡mía!...: ¡mía!...: ¡si yo no lo hubiera elevado tanto!...

El rodar de los tediosos días, no curaba la acervidad de su nostalgia. Resultábale antipático Madrid. ¡Madrid que siempre era elegido por el aristocrático bribón, para hacer de su oculta crápula campo abonado donde fructificaran sus medulares orgías!...

La imagen de Carmela, se le aproximaba tenuamente como adorado fantasma de un sueño.

Sintió crecer su ciego entusiasmo, como combustión mantenedora del maldito fuego de los sentimientos insanos.

Veía su boca, convertida en húmedo clavel de los deseos; el llameante incentivo de sus ojos; su cabellera endrina descendiendo a raudales desordenada y rebelde sobre los marfileños hombros; la preciosa carga de alabastro representada por la pluralidad de sus senos y la esbeltez atrayente de su cuerpo, hasta que embobecía ante el recuerdo de su hermosura, de la que escapábase la misteriosa llama del amor.

¡Ya eres mía!...: ¡ya eres mía!...: ¡se va; se va Currito a Méjico!...: ¡mejor dicho, se fué ya!...

¡En carta me lo anuncia tu mismo padre!...: ¡antes de que él vuelva, serás mi esposa, y sus desesperaciones luego, habrán llegado tarde!...: ¡te he vencido!...: no; ¡os he vencido al fin!... ¡A Sevilla!...: ¡a Sevilla!...: ¡con cuanto placer retorno ahora!...

—¡M'han dicho que ozté me yamaba; on Juá Manué...!

—Sí; tenemos que hablar.

—Ozté dirá.

—Siéntate Pedro Antonio...

—Mucha gracia: azín eztoy bien.

—Siéntate hombre: nuestra conversación ha de ser larga.

El mayoral obedeció.

Entonces el ganadero, se fué hacia la puerta del despacho en que se hallaban, cerróla por dentro y de nuevo ocupó su butaca.

Después de algunas vacilaciones, don Juan Manuel se decidió a tratar la cuestión de frente, y dijo así a su mayoral:

—¡Tengo la seguridad de que ha de sorprenderte el objeto de esta llamada mía!

—¡No zé por qué?... ¡Ozté e el amo y ozté manda?

—No es el amo el que contigo está ahora; es el caballero.

—Pué que diga er cabayero lo que quiera.

—No se como empezar, para que no des torcida interpretación a mis palabras. Sentiría que

te enojaras, porque yo no trato de causarte enojo; antes al contrario...

—Dempué e tantoz año a zu vera, ¿entavía no me ha conosío zu mersé?... ¡A mí no m'azuzta na en ezta vía: pué ozté desí jorrore!

—Mejor: porque de ese modo, llevamos mucho camino adelantado. Se trata de una cosa seria, y por eso has podido apreciar en mí ciertas vacilaciones.

—Laz coza zeria, zon pa lo jombre: ¡con que ozté me dirá, on Juá Manué!...

—Hemos de tratar...—no te sorprendas Pedro Antonio—hemos de tratar de María del Carmen.

—¿Cómo ja dicho ozté pa que yo lo entienda?...

—De María del Carmen: de tu hija...

—¡Venga pronto, que yevo priza!:—exclamó ceñudo el Mayoral.

—¿Ves como no me he equivocado al predecir tu extrañeza?...

—¡Jable ozté ya de una vé!...

—Voy a darte gusto: quiero hablarte de María del Carmen...

—¡Por la Vinge, on Juá!...; ¡ezo ya lo ja repetío ozté, y pa sierto azuntos no me guztan las repetisione!...

—Para que te tranquilices, empezaré diciéndote que María es un ángel...

—¡Muchas gracia!... pero ezo no zará tó?...

—Que es la mujer más hermosa y pura de todas las mujeres...

—Otro puñao e grasia; y otro má, pa toíto lo que venga ezpué, y azí pago por aelantao los favore que ozté jase a mi nifia... Pero yeve ozté mucho cuidao, y zea ozté ajora ar que no le eztrañe que yo le diga, que en cuantito zube a loz labio de cuarziquiera, er nombre de mi chiquiya, me pongo como gato enfuresío...

—Me ofenden esas palabras tuyas, porque parece que me crees capaz de alguna indiscreción.

—¡Aelante, on Juá, y dejemo ezaz coza!... ¡Digazté!...

—Pues bien: ahora que sabes a quién voy a referirme, te diré que yo amo a María del Carmen con toda mi alma, y que estoy dispuesto a casarme con ella enseguida.

—¿Poz no me dá riza?... ¡zi paeze que ma jecho ozté cozquiyaz en er gañote con una pluma e Pavorreál... jertzazte e groma, on Juá Manuel!...

—Nunca he hablado más en serio...

—¡Pué en zerio contezto yo—, que ezo no pué zé!...

—¿Y por qué?...—interrogó el ganadero poniéndose lívido...

—Poique María er Carme, é hija d'un pobre Mayorá, y la hija d'un pobre Mayorá no pué cazarze con una perzona como ozté. Loz ocho primeros día, güeno eztá lo güeno: ar me, esaborisión; y ante de los dó, pelea... ¡«Cá oveja con zu pareja» on Juá Manuel: ezo resa el *reflán*; y los *reflane*, zon toíto mu verdaero.

—¿Quieres decir con eso?...

—Que no jablemo má d'eze azunto, poique no merese la pena.

—¿Eso crees?

—¡Lo m'a asertao!

—Si tu negativa no reconoce otra causa que la pobreza, desde mañana tu hija será tan rica como yo, porque la dotaré con la mitad de mi fortuna.

—¡Ez mucho inero pa una niña que no eztá acoztumbrá!...

—Dí entonces que no quieres.

—¡Mizté on Juá: aquí hay que jablá claro!...

—No deseo otra cosa.

—¡Carmela tié zu novio, y a zu novio no le juega Carmela ninguna mala partíal!...

—¿Tiene novio Carmela?...

—¡Y mú a gusto e zu pare!...

—¿Quién es el afortunado?...—¡digo!...—¡sí se puede saber!...

—¿Poiqué no?...: como no e matute, no jay inconveniente arguno e poné laz carta boca arriba...: ¿no e ezo?...

—¡Claro que sí!...

—Poz güeno: mizté la niña z'a puezto en relasione con Curríto, y Curríto ze errite por la chavala.

—Lo sospechaba.

—Ezo prueba que no e ozté mu torpe y que tie ozté vista...

—No soy muy torpe, gracias a Dios:—contes-tó nervioso Cubero.

—Yo agraesco mucho la güena intensión que

ozté ja tenío pa mi chiquiya, ¡pero ozté comprenderá que un pare no pue jasé a una hija infelí!... Azín e, que zi azté no ze le ocurre otra coza, yo me retiro con zu permizo.

—Es muy pronto todavía para que te vayas: aún tenemos que hablar bastante.—El ganadero había cambiado de tono, y ahora su acento era grave y sentencioso.

—¡Ozté me dirá!

—Vamos a ocuparnos nuevamente de María.

—¡De María eztá toíto jablao!

—Ese es tu error; que das por terminada una cuestión, cuando si apenas hemos comenzado a ocuparnos de ella.

—¿Qué eztá ozté isiendo?...

—¡Digo, que tu hija será mía!—replicó don Juan Manuel en tono altanero.

—¿Me vazté amenasá?...; ¿a mí me vazté a jablá con agayas?... Ozté ha orviao ya de quién e Pedro Antonio: ¿verdá on Juá Manué?... Pué no me de ozté ocasión pa que yo orvíe el respeto que merese el amo. ¡Vamo a cayá, y güeno eztá lo güeñol!...

—Te has empeñado hoy, en que yo te lleve la contraria. Siéntate Pedro Antonio y ten calma.

—Eztoy bien de pie; muchaz gracia.

—Como quieras. He dicho que te has empeñado en que yo te lleve la contraria, porque tú de-seas callar y yo insisto en que hablemos.

El Mayoral frunció el ceño de tan imponente

modo, que don Juan Manuel se estremeció bien a pesar suyo.

—¡Y yo pío a Dio, que me de pasensia y na mal!

—Tu ves, yo debiera molestarme ahora, por esas frases tuyas que envuelven un reto: ¡y ya ves que no les doy la importancia que tienen!

—¡E iguá!...

—Serénate, y no te dejes dominar por tus impulsos Pedro Antonio.

—Terminemo on Juá Manué: ¡pero pronto; mu prontito!...: ¿eztamo?...

—Procuraré complacerte.

—¡Venga ya!...

—Dame tu palabra de que has de consentir en que María del Carmen sea mi esposa.

—¡Doy azté palabra, e que mi hija no zará nunca la mujé de un arto cabayero!

—¿A qué prometes lo que no has de cumplir?

—¿Que no?...

—¡Que no; seguramente!

—¿Y por qué?...

—¡Porque tú no querrás ver a tu hija deshonrada!...

El mordido de la vívora, no hubiera hecho peor efecto en Pedro Antonio, que aquellas frases pronunciadas por don Juan Manuel.

Como bestia herida, el Mayoral se avalanzó sobre el ganadero y cogiéndole por las solapas lo atrajo hacia sí con ira.

—¡Ajora mizmo me ezplicazté lo que quieren

desí eza palabras, o juro por Dió y zu mare, que lo jago azté peaso!...

—¡Lleva cuidado Pedro Antonio, que estás en mi despacho!

—¿Qué me importa a mí er dezpacho d'ozté?... ¡La ezplicación enzegufa!—gritaba el Mayoral traqueando sin cesar a Cubero. Este desfallecía ante la mirada heridora del padre ofendido, y todos sus impulsos cedieron ante el pánico que le hicieran sentir aquellos ojos de tigre hambriento.

—Has interpretado mal mis palabras Pedro Antonio:—balbuceaba don Juan Manuel.—Tranquilízate y escucha, que más que a nadie te conviene a tí.

—¿Y a mí por qué?...

—Al hablar del deshonor de tu hija, quería decir el deshonor tuyo; pero como no me has dejado hablar, no he podido hacer la aclaración.

—¿El dezonó mío?...

—Sí: tu honra está en mis manos, y sin embargo ya ves que me ofendes y no me defiendes.

—Pero ¿ozté ze empeña en vorverme loco?...

—Te advierto que nunca te ha convenido estar más cuerdo que en la ocasión presente.

—¿Qué quiere ozté desí?...

—Que todavía hay un muerto, que hace veinte años está pidiendo venganza...

Pedro Antonio soltó a don Juan Manuel, poniéndose intensamente pálido.

—¿Y yo qué tengo que vé con ezo?...

—Tu mismo cambio de color desmiente tu fingida ignorancia, y a la Barqueta no irías tú de noche muy tranquilo, por temor de que ante tí se apareciera *El Arrojao*.

—¡Maldisión!...

—¿Qué te pasa Pedro Antonio?...

—¡Silensio!...

—No tengas cuidado: fui el único testigo, y he venido guardando el secreto veinte años justos. Ya tu ves como no soy tan perverso como tú imaginas. ¡No dirás que te quiero mal!...

—D'eze zecreto zevazté aprovechará pa que mi niña ardique: ¿no é ezo?...

—Hoy que me siento morir por una mujer; y esa mujer puede resultar mañana fruto de presidiario y de que ese presidiario lo sea o no, solo estriba en el más o menos grado de prudencia mía, comprenderás que es muy humano el que yo te salve, pero contando con que esa misma humanidad, haga que tú como padre de la niña, me salves a mí.

—¡On Juá Manué: e ozté un miserable!...

—¿Olvidas tan pronto lo peligrosa que es tu situación?...

—¡Y qué me importa!... ¡La fataliá me empuja y ozté me ja esidío!... ¡Otra ve zangre, zin yo queré erramarla!: ¡no e mía la culpa!: ¡ozté z'ha buzcao zu ruina, y jase mayó la mía!... ¡güeño va!...

—¿Qué pretendes, Pedro Antonio?:—preguntó el ganadero estremeciéndose de terror porque

había interpretado bien las palabras del mayoral.

—¡Eze zecretó e mi vía, no pue tenerlo nai-de; y loz labio máz cayao, zon aqueyo que sierra la muerte!: con que azín e, que yo a prezidio, zi acazo me piyan; y ozté a la zepultura mucho antel!...

Esto diciendo, Pedro Antonio metió mano a su cuchillo y D. Juan Manuel retrocedió con espanto.

—¡Detente, desdichado!...: ¿qué vas a hacer?... ¡Te ciega la cólera, y no ves claro! ¡Puedes matarme: no me defiendolo!: ¿pero qué adelantas con ello, loco?... ¡Un delito más que cometes para ocultar otro delito, sin que llegues a conseguirlo! ¡Aunque me hagas salir de esta vida, otro se encargará de descubrir la muerte de «El Arrojao» en cuanto el Juzgado se incaute de mis papeles!... Ocurriendo esto así, ¿te cabe dudar de que María del Carmen ha de convertirse en la hija de un ajusticiado?...

—¡Silencio, por Crizto!...: ¡zólo penzarlo, me da mieo!... ¡pobre hijita mía!...

—Convéncete Pedro Antonio, que lo que yo quiero es tu bien, y que lo que más le conviene a María del Carmen, es aceptar mi matrimonio.

—¡Oh, qué rabia!...

—Con eso, ni ella ni tú vais perdiendo nada, y en cambio os da a ganar mucho.

—¡Ante e jasé a mi niña ezgrasiaíta, me jun-diré er cuchiyo en er corasón!

—¿Y qué?... No habrá presidiario: pero habrá un suicida, que tomó tan fatal resolución, para

librarse de las responsabilidades de su crimen...

—¡Ez verdá ezo; pero pa evitá que ozté cante, lo mataré azté y me mataré yo luego!...

—Peor Pedro Antonio; mucho peor: más baldón para esa desgraciada. Convéncete de que estás en completo desvarío: convéncete de que si es tuyo el valor, el triunfo es mío; y piensa que lo que te brindo, es la felicidad de esa hija que amas tanto, y la tuya a la vez.

—¡Por Dió, que e mu duro zacrificá er corasón de una mujé!...

—¡Más duro es lanzar sobre ella el deshonor!

—¡Verdá!...:—dijo con desmayo Pedro Antonio.

—¿Te convences?...

—¡Me rezirno: que no e iguá!...:—y el Mayoral hundió las manos en su bronca cabellera.

—¿Luego consientes en que tu hija sea mía?...

—¡Consiento por la fuerza, pero odiaré a ozté toa la vía!

—Mi conducta hará que cambies de parecer.

—¡Ojo!...: ¡que yo je de eztá ziempre a zu vera!

—Yo la haré feliz: descuida.

—¡Laz fierá, no jasen felí a nadie, y ozté e una fierá!...

—¡Pedro Antonio!...

—¡Mardita zea la zuerte mía!... ¡Lo dicho, y a Dió on Juá Manué! ¡De ozté zerá María: pero... una lágrima;... con solo una lagrimita zuya, jabrá lo bastante pa que yo le jaga azté peaso er corasón!...

—¿En qué concepto me tienes?...

—¡En el meresío!

—¡Ya me juzgarás de otro modo!...

—¡Nunca!...

—¡Gracias, hombre!...

—¡Odio!: ¡siempre odio on Juá Manuel!... ¡No
ezperozté e mí otra coza!... ¡Cuidao!...

Y dicho esto, salió del despacho llevando en su alma un infierno.

Don Juan Manuel reía entretanto, sin que la conciencia le arguyera.

—¡Vencí al fin!...: ¡esa mujer será mía!...: ¡seré el dueño de su cuerpo!... Lo demás...; ¿qué me importa?...



CAPÍTULO IV

ESCENA DOLOROSA

Apenas Pedro Antonio abandonó el despacho de don Juan Manuel, encaminóse hacia su casa para matar a costa de propios dolores, el goce infinito de un corazón feliz. Y aquel corazón era el de María del Carmen; el de su hijita, el de su muñeca adorada como él la llamaba, el de aquella mujer de inocencia angelical, de bondad infinita, de virtudes santas: y era él, Pedro Antonio, su padre, el sacrificador de un mundo de rosadas ilusiones; él, que por evitar una amargura a su niña, habría dado la vida sin titubeos, gozoso, satisfecho de sucumbir antes que el sufrimiento torturara la preciosa existencia de aquella flor nacida en los perfumados vergeles de sus entusiasmos: él, en fin, el que impelido por las acerbos pruebas del destino, iba a envolver en impenetrables crespones, la blanca alborada de un alma dichosa.

Aquel hombre llevaba apenado el espíritu, y en la faz las huellas de su duelo y de su desesperación.

María del Carmen se sobresaltó al verlo.

—¿Qué trae uzté padresito?... ¿está uzté enfermo?...

—¡No te azuzte; no te aflija; que no me pasa na!...

—¿Cómo entonse viene uzté a ezas horas?...: ¿cómo abandona uzté la Dehesa entonse?...: ¿por qué veo tan zin coló eza cara y tan triste ezos ojo y tan zeca eza boca y tan dejaíto er cuerpo que ez tó való y enteresa, fortaleza y arrogancia?...

—No jay na de ezo que tú zupone: lo que ocurre e, que como Dió te ha jecho tan güena hijita, ve cozas grave, en cuarziquiera inzirnificancia. Eztoy güeno: ¡má güeno de lo que yo quiziera!...; y he venío, tu verá; pa cumplí con un dezeo del amo; der que tó lo pué; de eze zeñó feudá; de eze cabayero de jorca y cuchiyo, como aluego disen.

—¡Qué baja e la zoberbia!...: ¡qué crué y qué mala conzejera!... Pero padre, uzté me engaña; yo adivino doló en zu palabra. Dígame que le zuzede: ¿acazo zu hijita no le izpira confianza?...—Y mientras esto indicaba la joven, sus brazos rodearon el fornido cuello de Pedro Antonio, al mismo tiempo que el calor de sus labios confundíase con el de aquella frente orlada por guedejas de plata; por ampos de esa hono-

nable nieve que vierten los años y que tanto respeto causa.

—Dígame uzté la verdá, padresito: ¿no ve que ja pena me está matando?...

—¡Tú zí que me va a matá a mí!...

—¿Yo?...

—¡Cáyate, hijita!...: ¡yo zé bien lo que me digo!

El Mayoral desfallecía cada vez que escuchaba la dulce voz de aquel ser idolatrado, a quien iba a sacrificar a la voluntad de un hombre vil y deseoso, sólo porque aquel maldito poseía el horrible secreto de su vida.

Momentos hubo en los que Pedro Antonio sintiera esas torturantes opresiones que atarazan la garganta como argollas de hierro, cuando el llanto quiere correr abundoso y un amor propio de hombre, un amor propio mal comprendido, hace beber las lágrimas. Dios no puso al varón esas glándulas segregativas por descuido; por inconsciencia; por capricho. Se llora, porque llorar es ejercer una función del organismo; una función fisiológica tan necesaria como las demás funciones, y el retener esa noble expansión del sentimiento; ese humano desahogo del sufrir, produce daño, como daño produce todo aquello que va contra Naturaleza.

—¡Tengo que jablá contigo, hija mfa!—dijo por fin el contristado padre.

—¿Connmigo?...—respondió asustada Carmela por ese algo que hace presentir a veces las desdichas, antes de que las desdichas nazcan.

—¡Zí, niña, zí!...: contigo: éntrate pa cá, que el azunto e grave.

Pedro Antonio empujó la puerta de la pieza inmediata a la en que estaban, y penetró en ella seguido de María del Carmen, cuyo rostro se había demudado por la emoción.

Era la estancia una salita en la que a pesar de ser muy modesto el decorado, había tal detalle de limpieza y de flores, que allí se estaba con todas las ansias del que siente acrecer el bienestar y respira a pulmón lleno. Unas cortinas impolutas como la nieve pura, cubrían los altos ventanales; media docena de sillas de las llamadas de Vitoria; un sofá de alto respaldo, que habría sufrido la pesantez de las nalgas de más de un hidalguéelo de casaca; dos butacas de exageradas proporciones con rozaduras de miriñaques; unos cuantos cuadros recordadores de asuntos místicos y escenas pastoriles; una consola con piedra de mármol, y sobre la piedra dos enormes jarrones de porcelana recubiertos de lirios y clavellinas; entre los jarrones, los retratos de Virtudes y Pedro Antonio luciendo sus galas de desposados; sobre el testero en que se apoyaba el mueble añoso, un espejo de mediano tamaño con dorado marco, y el marco con recargamiento de hojas enguirnaldadas de flores; en el espacio que media entre las ventanas, una mesita de pino con visos de altar, cubierto con un paño espejeante del que penden randas blanquísimas y sobre el que se destaca una antigua talla de la Virgen de

la Esperanza, a la que nunca faltan las modestas luces de unas mariposas, ni los perfumes de mirto, la juncia y la albahaca. Toda esta amalgama de cosas, da aspecto de heterogénea plasticidad, en la que si bien no hay la belleza del orden, sí en cambio se encuentra lo atrayente y seductor de todo lo cuidadoso y amañado.

Ante el altarcito, María del Carmen hacía sus oraciones siempre que Curro estaba luchando con los astados brutos; frente al altarcito, iba a declarar Pedro Antonio su crimen.

—¡Ziéntate, hija mía!... ¡la Vingen!... ¡zólo la Vingen noz ezcucha!...

La joven obedeció.

—Antes de que zepaz un mizterio e mi vía,—comenzó diciendo el Mayoral—perdona tor daño que voy a jaserte ya quer daño no e por mi voluntad, zino por la fuersa e mi ezgrasia...

—¡Me azuzta ozté, pádresito!...

—Tu padesé me mata, y zin embargo, te voi a jasé zufri!... ¡ten rezirnación hija mía!...

Pedro Antonio dudó algunos instantes: era horrible la lucha de su espíritu. El cariño de padre se revelaba contra aquella imposición miserable que ejercíase en perjuicio de un ser tan amado, pero al fin, con el convencimiento de lo imposible que era suprimir la dura prueba que le reservaba el destino, se decidió a terminar de una vez con tan cruel estado de inquietud desesperada.

Pasó la diestra por su frente como para arrancar de ella pensamientos torturadores, y pregun-

tó a la hija con toda la convicción de aquel que ya sabe la respuesta que le han de dar.

—Tú amaz mucho a Currito; ¿verdá?...

—¿A qué viene eza pregunta, padre mío?...

—¡Contezta!

—¡Puez bien; zí: lo quiero con toíta mi arma!...

—¿Y zí é no te quiziera?...

—Lo querría yo...

—¿Y zí te abandonara por otra?...

—Comprendería zu ingratitú, pero lo zeguiría queriendo.

—¿Y tu dirnidá de mujé?...

—Mi dirnidá de mujé me obligaría a que no le mirara a la cara:... pero ezto no quiere desí que mi cariño no fuera tan leal como antez, y quisá má grande que nunca.

—¿Luego no jay fuersa posible que borre de tu corasón el amó de Currito?...

—¡Una zola encuentrol!...

—¿Cuála?...

—¡La muerte!...

Pedro Antonio se estremeció: «¡la muerte!»:... dos palabras con tanta energía dichas, con tanta convicción pronunciadas, eran el testimonio inequívoco de la indestructibilidad de un sentir sincero, decidido y noble... ¿Qué iba a ocurrir entonces?... ¿Qué iba a suceder cuando María del Carmen llegara a convencerse de que el resultado feliz de aquel amor era un imposible?...

Horroroso suplicio, lucha inmensa para un padre que, como Pedro Antonio, no tenía más entu-

siasmo ni más cariño, ni más ilusiones que las que inspirábale aquella hija, único anhelo de su vivir, y a la que veíase obligado a sacrificar de un modo cruel; sabiendo que con la felicidad de esos sueños que fabrica la mente en horas de risueñas esperanzas, le arrancaba una existencia ansiosa de mantenerse en la Tierra para gozar de esos instantes en que la realidad presta sus encantos a una dicha conseguida.

Terribles momentos que había de padecer aquel hombre vencido por el bárbaro influjo de las circunstancias.

Sobreponiéndose al dolor y aparentando una tranquilidad que no sentía, tornó de nuevo a interrogar a la enamorada:

—¿Y zi yo te digera que olvidaras a Curro?...

—No podría.

—¿Ni por mí?...

Carmela titubeó; pero en un arranque de espontánea sinceración por el que el cerebro se anulaba y el alma resplandecía, contestóle con redolido acento:

—¡Ni por uzté!...: ¡perdón, padre!... ¡Ez muy jondo el cariño mío, y la realidá dezmiante miz impulsol... Mi rezepto y mi debé, me imponen tosto zacrisisio en favó del hombre que me dió la vida; pero no quiero engañarle. ¡Una fuersa que ze zobrepone a la voluntá, me impone lo contrario!... ¡Zoy zu hija, y tiene uzté derecho zobre mí; caztígueme como quiera, que de miz labio no zaldrá una queja!...

—¡Pobre hija mía!...: ¿caztigarte yo?... y ¿por qué?... ¡Dises lo que zientes, y ezo é lo jonrao!... ¿No é la verdá una virtú?... ¡Ziende tú virtuoza, no podías mentí!...

—¡Qué bueno é uzté padresito!...

—¡Pue a pezá de eza bondá, he de jaserte dañol...

—¿Daño uzté?...

—¡Daño yo!: jamá podía ezperá tú ezo, tratán-doze de un pare que te ama con tor siego cariño que yo te amo; ¿no é azí?...

—¡Me da uzté miedo!...: ¿qué zirnifican ezaz palabra?...

—¡Tu zacrifisio!...

—¿Mi zacrifisio?...

—¡Zí!:... ¡ze jaze prezizo que tuz relasione con Curríto terminen dende ezte iztantel!...

—¿E sierto lo que ezcucho?...

—¡Dezgrasiaftamente!...

—¡Ezo no ze conzeguirá de mí nunca!—dijo María del Carmen con una decisión heroica.

—¿Nunca?

—¡Nunca!

—¿Ni por tu jonra?...

—¡Por eya zolamente me zacriticaría!...

—¡La jonra e tu pare, e jonra tuya!... ¿ten-go rasón?...

—¿Acazo ze pué dudá?...

—Pue güeno: ¡la jonra e tu pare eztá en pe-ligro!...

—¿Qué dise uzté?...

—¡Tan en peligro, que de zeguí tuz relasione con Currito, zeráz la hija d'un *prezidario*!

—¡Jezú!...:--gritó la joven con dolor y espanto.

—¡Óyeme, pobre Marujita mía, y ten rezirna-sión pa aguantá tanta mizeria como ensierra ezta pícara vía!...

Pedro Antonio hizo entonces a Carmela un minucioso relato de la muerte del *Arrojao*, y al terminar, temblaba como un azogado mientras su cabeza inclinábase hacia el suelo.

María del Carmen prorrumpió en amargo llanto, porque en ella habían hecho presa a un tiempo el sentimiento y la desesperación. Hizo luego un esfuerzo para serenarse y gritó de pronto:

—¡Arriba eza cabeza, padresito mío!... ¡No hay por qué bajarla ante nadie, y menoz ante mí!... ¡Mató uzlé como matan loz hombre, y por la rasón máz noble y zanta: ¡la honra de una mujé!... ¡Eze delito no lo zería, zi hubiera juztisia en la tierra!...

Y esto diciendo, se arrojó en los brazos del padre; y apoyando su cabecita sobre el ancho pecho del Mayoral, entregóse de nuevo al dolor.

Pedro Antonio sintió que en la intimidad de su alma, crecía la conmiseración al escuchar los suspiros que el desconsuelo arrancaba del pecho de su hijita. De pronto el espeluznamiento de la ira hizo que aquel hombre concentrara su atención en la idea de lo desgraciada que iba a ser aquella niña inocente, y otra vez cruzó por su mente la idea de matar a don Juan Manuel.

—¡Qué desgrasiasta zoy, padre mío!...

—Y ya tu vé; yo er curpable e tu ezgrasia...

—No: el deztino; eze mardito deztino que muchas vese ze oztina en hasé infelise a las criatura...—y los fríos dedos de la joven, acariciaron el rostro de Pedro Antonio. Éste estaba bajo el peso de aplastante pesadumbre. Permanecía hosco; en las comisuras de su boca había un rictus de iracundia, y en su cerebro bullía de un modo insistente la idea feroz.

Como presa de una pesadilla aterradora, entregábase a pensar sobre la perversidad del ganadero; y al retrotraer la figura despótica de aquel viejo casquivano, se le hacía más repugnante y antipática.

Al escuchar los gemidos de María; aguijoneado por el remordimiento que imponíale el hecho de hacer pagar a una inocente ajenas culpas, aferróse más y más aquella idea que le iba por las mientes mordiéndole en la conciencia, y de pronto con voz lenta y la mirada perdida exclamó: «eya antes que ná».

—¿Y quién ez eya, padre mío?...

—Tú; tú, mi hijita: ¿quién jabía e zé?...

—No ze preocupe uzté de mí!... ¡eztoy resuelto!... ¡la honra de mi padre ezta por ensima de toda laz coza!...

Pedro Antonio estrechó a la hija sobre su corazón.

—¡Tu pare agraese er güen dezeo, pero no lo azerta...! ¡Zi jay que zufri, aquí eztoy yo!... ¡Eze miserable, no zera tu marío!...

—¿Quién?...

—¡On Juá Manué!

—¿On Juá Manué ha dicho uzté, padre?...—interrogó la joven presa de la mayor estupefacción...

—¡Zí:... ezo pretende er mardito como premio e zu zilensio!...

—¿Y lo delatará a uzté zi no conzigue zus fine?...

—¡No, porque lo mataré ante!

—¿Qué dise uzté?... ¡No aumente el padre, laz pena que zobraítamente zufre la hija! Orvide uzté pa ziempre... ¡pero pa ziempre!, tales penzamiento.—Y al expresarse así Carmela, lo hacía con vehemencia.

Pedro Antonio escuchaba a su hija rodeada de un ambiente de adoración.

Reinó por breves instantes un silencio monástico en que nada supieron decir los dialogantes.

Roto tal mutismo, el Mayoral indicó a su hija con muy marcado acento de amarga ironía:

—¿Luego eztáz dizpuezta a zé la ezpoza de eze *chavá jermozo* y *frági* que te ofrese amó, lujo y riqueza?...

Carmela no contestó de pronto; pero dando cabida en su pecho a la esperanza, dijo luego al padre casi persuadida del éxito de sugeridos proyectos:

—Padre, confíe uzté en mí: yo me entrevistaré con don Juan; y he de rogarle tanto, he de hablarle tan de veraz de laz bondade de zu Mayorá y de

lo hondo de miz querere, que tengo confiansa en que ha de condolerse y ha de escuchá miz ruego. No hay que dezezperá:.. Dio ez juzto, y vela por los desgrasiaíto:.. ¡todavía hemos de ze felise; ya lo verá uzté!...

Pedro Antonio contemplaba a su hija con indecibles delectaciones, gozando de la embriaguez del entusiasmo ante la listeza y disposición de María.

—¿Créz tú que lograráz convensé a eze bandío que ziente jambre e tu beyesa?...

—Cuando a un hombre ze le hase comprendé que no izpira entuziazmo, tenga uzté la evidensia de que por muy poco decoro que tenga, ha de dezistí de zus propózito, y má zi ze le ofrese un aferto sinsero...

—Eze miserable, hija mía, no atiende má que a zus gusto, y a zatizfaserlo dedica toíto zu empeño.

—Creo que conzeguiré lo que me propongo...

—Quiera Dio que azín zea pa bien de tos; pero dezconfío...

—¡Tenga uzté fe!...

—Bien quiziera tenerla; pero la fe dezaparese, cuando realiá la jase ezclava.

—Padre; ez uzté pezimista...

—Tratándose de e, zí...

—Pronto he de convenserle que eztá uzté equivocao...

—Dio lo jaga, que má que yo no jabía de gosá naide; pero no confíe:... te obligará:... ¿qué dúa cabe?:... te obligará, y yo le mentaré a tos zuz muerto...

—¡Zi trata de obligarme y no puedo hasé que olvíe zu empeño, me cazaré!...

—¿Jablas de vera?...

La joven, dando inflexiones melancólicas a su voz, dijo sin que pudiera ocultar esa impresionable tristeza de la mujer:

—Entre la honra de mi padre y mi felisidá, no hay que defenerze mucho pa elegí: aquéya, antes que yo...

La boca de Mariquiya, que parecía arrullar, dibujó una mueca dolorosa, pero la encantadora niña tuvo fuerza bastante para el disimulo del sufrimiento. No obstante, Pedro Antonio comprendió la tormenta que se cernía en su alma delicada.

Un hipo ronco escapóse de la garganta del bondadoso padre que no podía articular palabra. Con voz desfallecida, impropia del recio temple de su alma, exclamó dirigiéndose a su hija:

—¡Prueba zi te empeñas, pero tó rezurtará en barde!... ¡me lo dise er corasón!...

—No dezconfíe uzté, padre:... loz que azí zienten, zufren do vese...

—Mi mó de penzá me ha jecho que paze muchas noche en vela; pero como ezo no pué evitarse por má que ze jaga, tengo que zufrí laz conzecuensia de tar inconveniente.

—Procure uzté enmendarze...

—Jabría nezesiá de jasé un jombre nuevo.

Pedro Antonio se levantó de su asiento, y mohino dirigióse hacia la puerta de la salita.

—¿Dónde va uzté, padre?...

—A la Dejeza de nuevo:... ayí donde ezpera el amo con zu riza farza y zu azqueroza vaniá;... ayí ande eztá el artivo; manque zu artivé no jaga mucho cazo de velá por el decoro e zu apeyío;... ayí a devaná penzamiento y a zufrí tó lo que loz jombre quieran en cambio de un puñao de plata mal contá...

Pedro Antonio tartamudeaba de coraje; el temblor de su voz hacía se impresionable, y a favor del ventanal miraba con ojos hostiles hacia el horizonte como si contemplara algo visible y misterioso que a su deseo de libertad y de dignidad hiciera daño.

—No quiero ve a uzté azí, padre mío: zufre uzté y me hase zufrí:... ¡hay que dejá que el tiempo se encargue en rezolvé el difisi problema que la zuerte noz depara, y entonse zerá hora de yorá o de reí!...

El aconsejado, queriendo esquivar la plática, se aproximó a su linda consejera; y con tiernísima sentimentalidad, la estrechó entre sus brazos para salir de la salita precipitadamente, cuidando de no volver el rostro hacia María por temor de que ésta sorprendiera humedeces en los ojos de aquél que se miraba entre las garras de un dolor bárbaro, cruento e inhumano.

El sufrir de su alma no se traducía en palabras ni en gemidos: iba por dentro, mordiendo como llaga gangrenosa, como áspid de mortal picadura, como dentelladas de fiera.

Había augusta grandeza en aquel padecer mudo y comovedor. Apenas Pedro Antonio hubo abandonado la casa, María del Carmen dió rienda suelta a sus dolores dejándose arrastrar por la pena honda de su amor contrariado; y abriendo el menantial de las lágrimas, pródigamente las dejó correr como triste cortejo de infortunios.

Su carácter candoroso, candoroso hasta llegar a la candidez de aldea, no era propicio a esas turbulentas alternativas de la vida, en las que se condensa el tejer y destejer de las ambiciones humanas.

Causóle verdadera consternación el transcendental momento en que su padre con solemnidad trágica le diera a conocer el destino malhadado que le reservaba un porvenir de desdichas, y su inocencia no hallaba remedio para edificar su ánimo contra tantas acibaraciones.

María se abandonó en una de aquellas añosas butacas que adornaban la estancia; y hundiendo la cara entre las manos, dejó escapar de su pecho gemidos lastimeros entregándose al más acervo dolor.

No sabemos cuánto tiempo habría dejado transcurrir en aquella situación de abandono, si doña Francisquita no hubiera acudido en busca de la joven.

Así que la buena anciana húbose enterado de la causa que motivaba la tristeza de María, trató de consolarla. Todo fué en vano.

Hay heridas que son muy difíciles de curar.



CAPTULO V

LA VIL DECLARACIÓN

Serían como las tres de la tarde de un día del mes de Diciembre, cuando el famoso ganadero de reses bravas jinete en un soberbio alazán de pura sangre andaluza, recorría la distancia que mediaba desde la Dehesa a la casa campera de María del Carmen.

Apenas llegado echó pie a tierra, y atando el bridaje de su caballo a los hierros de la reja de la mujer deseada, dió unos golpecitos en los cristales que aparecían como esmerilados por la baja temperatura, esperando a que desde el interior le contestaran.

No se hizo esperar la pretendida: al momento se abrió uno de los postigos apareciendo la sugestiva figura de María del Carmen envuelta en un amplio chal de lana roja, aunque menos

roja que los labios sugestionadores de aquella mujer deliciosa.

El ridículo galán de sesenta primaveras, contempló con delectación aquel rostro armónico y jocundo; y como paje veleidoso pulsó la cítara, desentonando en sus endechas de senil amor.

—Buenas tardes María.

—Dio bendiga a uzté, on Juá Manué.

—¿Me esperabas?...

—Puede uzté ve por lo que he tardao en abrí la reja.

—¿Luego tu padre ha cumplido su promesa?

—¡Mi padre cumple ziempre cuanto ofrese, aunque pa cumplí tuviera que perdé la vida!...

—Conozco a Pedro Antonio, y sé que es cierto lo que afirmas.

—¡Si azí fueran todo los hombre!...

—¡Otra sería la sociedad, ciertamente!... Y vamos a otra cosa: puesto que con tu padre has hablado y tu padre te habrá dicho mi pretensión... ¿sería mucho rogarte que me contestaras?...

—Uzté ya zabe, on Juá Manué, que la vida zin ideal, no e vida... Er triunfo, la gloria, el való, el arte, zon coza que nos zeduse a laz mujere; y como toíto ezo va con é, y yo como mujé me dejo arrastrá por toíto ezo, ya uzté ve lo difisi que ze hase el que yeguemo a un acuerdo en el zentido que uzté pretende...

—¿Y quién es ese afortunado él, a quien te refieres?...

—Currito Ramíre.

—¡Ah!... bien, bien:... ¿luego entonces?...

—Déjeme terminá: ze lo ruego...

—Habla: yo siempre te escucho con gusto.

—Grasia:—respondió la joven con rubor.

Momentos de verdadera ansiedad eran aquellos para el enamorado *galán*. Por la mente del maldito viejo crecían los sueños de supremos placeres bajo el influjo de un *apagado* sol de voluptuosidad, y mostrábase alarmadísimo ante el descorazonador comienzo de la entrevista. Acostumbrado a esos livianos y fáciles escarceos que eran su pasión favorita, aquella mujer que se le mostraba zahañera, despertó en él más tenaz empeño. Sus ojos malignos, de fijeza cínica e inquietante, no se apartaban ni un sólo momento de María del Carmen que hacía le gozar de una fragancia sensual.

—No zé—continuó diciendo la hija de Pedro Antonio—zi uzté ha comprendido que aunque mujé, me guzta la formalidá en miz compromiso y cumplí con toftos eyo. Yo he jurao a Currito Ramire que iré con é al matrimonio, o no iré con otro: Currito Ramire me mataría zi yo faltara a mi palabra. Ezta confezión, que a nadie hubiera hecho de no ze a uzté, zerá bastante para que on Juá Manué comprenda que el corasón ez un rebelde que no reconose rasone ni conveniencias, ni ze zomete al capricho, ni voluntariamente ze le inclina. Zi uzté aserta ezto como verdá, no pue zentirze ofendido porque yo me vea obli-

gafta a desirle que ni meresco, ni puedo admiti máz relasione, cuando olraz me eztán recordando ziempre el debé que tengo con un hombre. Además: yo zoy la hija de un Mayorá de toros y de una pobresita corzetera; que ni zofió jamá en grandesa, ni eztá en condisione de asertarlas. Un erzesos de bondá de uzté, le ha hecho desendé hazta mí; coza que ni meresco, ni había de haserno felise... Ez tanto er favó que uzté me ha otorgao con zu recuerdo y tanto el rezepto que uzté me cauza, que aunque muy pobre zea la ofrenda, cuente on Juá Manué con toíta la sinseridá de mi aferto. Jamá orvidaré, que ganao en la zuya, ez el pan que ze come en ezta caza desde hase muchízimos año, y que ezto obliga a una gratitú eterna.

Catastrófico resultado para el petulante *don Juan*, era aquel que obtenía de la joven el viejo sáfiro.

Acostumbrado a ese impudor femenil tan propio en las mujeres de fama problemática; ahíto de lujuria más despierta cuanto más imposibilidad de ser saciada; pensando regalarle con aquel rico manjar de nectarino paladeo, fueron instantes de horrible decepción para el ganadero, aquellos en que la sencilla joven declinaba la oportunidad de obtener fortuna, esplendores y goces, cuando precisamente tan menguada iba a bolsa y tan menesterosos peregrinajes tenían que sufrir, si Pedro Antonio quería dar a su hija algunos recreos propios de la edad como com-

pensación racional de las continuas privaciones.

Escrúpulos pueriles de María eran para aquel pingajo de carne añosa las decisiones de la bella.

Comprendida la tenacidad con que la joven mantendría sus resoluciones, optó por la dulce mamola pensando en que la necia vanidad mordería al fin en el ánimo de la encantadora mujer.

—He atendido tus razones; y sin que quiera decir que las considere desatinadas, ya que en realidad las estimo lógicas, es el caso que la llama que ha tiempo lograste encender en mi corazón, se ve avivada por esa serie de imposibilidades que tú enumeras. Has dicho antes, que a la entraña del sentir no se le manda, porque no obedece más que a sus propios impulsos:... tienes razón; así sucede, y eso es precisamente lo que a mí me pasa... Menguada situación la mía sin tu cariño: a muy amargo me sabe tu negativa, pero... ¿qué quieres?... sufriré resignado tus desdenes, con tal de no verte en brazos de otro...

—¿Qué quiere uzté desí?...

—Que prefiero los honores *hospederiles* de tu corazón, antes que resignarme a perder la mujer por mí soñada... La abstinencia en el goce de tu hermosura, es la muerte para mí; y aunque mortal, aún nada quieren de este pobre loco allá en aquellos eternos lares.

—¿Luego trata uzté de no rezpetá mi dezero?...

—Recurriré a todos los medios hasta llegar al

fin:—dijo con bárbara crueldad lanzando una cargada irónica.

—¡Al fin, no yegará uzté nunca!...

—Esa es tu equivocación: el arma que contra tí ha de esgrimir mi mano si tú te empeñas, es invencible... Siento por tí ese impulso de piedad tan propio de las grandes tragedias:... ¿pero qué quieres?...: el corazón es un rebelde que ni reconoce conveniencias, ni se somete, ni voluntariamente se inclina. He ahí tus mismas palabras:... ¿no digistes eso?... ¿qué te extraña, pues, que yo use de iguales derechos, de idénticas prerrogativas?... No te obstines en negarme la felicidad, porque todo será en vano: mi decisión es firme, y ni por nada ni por nadie abdicaría.

—Toíto loz zacrisisio; toíta laz intrepidese de que zea capá una mujé, las realisaré yo con tal de no matá miz iluzione, por no zé infié al hombre que amo, y por no hasé dizfavó a mi palabra...

—Pueril empeño el tuyo: sé quién eres, y por eso no me atormentas con todas esas amenazas que no has de cumplir... Tú pasarás por todas las pruebas; te someterás a los más torpes deseos, antes que consentir en la deshonor de tu padre, que es también la tuya:... ¿a qué te esfuerzas, pues, en pretender que yo acepte como buenos tus dichos, si jamás he de creerlos?...

Al contestar con tal cinismo y audacia el miserable viejo, reía; reía, sí; con risa plebeya, violenta...

—Muchas humillaciones han de costarme tus desvíos:... ¡no me importa!:... el éxito coronará mis decisiones.

—¿De qué medioz ze valdrá uzté para cozeguí el triunfo?...

—La perspectiva de un grillete horroriza tanto, que siempre vence a la voluntad.

—¡Pero uzté no zería capá de yevá a cabo la delación contra mi padre!... el papé de delató ez propio de miserable, y hazta eze eztrema, no pué rebajarze la diznidá de un cabayero como on Juá Manué:... ¿verdá que no?...

—Mis determinaciones sólo dependen de tí. Ya te lo he dicho antes: recurriré a todos los medios, hasta llegar al fin. Que esos medios sean más o menos honrosos, no me importa...

María creyó enloquecer: gemido desgarrador brotó de su pecho, mientras que don Juan Manuel la contemplaba con una impasibilidad despiadada.

—¡Zeñó!... ¡por compazión!...—suplicaba la joven, mientras que sus divinos ojos derramaban a raudales el llanto.

—¿La tienes tú de mí, desdichada?... ¿con qué derecho demandas una merced que no otorgas?...

—¡Yo no buzco a uzté dezgrasia alguna!...

—¿Te parece poca desgracia la indiferencia?...

—Indiferencia, no: porque he ofresido a uzté mi eztimasién.

—¿Y qué es la estimación, cuando se ama con todo el fuego que yo te amo?...

—¡Pienze bien lo que uzté hase, porque Currito vuelve, y vuelve pronto!...

—¡Es tan luenga la distancia, que cuando regrese será todo mío; suyo, nada!...

—¡Lo contrario habrá uzté querío desí; pero que no ha zabío ezplicarzel!...

—Sin duda te expresas así para que me compadezca; ¿no es eso?... Es inútil cuanto hagas; cede al fin, porque de ese modo suprimirás sin sabores para tí, y para mí, molestias.

—¡Pue bien: zuzeda lo que quiera, no sederé!
—exclamó María en un arranque de dignidad ofendida.

—Te he impuesto la férula conyugal, y serás mi esposa. Agradéceme el que te ofrezca merced tanta, cuando he podido valerme de mi secreto para exigir de tí concesiones que no hubieras tenido más remedio que otorgar.

—¡Ez uzté un...!

—¡Silencio, María del Carmen!... no acabes de pronunciar el insulto...; porque es tan grave, triste y onerosa la reclusión en un penal, que es imposible que no te estremezcas con sólo pensar en que tu padre muera escuchando el triste ruido de cadenas!...

—¡Cayaro, cayaro por Dio!...

—¿Te fijas, cómo a pesar de surgir de vez en vez la ofendida amante, no tarda mucho en reaparecer la hija piadosa?... Tú misma eres la acusadora de tus divagaciones:... ¡Oh, sarcasmo!... pero yo, ciego adorador, no he dejado de estu-

diarte, y te he conocido. Es inocente seguir luchando María del Carmen...

—¡No creía a uzté tan cruel!...

—Sólo en cuestión de amores:... ¡Oh!... en cuestión de amores, soy inflexible: hierro: hierro puro que no se rinde a la acción del malleo. No pienses más en Curruto, porque Curruto no es digno de tí.

—¡Será desde que se llamó ahijado de Cuero!...

—No me causan daño tus ofensas, que se convierten para mí en bendiciones... ¡Dime si hay en el mundo quien te ofrezca una mayor prueba de cariño!...

—¡Cuántaz gente encumbradas quizeran tener la hidalguía de Curro Ramire!...

—Curro, como todos los de su jaez, merecen sólo barraganas, porque su vida de escándalo y licencia, los hacen necesarios en esas cloacas del gozar indiscreto y entre damas del placer oculto.

—¡On Juá Manué!...

—¿Qué quieres, vida?...

—¡Lo creía a uzté desente!...

—Y no lo soy, ¿verdad?...

—¡Le falta a uzté mucho para llegá a tené eza categoría!...

—¡Mucho mejor!--contestaba el gallofo siempre sonriente—cuanto más me rebajes, menos tendrás que objetar sobre nuestra distancia...

—¡Zí la hay, zí!... ¡pero ditzansia infinital!...

Una coza é que yo encuentre diferencia de claze entre un ariztócrata adinerao, y una pobre hija del pueblo; y otra coza é que no crea que ezté muy por sima de un bribón de levita, una macarena con honó...

—Ya te he dicho que me placen hasta tus agravios... Pero te advierto—añadió con acento reconcentrado y vibrante—que aparte ciertos peca-dillos de la carne—y esto es muy propio de un hombre—soy tan digno, tan pundonoroso y tan noble, que mi conducta puede dejar satisfacho al más exigente. Así pues, todo cuanto te hayan contado de mí, si algo te contaron, son torpes supercherías que más ofenden al que falsamente las imputa, que al caballero contra quien las lanzan. Es tan impoluto mi honor, que éste no está al alcance de esos miserables detractores de honras ajenas.

—Para juzgá a una perzona, no hise cazo jamá de eztraño paresere, zino de mi propia opinión.

—¿Luego el juicio que yo te merezco, es fruto de tu particular sentir?

—¡Ezarto!...

—Lo lamento por tí, pues vas a ser muy des-graciada al lado mío:... tan desgraciada, como feliz este hombre que tanto te adora sin que haya logrado interesarte...

—¿Y uzté puede ze felí, viviendo con una mujé que dise que no ha de amarlo nunca?...

—La felicidad depende muchas veces del modo de interpretarla; y el amor es niño tan antojadizo,

que no se puede hacer caso de él; ríe uno de sus travesuras; se le obliga a ser obediente, en cuanto esa obediencia le convenga a quien la exige, y una vez que el alado chicuelo se percata de que no le queda otro recurso que someterse, tiene por fuerza que obedecer; amoldarse a las circunstancias, y aceptar con paciencia las imposiciones de su dictador. Eso es todo.

—Eza figura que uzté crea, no é la del amó; é una figura de baratiyo. El amó, eze zentimiento delicaio que hase nueva hazta laz idea máz corrompida, en labioz de uzté, no é amó; é repugnante mizeria...

—Dedícate a gozar de la vida, que es lo más práctico, y olvida filosofías que nada han de resolverte. Pasaron los tiempos del romanticismo, y estamos en pleno imperio de las pasiones fáciles. Esta es mi última palabra. Conque así, apartémonos de toda lucha estéril; pues ya es hora de reconocer que no precisa de humillaciones, aquél que tiene de su mano el poder que dicta y no la debilidad que ruega.

La hija de Pedro Antonio sonreía amargamente mientras escuchaba con repugnancia las bajas declaraciones del menguado.

—Con que dime, cariñito:—continuó don Juan Manuel—¿qué prefieres?... ¿los venturosos lazos del matrimonio, o la penitenciaria cadena para un padre tan amante como el tuyo?...; elige: pero elige pronto, porque hartó supliqué y ya no quiero más súplicas...

Un terror supersticioso, apoderóse de la pobre María: parecióle escuchar la voz de Currito recordándole sus promesas y juramentos, a la vez que cruzaba ante sus ojos la noble figura de Pedro Antonio envuelta en la parda veste del recluso dándole un adiós desesperado y eterno.

Y sobrevino el fatal desenlace.

Aquella mujer enloquecida, suplicó a veces; acusó otras; alabó y maldijo: fué pródiga en lágrimas y en recriminaciones; todo a un tiempo, en demente mezcolanza, con incoherencias de desvarío, con desesperaciones propias de la que se ve ante el dilema de matar su dicha o profanar su honra.

El hampón refa confiado seguro de su victoria.

—Decide pronto riquita: la noche se viene encima, y no es prudente atravesar los caminos solitarios cuando las tinieblas dejan al hombre en la más completa indefensión.

¡Qué bien decían aquellas cobardes precauciones en labios de un *galán* apasionado, y más cuando tales *prudencias* eran confesadas a la mujer de todos sus anhelos.

Otra prueba de flaqueza para que el viejo fuera mirado con justo menosprecio.

Aquel guñapo no era más que de la canallería y de la lujuria grosera.

.

—¿Pero zerá tan fiero vueztro corasón que no conzeguiré dezpertá vueztra clemensia?—insis-

tió la joven sin que su llanto cesara un instante.

—Déjate de más escrupulosas puerilidades, y contesta: o la dicha para mí, o la perdición para tu padre.

—¿No queda otro remedio?...

—¡No!

—¡Puez bien:... zeré zu ezpoza, y cuente uzté con mi odio eterno; con mi eterna maldición!...

—¿Eso hace que se esfume tu cuerpo, que desaparezca tu belleza?... ¡No!...: ¿qué me importan pues, los odios ni las maldiciones?...: quiero verte mía, y con eso ya tengo sobrado.

Un grito desgarrador brotó del pecho de Carmela: se retiró de la reja con paso vacilante, cayendo de bruces sobre el «matusaloménico» sofá de la estancia.

Ante el accidente de María; ante aquel cuadro de dolor; ante la desesperada situación de aquella mujer, el viejo vil debió sentirse inquieto y temeroso. Lejos de eso, mostrábase satisfecho por haber arrancado de un modo miserable la promesa de unos esponsales que tan funestos habían de ser para el bellaco.

Reía; reía ante la contemplación de aquel cuerpo abandonado, sólo con pensar los goces que con él se prometiera. Tan bajo y tan perturbador ofrecíase el ambiente de miserias que respiraba el hampón sexagenario.

Desató el caballo dirigiendo la última mirada

hacia el interior de aquella salita donde yacía sin sentido la infeliz Carmela, y sonriendo como aquellos hijos de Hermes y de Iftima; como aquellos monstruos de cabellera erizada, de puntiagudas orejas, de pequeños cuernos y cola de cabra; como aquellos semidioses de duras pezuñas; como aquellos sátiros de vara enramada, tomó el estribo, acomodóse en la silla, y hundiendo luego las espuelas en los hijares del bruto, salió a buen paso temeroso de que se echara encima la noche y sin tener en cuenta que a su espalda dejaba en el suelo el tesoro codiciado.

.

Cuando Pedro Antonio volvió a su casa, María hizo esfuerzos inauditos para serenar su alma y tuvo valor para no descubrir la miserable farsa del ganadero.

El Mayoral atisbó a su hija; y por más que ésta presentábase tranquila, una voz secreta le decía el sacrificio que realizaba aquel dechado de amor filial.

Gestos feroces iniciábanse de vez en vez en la palorosa faz de Pedro Antonio.

Cosas tan abominables presentía, que pensó con peligrosa insistencia en que el corazón del viejo crapuloso se partiera bajo el impulso de la bien templada hoja de su cuchillo.

Como adivinando el bullir de ideas que aferrábanse en la mente de su padre, María del Carmen se aproximó a él y con apariencia jovial supo arrancar de aquella cabeza enfebrecida el

sombrero gacho, besando la frente sudorosa para decirle con el más tierno acento:

—No me guzta ve a uzté caviloso padre mío: ha de zabé mi viejo, que penzaítaz laz coza con zerenidá, he podío comprendé que no era tan torpe desisión el aseptá laz proposisione del amo: porque zi bien er corasonsito ze inclina en favó de Curro, en cambio la conveniensiencia habla en bien de on Juá Manué. Sierto que aqué me brindaba amó y fortuna:... ¿pero dejaría de zé por ezo la mujé del torero?... ¿la nuera de Rozarito?...: ¿la que quisá andando el tiempo ze vería orvidaíta por ponerze tonto con una de eza mujere que dan entuziazmo a la juerga y que paresen una nesezidá en el viví de un lidiadó?... En cambio, con el amó me veo rica, reverensiada y popaíta por eza zoziedá que no entiende de otra coza zino de grandesa, zefiorío y reputasiene, aunque zean falza. Azí é, que me desido por el matrimonio con el miyonario; y no diré que con entuziazmo, pero tampoco con eza amargura de que hablaba a uzté ezta mañana.

—Tú no dise lo que ziente...

—Me da pena que pienze uzté ezo de mí.

—¡Jay mentiraz tan jumana, que en ve de caztigarlaz, jay que bendesirla!...

—Pue yo le juro a uzté que he dicho la verdá. Y ez muy naturá ezta desisión mía. Zeré una zefiora, veztiré con lujo, tendré joyas, cabayos, cochez, autoz, críao, donseya y toíta laz coza:... zeré la dueña de cortijos y de una gran for-

tuna:... tendré el respeto de todoz como una gran zeñora:... vivirá uzté a mi lao; haré ezclavo a mi maridito; compraré un título zi quiero:... ¿se puede pedí má como no zea una corona?... y toíto ezto que parese zueño y que zólo ze presenta una ve en la vía, no ze puede dezperdisiá, porque zi azí no lo hisiera, ni Dio ni laz gente me perdonarían.

—¿Ez verdá lo que dise?...

—¡Siertot!... ¡por mi zalú!

—¡Tú no zabe er daño que má jecho!...

—¿Por qué?...

—¡Porque erez una mala mujé, y te creía un ánge!...

—¿Qué dise uzté, padre mío?...

—Que no é dizno lo que jase; que azí no ze engaña a un jombre; que Curro é mejó que tú, y que tú no merese a Curro. ¡Mardita zea la jora en que el arma grande de eze niño z'acordó de tí!... ¡Vaya un pago!... ¡Jas hecho bien en asertar loz querere de on Juá Manué!...: ¡Pa un tigre, una tigresa!...

—¡Padre!...

—Lo dicho, y a cayá:... eztaré a tu lao er tiempo presiso; er tiempo que tardes en jaserte zeñora; y dezpué, Dio dirá... No mereses a Curro, no:... no lo mereses... Ajora, ezcríbele; dile la pazá que las jugao pa que comprenda toa tu grandesa... ¡Me jas engañao!...: ¡me jas engañao!...: ¡erez un veneno, y te creía coza güena!... ¡Curro no podía zé pa tí!... ¡tú ere mú poco pa

Curro!... Aligera: aligera que ocurra ezo pronto:... ¡que pronto te vea yo cormaíta de tanta grandesa!...: ¡Tú, par palasio de Cubero!... ¡yo, pa l'estao de Méjico, en buzca de la inosente vírtima!... ¡A viví con é; a picá toro zuyo; a morí a zu vera!... ¡La ingratitú de la hija, el pare la enmendará con arsione guena!...

—¡No puedo má!...: ¡no puedo má!...

—¡Farza; má que farza!... ¡tú lo puez tó!...

—¡Hazta morí!... y juro a uzté que zabré haserlo; zin que en mí ze vean vasilasione...

Pedro Antonio se estremeció de espanto.

—¿Cás dicho, María?...

—¡Que zabré ir en buzca de mi madre que eztá en el sielo, pa eztá ayí con eya donde no ha de habé tanta lucha dezezperaíta como hay en la Tierra!...

—No orvíes lo que voy a desirte...

—Diga uzté, padre...

—Zi tú jisiera er dizparate que acabas de desí, yo mataré a eze jombre, me mandarán a un prezidio y moriré ezjonrao... La respnzable ante Dio, zerías tú... ¡Obra pue como quieras!...

Dicho esto con voz llena de vibradora energía y de veraz decisión, apoderóse del sombrero que María hubo colocado sobre una silla, saliendo de la estancia sin dar tiempo a que la desgraciada joven explicara el origen de sus desesperantes palabras.

¡Cuánta pesadumbre estaba causando en aquella casa el perverso ganadero!...

CAPÍTULO VI

EL SACRIFICIO

Tres días después de los acontecimientos que hemos narrado en el capítulo anterior, María del Carmen escribía a Currito la carta que puso término a las rosadas ilusiones de aquellos dos seres nacidos para sufrir a pesar de hacerse tan merecedores de obtener la dicha.

Al mes justo de los citados hechos, en la casita que en la calle de la Parra dejó a María al morir aquella inolvidable doña Sacra, observábase inusitado movimiento.

Doña Francisquita corría de un lado para otro con más diligencia que un ujier de Sala, y con más compunción que aquel Jeremías profeta mayor de la tribu de Benjamín. Y no porque la cau-

sa de la actividad fuera de las que aparejan tristeza; sino porque a pesar de ser generalmente satisfactorio el motivo de tal animación, en aquel caso excepcional convertíase en duelo profundo, porque se realizaba como fruto de un atisbo de picardía, de un deseo contrariado, y de la muerte moral de un corazón.

El día más grande, más feliz e inolvidable para la mujer, es ese día en que ataviada con el albarino traje atributo de su pureza; obstando sobre la frente el velo que presiente venturas, pero aún encubre delirios; marchitando con el calor de su pecho el perfumado azahar, símbolo de la virginidad, se dirige al pie del ara santa, para allí, ante Dios, rendir el juramento de fiel obediencia, la grandeza de su casto amor y el idilio de su dicha soñada, al hombre que como compendio de todas sus venturas, eligió su corazón en prenda de su eterna felicidad.

Ese día en que la mano del compañero que la mujer acaba de aceptar gozosa avanza indecisa, intuitiva, vacilante, ansiosa, hasta arrancar la venda que cubre los ojos de la amada y ésta sorprende al fin el oculto arcano de esas pasiones santas que ella vislumbró en vigiliass de legales goces que Naturaleza ofrenda a la vida. Ese día en que el hombre desusa el zarpazo brutal, el mordido de fiera, el estrechamiento sádico y vicioso, para rendirse con veneranda ansiedad a las consecuencias de unos instantes, los más seductores, los más verdaderos, los más puros que

preconizan el sentir de un ideal logrado. ¡Delicadezas que aún nos parecen daños!... ¡Oh, cuán distinto a esos otros momentos locos en que lo ruin nos envuelve en hálitos venenosos!...

Un nuevo nido de amor, una nueva pluridad creadora: un nuevo medio de prosecución para ese incesante acrecer de las razas. ¡Santos deberes que ofrece a la vida el que con la vida santifica sus ansias!...

Si este acto, uno de los más reverentes para la humana especie, se impone de insensato modo a la mujer obligándola a que acepte por siempre lo que de tenaz manera repudia su corazón, fácil es comprender la amargura horrible que representa para la desdichada el monstruoso e inhumano sacrificio...

.

A la puerta de la modesta casita, un «Dunlop» de lujosa carrocería deja escuchar el rumoreo de su motor.

Allá arriba, en salita sencillamente alhajada, tres personajes se abruman a veces con sus preguntas mientras se aburren con su mutismo otras.

¿Quiénes son los que esperan?...

Los Condes de Coria abandonan sus figuras aristocráticas sobre butaquitas forradas de yute descolorido, y al descender hasta allí desde la blasonada altura, parece como que quieren avasallar a la pobreza con los deslumbres de sus indumentos y de sus joyas, tan impropias de

aquella estancia peor presentada que las que ellos dedicaran a los servidores de su fastuosa mansión.

Pedro Antonio sentado frente a los próceres, muéstrase taciturno a pesar de los esfuerzos que realiza para hacer los honores a sus ilustres acompañantes.

—Te veo pensativo y triste Pedro Antonio:— dijo el Conde al Mayoral—y en verdad que no comprendo ese malestar tuyo en un día como hoy, en el que deberías estar lleno de orgullo y de satisfacción.

—¡Yeno de orguyo y de zatizfasi3n!... ¿por qué?...

—¡Hombre; el casamiento que va a realizar tu hija no es para otra cosa!...

—¿Er cazamiento?...: ¡pue er cazamiento presisamente e la cauza de to3to mi dizguzto!...

—¿Cómo se entiende?...

—¡Ezte cazorio me va a gorvé loco!...

—¡Pero hombre: si la dama más exigente y empingorotada, se hubiera dado por satisfecha con que don Juan Manuel Cubero la hubiera pedido en matrimonio?...

—¡Pero como mi niña no he erzigente ni empingorotá!...

—Más en abono de lo que yo digo: María del Carmen, no obstante su peregrina belleza, ¿qué podía esperar para su unión?... Un sujeto de baja esfera, un tosco, un rudo, un gañán... Y no te ofendas porque te diga esto, pues tú eres perso-

na de muy sano juicio, y comprenderás sobradamente la razón.

—¡Y la comprendo; y no me ofende lo que er zeñó Conde ha dicho; mu ar contrario; me zient-to jonraol...

—¿Y no te sientes honrado con que tu hija se case con quien no podías ni soñar siquiera? Un caballero aristocrático...: ¡pero de lo más aristocrático!...: un caballero poderoso...: ¡pero en verdad poderoso!...: Un caballero fastuosamente rico...: ¡pero de lo más fastuosamente rico que tiene Sevilla!...: ¿qué más quières?...: ¿te parece poco lo que le lleva a tu hija?...

—¡No e poco!

—¿Entonces?...

—¡Pero le yeva eya má!

—¿Más has dicho?...

—¡Zí, zeñó!: mucho má, poique le yeva vergüensa que e lo único que le farta a eze cabayero pa tenerlo tó completo...

—¡Pedro Antonio!...

—¿Qué ze ofrese zeñó Conde?...

—¡Pero desdichado!—añadió la Condesa con acento de reconvención.—¿Te atreves a ofender así al que dentro de una hora ha de ser el esposo de tu hija?...

—Zeñá Condeza: ozté perdone, pero tengo que dezí a uzía que mi cabeza ya tira pa blanca der to, y manque mu torpe, la verdá; jase ya añoz que voy pazando ezta repajolera vía a juersa de mi propias resoluciones, y grasia a Dió no me

va der toito má: conque azin é, que *gueselensia* zefiá Condeza, no tenga que pazá malo rato por naide, ni tome inritasione y meno por mí. Dejozté que yo me condene jasiendo lo que me venga en gana, pue jay tiempo eché laz muela y ya no me ziento capá de emprendé caminito nuevo. ¿Perdisión mía?... ¡bien!...: ¿zi no ze pué remediá?... ¡Pasensia!...

—¡Pues mira; no te explicas mal!...

—¡Pchs!...: a lo tozco, a lo rúo, a lo gafián: ¡no logramo da de zí otra coza, laz gente de baja ezfera!...

.

Los Condes, eran padrinos de boda.

La Condesa había mandado a María sus doncellas para que cuidaran de su atavío, y la novia se presentó al fin con traje de desposada, en aquella salita donde departían los tres personajes que dejamos hecha referencia.

La joven causó verdadera admiración a los almidonados personajes y orgullo a su padre; que siempre es flaca la humanidad cuando se ve colmada en sus debilidades.

María del Carmen cubría su figura con opulento vestido que confeccionó la renombrada casa *Maurice* de París, cuya veste hacía realzar la belleza de la niña ya de suyo prodigiosa. Espléndido velo de finísima malla de seda bordada con flores de cristal, tocaba su cabeza desmayando después a lo largo del cuerpo hasta besar el ribete de la lengua cola. Ricos prendidos de aza-

hares enguirnaldaban su frente serena y su pecho escultórico, calzando sus manos valiosísimos guantes que mordían hasta la parte superior de sus brazos, cuyas carnes tensas y alberas confundíanse con la blancura impoluta de aquella piel perfumada.

Un fastuoso collar de perlas rodeaba su cuello de cisne, y de perlas eran asimismo los pendientes que lucían esplendorosos, destacándose sobre los rosados lóbulos de sus orejas.

Cuando pasó frente a la reja, verdadero jardín de flores delicadas entre las que destacábanse aquellos claveles blancos de los que *él* cortara infinitas veces para adornar su solapa, la voluntad dominadora hizo que la joven dirigiera hacia allí la mirada, quedando como extática al retrotraer tiernas escenas que era imposible olvidar. Parecíale que a sus oídos llegaban murmuradoras añoranzas, y tuvo que hacer grandes esfuerzos para que huyera el evoco del pasado.

Quería llorar y apareció reidora: hablaba alegre cuando su deseo fuera maldecir, si maldecir supieran sus labios angelicales.

Los Condes deshacíanse en elogios; el padre sufría en silencio; ella laceraba su corazón, y todos disponíanse a partir porque era próxima la hora de la ceremonia.

Si se hubiese podido escudriñar el fondo de la víctima dispuesta al sacrificio, horrores habríanse sorprendido en su dolor. Lo verdaderamente inexplicable era que aquella alma que sólo vi-

vía por *él* y para *él*, mostrara energías para arrostrar el martirio, condenarse a la pena constante, y hacer al mismo tiempo la ocultación de sus pesares sin proferir una queja, sin protesta justa, sin merecidas acusaciones.

Los velos de desposada, no eran tales para ella: más que velos de esperanzadoras venturas, parecíanle tristes velos de la viudez: las felicitaciones le sabían a pésame; las risas a lágrimas; las alegrías a duelos.

Aquellas puertas misteriosas que se abren para toda desposada y por las cuales vislumbra los resplandores de una esperada felicidad, eran para María del Carmen pesada losa que levantábase tétrica ante sus ojos, para hundirla por entre los densos crespones de lo ignorado.

Su desposorio, era un triste desposorio: el triste desposorio con la muerte.

¡Qué amarga lucha esperaba su alma!...

La Catedral aparecía esplendente de luz. Habíase prodigado tanto, que la grandiosidad y severidad de las tres naves del prodigioso templo, lucían con iguales esplendores que al ser acariciadas por el claror diurno.

Los pilares que sirven de sosten a las gigantes bóvedas, veíanse enguirnaldados de flores.

Todo el cuadrilongo de su planta había sido tapizado de mirto, y sobre éste, jazmines y azuleñas asomábanse por entre verdores como copos aromáticos de una nevada misteriosa.

El Altar Mayor que era el destinado para la ceremonia, lucía amplios jarrones de gran valor artístico, los cuales apretujaban en sus hinchados senos espléndidos ramos de claveles blancos.

Arcos de azahar adornaban el Tabernáculo; y sobre él una Cruz formada de claveles rojos, extendía sus brazos como para recordar a los contrayentes que la Divina Sangre derramada sobre aquel Símbolo Cristiano, había de servirles de Faro que alumbrara la senda a recorrer en su nuevo estado, atentos siempre a las predicciones de quien murió para redimir de pecado a la Humanidad.

Rica alfombra cubría el marmóreo pavimento del Altar, como asimismo las gradas de acceso.

Lo más encubrado de la sociedad sevillana asistía al acto; porque ya es sabido que los que disponen de fortuna, gozan de favor y se reputan como de familia esclarecida, no tienen que temer que la inmoralidad, la desvirtud, ni el oprobio, lleguen hasta la retina de los demás; ya que la retina, ciega ante los hirientes resplandores del metal amarillo.

Al entrar en el Templo el conde de Coria que daba el brazo a la encantadora novia, hubo en todos los rostros un gesto de asombro ante la incomparable belleza de aquella mujer.

La Condesa que iba de bracero con el novio, marchaba inmediatamente después.

Los asistentes ya no se cuidaron de la ceremonia. Todos los ojos estaban puestos en la

angelical María a cuyo rostro asomábanse las rosas del rubor, como momentos antes pintábanlo de palores los crueles sufrimientos.

Pedro Antonio presentóse como un autómeta, y podríamos afirmar que no se daba cuenta de lo que sucedía en su derredor: tal era su estado de inconsciencia hija de la ira y del sufrimiento.

Hubo un instante en que Carmela elevó la mirada hacia aquella Cruz de húmedos corales, y sus retinas transmitieron al cerebro la impresión de la imagen querida de Currito, pero cubierta de sangre; de sangre, sí; como la Santa Faz del Crucificado.

No la miraba iracundo; no la maldecía; no la apostrofaba. Sus ojos fijáronse ansiosos en ella, para cerrarse después blandamente.

El órgano dejó escapar sus dulces notas, en las cuales creyó oír la armonía cadentísima de una voz acariciante.

Dos lágrimas silenciosas aparecieron con irrisaciones diamantinas, y la víctima las deshizo entre sus enguantados dedos.

Había que sufrir: pero ella; ella sola; sin pena para los demás.

.

Dióse por terminada la ceremonia.

Media hora después, María del Carmen entraba del brazo de don Juan Manuel en el palacio del prócer, para regir como esposa los destinos de aquella soberbia morada. Lunch espléndido; derroche, lujo, ostentación: testimonio de so-

berbia y vanidad: insulto a la indigencia. Pasadas dos horas, felicitaciones, despedidas, ofrecimientos; todo ese sentir hipócrita de fingidos cariños, de mentidas amistades, de cortesías falsas. Luego, nada: había que dejar tiempo a los nuevos esposos, para los preparativos del obligado viaje de novios.

Aquella misma tarde saldrían para Italia; después, París, Niza, la Costa Azul, Berlín, Londres, Viena: poco tiempo para tan vasto recorrido, porque don Juan Manuel tenía que estar de vuelta antes que diera comienzo la ya próxima temporada taurina.

En uno de los salones de la vivienda fastuosa, habían quedado el matrimonio con sus padrinos, y Pedro Antonio.

El ex Mayoral, nervioso por la emoción se aproximó a su hija con el rostro cadavérico.

Ella se precipitó en sus brazos, y él la besó en la frente.

Tras de aquel beso se fué su alma.

—¡Adió, hijal:... ¡adió pa ziempre, y quiera la Vingen jaserte felí!...

—¿Pa ziempre?...—exclamó espantada María del Carmen.

—¡Pa ziempre!...

Fueron vanas todas las tentativas; todas las súplicas que se le hicieron por parte de los allí presentes.

¿Quedarse él en la casa?... ¿Pero qué se habrían creído que era él?...

Cubero le tendió la mano: él no aceptó la mano de Cubero.

—¡Ez mú rúa ezta mardita, pa que no jaga daño a la d'un cabayero tan prinsipál!...

—¿Tanto me odia usted padre?...

—¿Padre?... ¡No tengo má que una hija!...

Y Pedro Antonio lo miró con desprecio, saludó a los condes de Coria, abandonando el salón seguidamente. Momentos después se vió en la calle.

No quería convivir con la *ingrata*; no quería convivir con el miserable. «Él ze buzcaría jonrámente er pan zin nesesitá de naide».

Triste resolución la de aquel padre; afligidísimo porvenir para aquella mártir que moría de pesares y de remordimientos.

Pedro Antonio dolíase a la pena, pues no obstante creer en la pecadora volubilidad de su hija, seguía idolatrándola a pesar de su aparente enojo del cual trataba de reconvenirse a sí mismo.

Al dar el adiós a María del Carmen, sintió que se anudaba su garganta como si una mano de hierro la oprimiera; pero nadie, ni aun el ser objeto de todos sus pesares, de todos sus amores, de todos sus desvelos, pudo adivinar el infierno que devoraba las entrañas del infortunado padre: tal era la indomable fortaleza de aquel espíritu brioso.

Al estar en la calle, parecióle tan triste el sol sevillano, el sol cegador de la alegría, que su alma se sobrecogió de pena. Todo en su derre-

dor le resultaba extraño, luctuoso, tétrico. Su respiración se hizo fatigosa como si estuviese respirando en un ambiente de asfixia, en un ambiente letal. Trataba de imponerse a los momentos aquellos de flaqueza; quiso reír y lloró: lloró sí, por dentro; como lloran los seres de temple recio.

Pasaba y repasaba las vías céntricas procurando distraer la imaginación para que ésta no pensara en lo que llenábale de profundo duelo, pero no lo conseguía.

Ambuleando sin rumbo determinado y ensimismándose en sus tristes pensamientos, se internó en la Macarena, y poco tiempo después hizo alto frente a la puerta de su casa.

Abrió doña Francisquita, y al verlo entrar gritóle desconsolada:

—¡Ze fué!...

—¡Ze fué!...:—contestó Pedro Antonio muy lleno de dolor.

Sombras de tristeza extendíanse por toda la vivienda. Era como una jaula vacía. El pajarito huyó, dejando sólo el recuerdo de sus dulces trinos y de sus alegres revoloteos.

Había sido muy grande el esfuerzo realizado por aquel padre amantísimo. Al fin se sintió rendido.

Despidióse de la viejecita; penetró en su alcoba, y dejándose caer de bruces sobre el lecho, rugió de ira como los leones cuando les arrebatan traídoramente sus cachorros.



CAPÍTULO VII

EL PERDÓN

—¡Adió Pedro Antonio!... ¡adió jombret!... ¡ziempre han jabío en er mundo pobrez y rico!... ¡pue no erez tú poco prezumío!...

—¡Dio te guarde Rozarito!... ¡y perdona mujé!... yevo perdío er timón ezta mañana, y no he repa-rao que eztaba frente a tu caza...

—¡Te veo preocupao y mú preocupao!... paza ya pa cá, que tenemo que jablá.

Pedro Antonio aceptó la invitación.

—¡Cuarquiera conose ezto!...—dijo al entrar, viendo el derroche de lujo que había por todas partes.

—¿Haz vizto qué *diferiensi*a?.,,: ¿qué jermoso ha queao tó?...

—¡Ya zupone mile e duro lo que aquí ze ha invertíol...

—¡Zetentamí!...: Ze empeñó Curríto en jasé la obra poique en ezta caza ha nasíol; poique aquí vivíol zu pare, y poique aquí z'ha pazao toíto lo güeno y lo malo que muz díol la vía... ¡y ya tú vél.,. no jubo má que dejarlo a zu capricho, y aquí eztamo...

—¡Ezto é viví a lo Marqué!...

—¡Regulá; Pedro Antonio; regulá!...: yo doy grasia a Díol toíto loz día por jabé protegíol a mi niño: aunque yo jubiera zentao por güeno pazá mizeria, con tá e tenerlo a mi vera; que no é viví a guzto aunque se viva por tó lo grande, a cambio der peligro e mi Curríto. Pero no ha queríol la Vingen...: ¡cómo ha de zé!...: ¡pasiensia!...

—¿Jase mucho tiempo que no jas recibíol carta der niño?

—¡Ayé!: ¡por ezo mizmitamente te yamo!

—¿Qué te dise?...

—Que z' alegra que ezté güena.

—¿Na má que ezo?...

—Y que vendrá pronto zi Díol quiere.

—¿Na má?...

—Y lo que tú ya zabe.

—¿Lo que ya zé yo?...

—Ezo mizmito: ¿que te eztraña?...

—¡Cómo no me va a eztrañá!...

—Tú que jaz zío ziempre un pare mu seloso y que naíta jaz irnoraol de aqueyo que aferte a tu hija, ¿acaso te jaz güerto ajora ezpreocupaol pa

eya y no zabez palabra e ná e lo que puea referirze a María er Carme?...

—¡No tengo obligasión de descubrí zu mala faena! ¡mi debé é cayarla!

—¿Aunque eza mala faena jaya matao a mi niño?...

—¡Caya!...: ¡caya Rozarito!...

—No ere franco conmigo, y nueztra amiztá te obliga a zerlo.

—¡Mardita la jora!...

—¡No e tiempo de mardesí; zino de perdoná!...

—¿De perdoná a quién?...

—¡A tu hija!...

—¿Tú; tú me dise ezo?...

—¡Zí; yo: la mare e Currito; la mare de la vírtima; la mare e jeze ezgrasiao, te píe clemensia pa María er Carme!...

Y prorrumpiendo en llanto «La Campanera», exclamó desesperada: ¡pobre hijo mío!...: ¡pobre hija tuya!...

—¿Pero qué quiere desí Rozarito?...

—Quiero desí, que conmigo debe ezajogá tu pecho; que laz pena se jazen máz chica, cuando ze depositan en un corasón amigo como é er mío pa tí; que mi pobre Curro yora la pérdia e toíta zuz iluzione, y que zi no lo ja matao un toro, lo matará er doló; que María er Carme, eza niña e mi arma que tanto zufre y que tanto z'a zacrificao, me ha jabierto zu corasón y que a eze ange hay que adorarlo con la rodiya en tie-

rra y mirando ar sielo pa pedí clemensia en favó de zuz pezare y de toíto zu martirio: quiero desí en fin, que la culpable de toz ezto zinzabore zoy yo: yo que mardigo el iztante aqué en que tuve la debiliá de partisiparte er zecreto e mi ezjonra... ¡Y aún me preguntaz cuando jablo e perdone, zi yo; la mare e Currito, me pueo ezprezá azí!... ¡Díme ezgrasiao!...: ¿quién é la culpable e tantoz pa-desere?... Zin que yo te contara la infamia de aquer mardito,... ¿tú lo jabrías matao?...: y zin matá, ¿jubiera tenío na contra tí er Ganaero?...: ¿y zin er zecreto, peligraría tu jonra?...: ¿y zin eze peligro, ze jubiera abuzao?... ¿Qué fuersa jubiera zío capá de obligá entonse a María er Carme, pa que eza zanta, eze ange, jisiera traisión a Currito? ¿Ez que zin Currito pué viví Mariquiya?... ¿ez que zin Mariquiya, pue viví Currito?...: ¡Y no quiere aún que jable e perdone!... ¡Zi jay que caztigá, venga sobre mí er caztigo!: ¡zi jay que mardesí, caiga zobre mí la mardisión!... María y Curro zon dezgrasiao pa ziempre, y yo;... yo zola;... ¿sabez?...; yo zola, zoy la culpable de toíta laz pena de ezos dó infelise que tanto amamos y que tan dirnos ze jasen de toíto nuestros amore... ¡¡Querráz perdoná ajora!!

—Rozario, Rozario: ¡qué grande ere!...

—¡Grande, y mato la felisiá e mi hijo!...: ¡grande, y condeno a una niña inosente al caztigo má crué de la mujé!...: ¡ni cabe en mí má ruindá, ni má vilesa!...

—¡Tú jablazte por tu jonó!...

—Por ezo:... porque el jonó era mío, debí cayá pa que a mí zolita mordiera la perdisión.

—¿Qué curpa tiene tú?...

—¡Toa! —gritó desesperada «La Campanera».

—¡Quién iba a zozpechá tanta mizeria?... ¡Er deztino!...: ¡er deztino é er curpable!...: ¡condenemo ar deztino!...

Llanto amargo corría por la faz hermosa de aquella mujer *inocente* que moría de *remordimiento*.

—¿Cuándo jaz vizto a María?: —preguntóle Pedro Antonio, no sólo por conocer este detalle que tan grato había de serle, si que también para distraer a Rosario de su insistente deseo de propias inculpaciones.

—¡Jasé die día!...: ar ziguierte e yegá e zu viaje por el eztranjero.

—¿Eztuvo eya aquí?...

—Yo estuve en zu caza, y ayí jablamo do jora..

—¿Fuizte a verla?...

—Me mandó yamá...

—Jay que contá a Curro...

—¡No!...: de ninguna manera... Lo jecho, ya no tiene remedio, porque jecho está. A er no lo zarvas, y en cambio a mí me ezonras...

—¡Tiez rasón, Rozarito!... ¡Pue, *pazenzia* y a zufrí...: a zufrí, jazta que Dio no dizponga otra coza!...

—¡O dizponga e mí!...

—¡Caya, mujé!... ¡No digaz tontería!...

—¿Tontería?...

—¡Claro que zí!... ¡Tú ere una nezeziá pa Curro, y ajora má poique tardará en cazarse...

—Zi ze caza; que no ze cazará...

—Pue ya tú ve zi é rasón pa que tú jable como jabla...

—¡Pide rasón a una mare enloquesía!...

—¡Zi é er doló de tu hijo lo que te enloquese, no jay que aumentarle er doló!...

—¡Qué güeno fuizte ziempres y de qué güen zentío!...

—¡Grasia mujé!...: ¡tó ezo lo da la ezperensia e loz año!...

Aún siguieron departiendo algunos instantes, pasados los cuales Pedro Antonio se levantó para despedirse de Rosario.

—¿Te va?...

—Zi tú no manda otra coza...

—¡Que no te jaga tan caro e vél!...

—¡Dezcuidal!...: yo vendré ajora po aquí má a menúo...

—¿Cuándo ezcribe a Curro?...

—Cuando encuentre un arma güena que quiera jaserlo por mí:... ¿tú no ve que me eztorba lo negro?...

—Por ezo no te prive e conteztá a tu hijo mujé: poique aun cuando yo no zepa mú bien, pa mi apaño, yo me arreglo. De mó, que andando. Yo también quiero escribirle pidiéndole una coza que me intereza.

—¿Cuándo le va a ezcribí tú?...

—Ezta noche.

—¿Quiere vení mañana a jasé la carta mía?...—

—Ezo no ze pregunta:... con mandarlo ya eztá bien...

—Grasia Pedro Antonio:... entonse, en ezo queamo...

—¡Andando!...: ¡pue con Dio y jazta mañana!..

—¡Zi Dio noz da zalúl... ¡Adió...!

Al siguiente dia, Pedro Antonio lefale a Rosario la siguiente carta:

«Currito: M'alegraré que ar resibo de eztas cortaz letras, t'hayes zin noveá en compañía de tu cuadriya y e laz emás perzona e tu agrado: por aquí me ando bien, coza que pa tí dezeo.

«Zabrá como Mariquiya jiso la esaborisión de cazarze con eze granuja e on Juá Manué.

«Yo de vizitarlos, ni una gota como tú comprenderá. ¡Como no los vizite er Tato!...

«Zabrá como yo y tu mare noz vemo con frecuencia y ziempre jablamo e tí.

«Dezeo que me diga zi tiez empacho en dar-me puezto de picaó en tu cuadriya, zi no jay que ezpurreá a ninguno e loz que yeva; poz yo no quiero comé pan que ze lo jaya quitao a otro, poique eze e un pan que é y zerá ziempre un pan mardesío.

«Te jablo der puezto, poique como eztoy zin colocá, miz ajorros tien poca entrá y mucha zalía; y ya tú ve que ezte e un *poblema* de mú difisi solusión.

«Tú ya zabe que con miz sincuentidó año, no me cambio f'avía por ningún chavá; y que tengo braso, inteligencia y coraje pa buzcá loz toro, y riñone pa tó lo que ze prezente, y tripaz pa tó lo que venga.

«M'alegraré que me digaz, zi me voy u zi no me voy: poique zi me voy que me fuera, tu mare que tié er moquiyo dende que no te ve, ze venía dise, manque tuviera que jasé er viaje en carreta.

«Resibe lo que quieraz e Jeroma, y recuerdo e zu marío y tamién der marío e la Seledonia y e la Seledonia tamién. Resibirás tamién los recuerdos e zu jermana *La Coja* y tamién te loz manda Luteria y er tío e Luteria y oña Francisquita, y er Mizeria y er Carrile y Ventura er der Patarras y Urfazia la hija de la Melitona y zu cuñao er cantaó, que dise que tié mucha gana e verte y er probe eztá má arrugao que una archofa der doló e cayo, y por ezo ajora no pué cantá y da fatiga.

«Resibe er corasón e tu mare que no f'orvía, y d'ezte que f'ezcribe que tampoco f'orvía y zabez que lo e

PEDRO ANTONIO RICO.»

A la madre de Currito le pareció esta carta de un estilo cervantino «por lo güeno y marníficamente ezplicao que eztaba toíto». Lo único que le parecía «descabeyao», era lo de que Pedro Antonio le pidiera a su niño «un puesto e picaó

en zu cuadriya...» ¡Digo!...: «¡pa quien era zu niño!...» y má, tratándose der pare e María er Carmel...: ¡quita ayá!...: ¡ni zoñao!... El hijo de Rosarito «jaría por Pedro Antonio tó lo que fuera m'ezter y má de lo que fuera m'ezter»...: ¿pero yevarlo pagao?.. :: ¡que no!...: ¡vamo que nó!

Se discutía este tema, y ninguno de los litigantes llegaba a convencerse de sus mutuos razonamientos, cuando en la puerta de la habitación apareció María del Carmen.

A pesar del tesón de Pedro Antonio, sintió que un algo extraño le asfixiaba, y no sabemos cómo tuvo fuerzas para permanecer sentado y no correr hacia los brazos de la hija. Y eso que ignoraba el infierno horrible que para Carmela significara el compartir la vida con el vicioso don Juan Manuel.

El ex-Mayoral clavó sus ojos inquiridores en la linda faz de su hija, y en ella vió amarilleos de mártir resignada ante el suplicio de la tremenda prueba: hasta el mutismo de su pesar, hacía la más dolorosamente adorable.

La conciencia arañaba sobre el corazón de aquel desventurado padre, y no sabemos qué fatal presentimiento le predijo que pronto había de perder aquella hijita idolatrada.

Pedro Antonio sintió el escalofrío de las penas grandes. No pudo resistir por más tiempo el malestar en que vivía, y dirigiéndose ansioso a su hija que con la cabeza baja, los brazos caídos y aquel rostro de compunción; divino rostro de

Mater Dolorosa, le dijo con tierno acento:

—Paza María; paza; que la prezencia e tu pare no te dé empacho; que un pare, jaga lo que jaga, ziempre é un pare.—Y aquella alma de acero buscó el imán de sus amores, yendo al encuentro de su niñita adorada.

María prorrumpió en sollozos y se arrojó ansiosa en sus brazos en busca de aquellos mimos, de aquellos besos, de aquellas caricias perdidas durante tres meses, cuando más las necesitaba para sedante de sus amarguras.

—¡Hija e mi arma!—gritó el padre angustiado, y sorbió sus lágrimas por no aumentar las penas de la pobre María.

Pasados aquellos primeros momentos de emoción intensa, Pedro Antonio asió entre sus manos aquella cabecita amada, mientras interrogaba a la niña de esta manera:

—¿Qué tiez María?... ¡veo tristesa en tu cara, zin coló tuz labio y zin briyo tuz ojo!...: ¿estáz mala quisá?...: ¿te jase arguien zufri?...: dímelo de una ve...: dímelo ya...: ¿no ve quer doló me mata?...

—No me paza ná:... ¡zi eztoy bien, padresito!... No tenía má pena, que la pena que tiene una hija cuando pierde er caló de loz braso de su padre adorado... ¡Zi eze caló ha vuelto a mí!...: ¿qué quiere uzté que tenga?...

Rosario se acercó amorosa hacia la infeliz María, estrechándola sobre su corazón.

—No ocurtez tuz penita:--le decía «La Campa-

nera».—Er doló deja dura zefiale en la cara der que zufre, y por má que ze jaga no ze pue fingí. Tú zufre, y zufre mucho. Tu enfermeá no e der cuerpo; zino der arma... ¡Desajoga er pecho hija mía!...; no te cuide de que yo zea la mare de eze ezgrasiaíto que tanto pena por tí... Er corasón de una mare no ze engaña nunca...; y cuando yo no t'aborresco jabiendo matao toíta laz iluzione der hijo de mi arma, ez porque te conzidero má vírtima que la mizma vírtima.

María sonreíase tristemente:... sonreíase de ese modo que sonríen los que una voz misteriosa les previene que poco les resta sufrir.

—¡No me engañaz Mariquiya; no me engañaz!...: ¡tú quierez reí, y yora!... Aquí, zobre er corasón de la mare de Curríto; zobre eze corasón que tanto lo quiere a é y tanto te quiere a tí, jabla:... ¡jabla por Dio!...: ¡cuéntamelo to!...: que azí loz dolore ze jaser ma yevaero!...

De nuevo María prorrumpió en llanto amargo.

—¡Pobre hija!—exclamaba el padre loco de pesares ante el padecer de aquel retoño nacido de su propia sangre.

—¡Zerénate María!...:—continuó diciendo «La Campanera»—¡zerénate y cuéntano tuz pena...: nozotro te aconsejaremos!...

Y a fuerza de súplicas y al cabo de muchos ruegos, la mártir confesó toda la verdad de su sacrificio.

Rosarito se abrazó a ella y las dos llora-

ron...: las dos; que no en balde la madre de Currito era un corazón grande, y harto sabía quién era el victimario de aquel ángel y de su propio hijo.

—¡Zoy un miserable!: —decía desesperado Pedro Antonio— ¡zoy un mal pare!...: ¡toíto pare güeno no dua e zuz hijo, y yo he duaó e tí!...: ¡E tí María er Carme; que erez una zanta!...: ¡e tí, que te creía ingrata, farza, mala!...: ¿qué zé yo?...: ¡zoy un moztruol!...: ¡zoy un mar bicho que ande muerde envenena!...: ¡loz malo bicho, no deben viví!...

—¡No padre míol!...: ¡uzté ez muy bueno; el mejó de loz padre!... ¡Uzté quería una hija zin maldá en el obrá y en el zentí!...: ¡era azí como zu corasón conziderábase dichozol!...: ¡era azí como uzté me había jusgao!...: y al creé que yo era farza con el hombre que me va a costá la vía, yegó uzté a zentí la deziluzión; y dezesperaíto, no por maldá, por rencó, ni mal iztinto; zino por amó a la que miraba uzté culpable, creyó que había miseria, ayí donde zólo había zacrifisio y doló grandel!...

—¡Ven a miz braso hija mía!...: ¡ven a miz braso María er Carmel!...: ¡píe a Dio que no me tome ézto en cuenta, y tú; tú también, perdona a tu pobresito pare!...

—¡Padre míol; Dio que toíto lo ve, no zé engaña nunca...: y como ez uzté muy bueno, como bueno ha de jusgarlo!...

Y la mártir se arrojó en los paternos brazos,

para descansar de la senda intrincada y costanera y después seguir su horrible calvario.

¡Pobre niña!...: ¡siempre envuelta en las sombras de esas eternas noches de pesares y sollozos!...

Desde que triunfó el miserable, sólo episodios tristes integraban el vivir acervo de aquella mujer santificada.

Y a todo esto, él; Currito, ignorante del secreto de la trama; sufriendo un desencanto de amor; siempre sumido en las melancolías del alma; siempre pensando; leyendo siempre aquella carta que mataba todas sus más nobles ilusiones; que hacía a la hija de Pedro Antonio un imposible para él; que la creyó ventura y fué martirio; aquella carta que lo volvía loco, desesperado a veces, mientras que otras hacíanle caer en deliciosos sopores de dulces recuerdos; y entonces se agudizaba más y más el deseo de contemplar aquel rostro inolvidable, hasta el extremo de que en sus fiebres creyó ver a María del Carmen trasvolada de su blanca casita, como el Petrarca creyó ver a la Virgen Pellada trasvolada del Ática...

Y sin embargo, la creía culpable.

La apariencia condena a veces, y a veces la condena mata.

¡Así es la vida!



CAPITULO VIII

LAS CAÑAS SE VUELVEN LANZAS

Ocho días llevaba Currito en Madrid y con Currito su madre, cuando a la Corte llegó Pedro Antonio dispuesto a dar un abrazo al valiente lidiador.

Madre e hijo departían en una de las habitaciones que ocupaban en el «Ritz», cuando el ex-Mayoral fué anunciado por un camarero de pulcra toaleta.

Gratísima impresión para aquellos dos seres que con tanta sinceridad estimaban al visitante. No hay pues por qué decir en qué forma y con qué ansias se estrecharon el lidiador y el Vaquero.

Pasados los primeros momentos de alegría en que los abrazos y apretones de manos prodigáronse sin regateos entretanto que Rosarito

emocionada, regodeábase con el ejemplo de tan patéticas pruebas de cariño, los tres personajes ocuparon sendas butacas, siendo Pedro Antonio el primero en interrogar.

—¡Cuéntame jome; cuéntame cómo t'áío po ezo mundo e Dio!...

—¡Mú bien zeñó Pedro; mú bien!...

—Ya zé por lo que jan dicho e tí loz papele, que Méjico ez tuyo...

—No pagaré nunca a loz mejicano, lo bien que ze han portao conmigo...

—Vamo:... que no t'has despedío pa ziempre de aqueya tierra:... ¿no e ezo?...

—¡Yo iré a Méjico, hazta que dende ayí me eztén yamando!...

—¡M'alegro que t'han tratao como tú merecel... Y a otra coza güena piesa:... ¿resibite mi carta?...

—¡Zí!...

—¿Y qué?...

—¡Pue ná!...: ¡que me jiso rei!...

—¿Ezo zólo?...

—Ezo zólo:... ¿ze pué tomá en zerio quer zeñó Pedro Antonio quiera que yo lo armita e picaó?...

—¿Tié argo de particulá?...

—Dicho ezo a otro, no zeñó:... pero dicho a Currito que tó lo que tiene ez pa uzté, zí zeñó:... er zeñó Pedro baztante ha luchao con loz toro, y no e cueztión de que ziga azí toa la vía:... ¡bueno eztá lo bueno!...

—Yo agraezco mucho tu interé; pero comprenderá...

—¡Artol!...: ya zé lo que v'azté a desí; y yo contezto a ezo, que no paze uzté fadiga; que uzté ganará er pan que ze coma...

—¡Jome; ezo é lo esente y lo jonraol!...

—Yo voy a comprá ar Duque la ganaería...

—¿De vera ezo?...

—¡De vera!...

—¡C'alegría Curro!...

—¿Uzté ve?...: poz güeno:... yo nesesito un home de toa mi confiansa, que me represente; que zea el amo en la Dejeza, y que ayí no ze jaga má que zu voluntá...: ¡De eze home, no nesesitará uzté que yo le dé el apeyío!...

—¡Grasia:... mucha gracia Currito!...

—¡Qué gracia ni qué cuento!... Zeñó Pedro: en ezte mundo no quean má perzona que me quieran, que mi mare y uzté: —dijo el diestro con amargura.

—¡Hijo e mi arma! —sollozó Rosarito.

—Mare déjeme acabá...: yo ya no zoy un home; zoy una coza; argo que ze mueve y vive, porque azi lo quiere Dio...: zoy un mueble; un pingajo; una zombra:... ¡ná!...: ¡que han mataf-to miz iluzione, me han herío muy hondo, y ez-tas hería no curan; zon ziempre e muertel!...

—Curro:... zu pare te dise...

—¡Zilenzio zeñó Pedro!...: ¿pa qué hablá?...: ¡Uzté no pué zé er meico que curel...: ¡¡no hay remedio ya!!...

—¡Mi hijo!—gritó la madre llorando.

—¡Mardito zea er ladrón que jiso infelí a tu hijo!...—decía Pedro Antonio desesperado.

—¿Quién habla aquí de zufri?... ¡aquí tor mundo e dichozo!... ¿a ve?... ¡ni una lágrima má, ni un gezto de doló!... ya uztede me ven:... ¡alegre!... ¡ziempre alegre!... ¡já!... ¡já!... ¡já!...

Aquella carcajada, como reir de demente, heló la sangre en las venas a la madre amantísima y al amigo que, padre lo hubiera creído cualquiera que mirara la palorosa faz de Pedro Antonio en aquellos dolorosos instantes.

—¡Curro, hijo mío!... ¿yoras?...

—¡No tiene naíta de particulá!... ¡de la fuersa de reí!...

—¡Quiero que jablemo de tu pezare!... ¡quiero que jablemo de eya! insistió la madre.

—¡No, no!... ¡por favó!... ¡que nadie me hable e María, zi no querei uztede que me vuelva loco!...

—¡Caya Rozario!—dijo Pedro Antonio.

—¡Caye uzté madre!... ¡ya zufre baztante mi corasón!...

Unos golpecitos dados en la puerta de la estancia, hicieron que se levantaran precipitadamente de sus asientos «La Campanera» y el padre de María del Carmen.

—¿Qué e ezo?...

—Ahí tiene vizita:... nozotro noz retiramo—contestó Rosario.

—¿Y por qué?...

—No ez tá bien que eztemo aquí:—añadió Pedro Antonio.

Y sin esperar a más, los dos acompañantes de Curro se entraron en la pieza inmediata.

—¿Se puede?—se oyó decir a una voz.

—Adelante quien zea:—contestó Curro.

Abrióse la puerta entonces, y don Carlos el apoderado, en unión de la empresa de Madrid, penetraron en la estancia.

—Dios te guarde Currito:—empezó diciendo el representante de los empresarios.

—Y a uztede también, zeñore...: vayan tomando aziento...

—¿Ibas a salir?...

—No zeñó...: lo haré luego...

—¿Te encuentras ya descansadito?...

—¡Yo dezcanzo pronto!...: ¡ar ziguienie día de yegá a Cai, hubiera toreao como zi tar cozal...

—Eso puede hacerse cuando sólo se cuentan veintidós primaveras.

—¡Claro que zí!...

—¿Cuántos años llevas de alternativa?...

—Sinco ya: ni uno meno...

—De novillero no toreaste más que una temporada:... ¿no es eso?...

—¡Esarto!...

—Precisamente de esto mismo hemos estado hablando esta mañana D. Juan Manuel Cubero y yo.

—¿On Juá Manué?...

—Sí, sí;... tu padrino... ¿Pero acaso no sabes que está aquí hace días?...

—No:... y me alegro que uzté me lo diga, porque pazaré a vizitarle:... ¿zabe uzté donde para?...

—En el Palace Hotel.

—Grasia...

—Y a otra cosa Currito.

—¿Qué ze ofrese?...

—¿Cuántas corridas, a más de las contrata-das, puedes cedernos?...

—On Carlos tiene la palabra:... él mejó que yo zabe loz día que me quean dizponible.

—Ni uno siquiera:... —contestó el aludido.— Así pues, dense ya por satisfechos; para conceder a Madrid las cinco del primer abono y las nueve del segundo, he tenido que hacer tales cosas con los compromisos de provincia, que me da vergüenza pensarlas.

—¡Donde esté Madrid!...

—Las provincias que se callen:... ¿no es eso?...

—¡Naturalmente!...

—¡Pues no veo la naturalidad!...

—¿Por qué?...

—Pues muy sencillo:... porque sin que sea esto restar méritos a la Villa y Corte, han de saber ustedes, y de justicia es que lo reconozcan así, que la inmensa mayoría de las figuras de valer que en la tierruca de San Isidro pasan la vida, no nacieron junto al oso ni al madroño, sino que en provincias tuvieron su cuna...

—¡Que el ajo pica y se repite; señor don Carlos!...:—contestó su contrincante.

—Pues créame, que no soy de esos, amigui-

to:... ahora, que la verdad hay que decirla con toda la fuerza de tan poderosa virtud. España, no la constituye sólo Madrid. Los *provincianos*, los *isidros*, los *paletos*, como ustedes nos llaman, hacemos honor a la capital del Estado, y nos enorgullecemos al decir a la par que los naturales de él, que «de Madrid al cielo y etc...:» y no es justo, digo yo, que los que reciben nuestras demostraciones de respeto, paguen nuestro natural cortés, con una *conmiseración* tan poco *conmiserativa*, que en vez de evitar escozores produzca llaga. Los que no hemos visto la luz primera en el país del *papagayo*, parece ser que tenemos necesidad de frecuentar la Escuela toda la vida, para siquiera saber discurrir por las vías de la capital española. ¡Que sería de ella si en un momento dado se hicieran salir de su seno a todos los *paletos*, *isidros* y *provincianos* que le dan brillo y grandeza, que la mantienen en todo su poder, que acrecientan su bella plasticidad, fomentando su cultura y progresos rapidísimos?...

—¡Vaya una paliza que nos está usted dando a los madrileños!...

—¿Ni siquiera nos es dable la defensa?...

—En serio ahora; querido don Carlos: ni el Madrid culto siente prevenciones hacia sus hermanos de provincias, ni ese parlotear dicharachero del pueblo bajo, tiene otro alcance que el de la propia jovialidad de los naturales de este país de eterna chunga... Que no hay malquerencia alguna, lo demuestra el hecho de que nadie

que viene a Madrid sin relaciones, pasa gran número de días careciendo de amigos, afectos y consideración...

—Es también verdad eso...

—Pues entonces, ¿quiere usted mayor testimonio de lo que digo?... Y, más aún:... si lo que tiene usted por deprimente estimárase fruto del sentimiento madrileño y tan inhóspito proceder fuera probado por los que a Madrid vienen, no me negará usted que tratarían de huir de él, cuando sucede todo lo contrario. Restemos del censo de Madrid a los residenciados en él sin ser naturales, y ya verá usted si ello representará por lo menos un treinta por ciento.

—Conforme:... luego convengamos en que, si los isidros que en Madrid vivimos, representamos casi la tercera parte de su población, no hay que dudar que ustedes nos deben a los de provincias muchísimas cosas de las que ustedes alardean ante los comprovincianos de aquellos a quienes hay que agradecer tales o cuales adelantos; tales o cuales bellezas; tales o cuales méritos artísticos, literarios o científicos; mucho de lo que denota iniciativa, actividad, sabiduría de un pueblo culto y emprendedor.

—¡Vivan las provincias nuestras hermanas don Carlos!...

—¡Viva Madrid, que es el justo orgullo de esas provincias don Emeterio!...

—¡Todos españoles!...

—¡Esa es la palabra!...

—¡No hay que desí, zeñores, que zi hubiéramo puesto a duro la entrá, e un negosio reon-do!...: ¡mú grande loz do!... ¡Han tenío uztés un yeno!...

Las palabras de Curríto fueron muy celebradas, y la conversación continuó cordial y amistosa.

—¿De modo, que no puede hacerse a Curro dos huequecitos más, con permiso de las provincias don Carlos?...

—Las provincias, por respeto y por cariño a su hermana mayor, cederían dos fechas y más de dos; pero los tutores les darían el escándalo, si aquéllas cometieran la travesura sin consentimiento del consejo de familia don Emeterio.

—¡Qué le hemos de hacer!...: ¡Tendremos paciencia y que así mismo la tenga el público!...

—¡No va a quedar el público sin ver a Curríto!...: ¡Son catorce corridas la que torea en Madrid!...

—¡Anda!... ¿Y usted cree que son bastantes a satisfacer la sed rabiosa que hay en todos los labios?... El tal publiquito es un barómetro que siempre marca tiempo seco en las taquillas, cuando no ve a Curríto en las nubes!...

—¡Eso consiste en que nunca llueve a gusto de todos!

—¡Buen consuelo don Carlos!...

—¿Se puede dar otro don Emeterio?...

—¡Pues no será porque no venimos tras de usted haciéndole más rogativas que a San Isidro Labrador para no quedarnos sin agua!...

—¿Y los he dejado?...

—¡Pchs!...: ¡un chaparroncito!...

—¡Y si yo hubiera hecho las cosas en justicia, no llueve ni gota!...: ¡completa sequía!...

—¡Pues en esta temporada no vamos a dar el trigo muy barato!...

—El cosechero nunca pierde:... ¿no ven ustedes que ya soy perro viejo en estas cosas?...

—¡Y un *punto* seguido que es un encanto!...

—Yo siento más que ustedes la imposibilidad de complacerles...

—Nos consta, y por eso no insistimos... Y para pasado mañana, la primera de temporada Currito...

—¡No lo orví on Emeterio!...

—¿Después, dónde vas?

—A Valensia, Cazteyón, Alicante y Mursia:... er Marte Zanto yegaré a Zeviya: er Miércole lo pazaré en mi finca «La Generala»; Jueve y Vierne, prozezione y zaeta; Zábado, aleluya, y er Domingo a matá o a morí.

—¡Calla de morir Currito!...

—¡Tó pué zé!...: ¡que no paza uno la vía echando bendisione!...

Aún estuvieron departiendo un buen rato de cosas del oficio, y al fin se despidieron cordialmente de Currito hasta el siguiente día.

Así que el niño de «La Campanera» se hubo quedado solo, hizo sonar el timbre y segundos después se presentaba el simpático «Canela».

—¿M'a yamao ozté maestro?...

—¡Zí!:... venga ropa ahora mizmito, que voy a zalí a la caye enzegufa...

—¿Qué traje?...

—Er grí:... zombrero borzalino, cueyo arto, sapato de coló y toíto lo demá...

—*Litri* puro...: ¿no e ezo?...: ¡mardita zea, home!...: ¡me darán a mí coraje argunaz coza!...

—¿Ya empieza a murmurá?...

—¡Zi é verdá!...: ¡joy er torero no é torero!...: ¡paese mizmamente un *maniquí* de ezos que jay en loz ezcaparatel!...: ¡má jezтираo que una *bartuta* y má prezumío e moa c'un eztudiante ja-siendo e'lamó!...

—¿No ve tú que jay que zeguí la corriente?...

—¡Yo zí que lez endiñaba corriente a toítoz loz que orviando lo caztiso, van jechoz *perftime-trez* po ezaz caye e Diol!...: ¡mardita zea!...

—¡Bueno:... a cayá!...

—¡Eztá bien!...: ¡y toavía ezo ensima!...: ¡no va a poerze uno desajogá!...: ¡mardita zea, home!...

—¡No mardise tú pocol!...

—¡Pero zi é verdá!... ¡Aquí eztán loz pantalone e fueyel!...: ¡pue lo qué con este pantalosito, va ozté a zoplá má que un aprendí de jerraó!...

—¡Qué bárbaro ere!...

—¡Pero zi é verdá!...: ¡mardita zea!...: aquí eztá la camiza...: ¿ezto e camiza ni é ná?...: ¡con ticoz eztoz jardarel... ¡mi mare!... con ticoz eztoz jardares, ze jaze una novia l'ajuá y aun le zobra tela pa remendázelo luego!...: ¿y er cueyo?...: ¡zi

er cueyo le paese a la jargoya d'un ajorcaol...: ¡mardita zea!... aquí eztá er chaleco y l'americana...: ¿no da esto inritasión?...: ¡y no zerá poi-que uno no viene ajora d'América y no zepa «Canela» lo qu'es apañaze *con una americana* o *chaleco*!...: ¡a la mano la corbata, pa jaserse er nuo en er gafiote y no poé rezpirá!...

—¿Cuándo zerá home zerio?...

—¿Acazo no zoy home zerio poique laz'en-trañita ze me jasen comun tisón, con toíta eztaz coza?...: ¡mardita zea!... Aquí eztá er borza..., ¿qué?...: ¡Yamarle borza a un zombrerol...: ¡vaya un primó!...: ¡qué coza má presiosa!...: ¡paese que l'an dao una puñalá en tó lo arto y la cozío er zaztre pa que no ze zarga er pelo!...: ¡mardita zea home!...

—¡Y no te cayarál!...

—¿Me vo a cayá, cuando lo veo azté jecho una caroca, maeztro?...

—¿Pero a tí qué t'importa?...

—¡Que no me va a importá?...: ¡Ayá va er *topasio* pa la corbatal...

—¡Vengal!...

—Laz zortija pa loz deo...

—Trae...

—Er reló y la caena...: ¡ah!... y loz puño, que paesen do pañuelo e laz narise mú doblaítol...: ¡no ze vayan a arrugá!...

—¡Bueno, home! ...: ¡yo ya eztoy!... Ahora far-ta que tú tome una tasita e tila, pa que ze carmen loz nervio...

—¡Ajora no le farta azté má, maeztro, c'un palito de ezo que paesen un macarrón jezтираo, y é azté un tipo completo pa pedí entrá en loz corasone de laz dama *aristrócatas*...: ¡mardita zeal!...

—¡Que no te mueva de aquí hazta que yo venga!...

—¡Yo qué me vo a dí!...: ¿ande?... ¿Pa que zarga a la caye y me digan zi me queao ar servisio d'un boticario?... ¡mardita zeal!...

Riendo de las ocurrencias de «Canela», Currito se dirigió hacia las habitaciones en que se habían refugiado Rosario y Pedro Antonio.

—¿Tardaráz mucho?—le preguntó el ex-Mayoral.

—¡Cál!...: ya mizmo eztoy aquí!...

—¡Pué tazpero entonsel!...

Salió Currito del Ritz y tomando un auto de alquiler, dió al Chofer la dirección del «Palace Hotel» a cuya puerta descendió momentos después.

Los sirvientes que reconocieron al gran Maestro, hiciéronle una de genuflexiones, saludos y zalemas, que les *crujía el ato*, como habría dicho «Canela».

—¿On Juá Manué Cubero?—preguntó a uno de ellos Currito.

—Sí señor: número 37 principal.

—Muchas gracias ..

Subió Curro la escalera amplia y lujosa y atravesando varios corredores, llegó al número in-

dicado por el sirviente, dando unos discretos golpecitos en la puerta.

El ganadero, contestó desde el interior con displicencia.

—Que pase quien sea.

Currito empujó aquella hoja, y ante sus ojos apareció la estancia en comedio de la cual mostrábase la escuálida figura de don Juan Manuel en mangas de camisa.

Al aparecer Currito, el ganadero no pudo ocultar la desagradable impresión que recibiera y se puso densamente pálido. No obstante trató de disimular, y sonriendo con hipocresía dijo al recién llegado:

—¡Gracias a Dios que vuelve a sus lares el hijo pródigo!...: pasa hombre, pasa: ¿porque supongo que vendrás de asiento?...

Currito contestó sécamente:

—Zi de aziento no, por lo meno vengo a que hablemo de coza que a loz do noz interezan, y conviene que de ezaz coza nadie ze entere.

Don Juan Manuel se dirigió hacia la puerta algo nervioso e inmutado, y la cerró cuidadosamente echando la llave por dentro. Después ofrecióle a Currito una butaca, ocupando él la inmediata.

—Soy todo oídos:—empezó diciendo el viejo enmalgramado.

—Conviene que así ocurra:—respondióle su acompañante.

—Me tienes como sobre ascuas.

—No hay que zé impaziente porque toíto tié zu hora y zu término.

El hijo de «La Campanera» hizo una breve pausa para luego expresarse de este modo:

—Empesaré disiendo, que al resibí hase zeí año el apoyo de uzté pa el logro de miz zueño, le eztaba tan agradesío, que hubiera hecho por mi protectó los mayore zacrifisio...

—No nos ocupemos de eso Currito. Lo que yo hice por tí en los primeros años de tu carrera, nada habría sido, si las excepcionales condiciones del patrocinado no consiguieran lo demás.

—¡A pezá de tó, yo yevo al habé de zu cuenta eza faena generozal!...

No había paralelismo entre aquellas frases de gratitud y el gesto fosco de Currito.

Don Juan Manuel estaba receloso, porque ni un solo momento llegó a olvidar que aquel hombre era el fanático adorador de María del Carmen.

—Hubo tiempoz en los que uzté fué un amigo mío:—continuó diciendo el torero—y no zolo un amigo, zi no mi má fogozo defenzó...: coza que también abono a zu cuenta.

—No refieras nada de lo que espontáneamente nació a impulsos de mi cariño grande y de mi amistad sincera.

—Tan sinsera como uzté.

—¿Qué quieres decir?

—Que lo creí a uzté cabayero y er cabayero no aparese por ninguna parte.

—¡Curro!...

—¡No ze extrañe on Juá Manué: que de mi boca ha de oí uzté aun coza más fea!...

—¿Y qué motivos tienes para tratarme de esa manera?

—Loz mizmito que uzté ha tenío pa haserme traición: ¿no le dise azté na la consiensiá?...

—Mi conciencia no tiene de qué acusarme.

—¡Eso demuestra, que é uzté una fiera!

—¡No sé como consiento!...

—Toítaz laz verdae amargan y al desirlas tié uno que eztá dizpueyto pa lo que venga: y pa lo que venga eztoy yo aquí.

—Parece mentira que de tal modo pagues mi afecto.

—¡No má hipocrezía on Juá Manué!: ¿por qué ha cometío uzté la infamia de robarme a María der Carme?...

—¿Yo?... ¿yo te he quitado a María del Carmen?... ¿Tú ves Currito como te engañan?... Eres muy joven todavía para comprender algunas añagazas: te falta experiencia del mundo. Yo me enamoré de la hija de mi Mayoral, cuando ignoraba que tuviera relaciones contigo; y claro, como nada de extraño ví en que yo viudo, pudiera dirigirme a una mujer soltera, así lo hice y aceptó en el instante mis relaciones.

—¿En el iztante?...

—En el instante, sí...: ¡te lo juro!...

—¡Zi ezo fuera sierto!...

—Permíteme que continúe y conocerás toda la

verdad. Si ella o su padre me hubieran declarado tus relaciones... ¿crees tú que yo doy un paso más con respecto a mis deseos de matrimonio con María del Carmen?... ¡quita hombre!...: ¡deliras!... Lo que sucede es que tú aún estás en esa edad inavisada en que la mujer le hace a uno comulgar con ruedas de molino, y esas ruedas son las que tú tienes ahora atragantadas. María y su padre, naturalmente, queriendo justificarse ante tí, te escribirían cada cosa tan peregrina, que la verdad brillaría por su ausencia en todas ellas... Ahora bien; ante un cuento que parezca historia, tú te arrebatas y sientes crecer la indignación; pero si te paras a pensar un instante, según yo te vaya poniendo en antecedentes, verás lo sucedido con toda diaphanidad... María, como sabes, la educó una tal doña Sacramentos, mujer de cierta cultura, que fué inclinando a la niña hacia derroteros distintos a los que por condición y estado social, tenía que emprender necesariamente. Pensó que contigo tal vez fuera feliz, porque le resultabas valeroso y apuesto; pero que sus sueños de brillos y de goces necesitaban de otras circunstancias, las cuales no tenían que ver con el valor ni la apostura... Si los dorados reflejos de la sociedad que luce, ríe y disfruta sin otras preocupaciones que las que ofrece el goce mismo, fué siempre el incentivo de esa niñita caprichosa; si jamás se adaptó a su esfera, porque sus ambiciones de grandeza le enseñaron a desdeñar todo

aquello que le parecía pobre; si en tí... ¿por qué no decirlo?... creyó inútil aspirar a tales alturas, cundiendo en ella el desmayo; si deseosa de encumbrarse pensó en quién podría colmar sus aspiraciones,... ¿qué de extraño tiene que al declararme yo, viera el medio de satisfacer su sed de grandeza?... No olvides, Curro, que en María todo es cálculo, soberbia, ambición...: yo terminaré por ser infeliz al lado suyo...: lo presiento así, y desgraciadamente verá cumplido el vaticinio... De haberte hablado con la sinceridad que yo lo hago quienes tienen la obligación de no engañarte, evidencia es que te hubiesen ahorrado muchas pesadumbres, y a estas horas estarías por tí mismo convencido de la doblez de la que te dijo amarte y no te amó...

Ya sabemos que Currito era ajeno a todo antecedente con respecto a la causa que motivara el enlace de María del Carmen con don Juan Manuel. Sin embargo de esto, tuvo la ocurrencia de decir al viejo trapacero:

—Ziendolo como uzté dise, ¿qué nezeziá había de armá tó aquel enreo pa jásé zucumbí a Carmela?...

—¿Yo violentar a la niña en ningún sentido? —replicó el fullero temblando de miedo. —¡Falso; completamente falso!... ¡No hagas caso Currito; no creas a nadie más que a mí, que soy incapaz de jugarte una mala partida!... ¡Me consta quién tiene interés en malquistarme contigo!... ¡infame!...: ¡Como quiera que me doy perfecta

cuenta de donde parte el daño, yo te probaré dos cosas: la primera, la clase de personas que tratan de que rompas conmigo toda relación por si yo pudiera enterarte del engaño de que has sido víctima; y después, toda la grandeza de mi afecto hacia tí!...

—¡Cuide uzté bien de lo que vaya a inventá!...

—Ten calma y escucha...: ya tú ves que yo soy el primer perjudicado, y así lo has de comprender una vez que conozcas mi confesión: tú verás hasta qué grado llega la confianza que me mereces. No olvides la enormidad de mi sacrificio, para que te convenzas de la grandeza de mi cariño. A nadie, ni aún a mi propio padre si mi padre existiera, le confiaría mi desdicha, ya que ella mancha por siempre mi honor; sin embargo no dudo en depositar en tí mi secreto horrible, porque eres como algo integrante de mi ser; como girón de mi espíritu...

Y bajando la voz todo cuanto pudo, dió a sus palabras ese acento de duelo y de pesar, de horror y de misterio a que obliga el relato de un hecho amargo y deleznable.

—Desde que contraí matrimonio con María del Carmen,—comenzó diciendo— conocí que me había hecho desgraciado para el resto de mi vida. Tú sientes no haberla conseguido; ¿verdad?... pues bien; no te apene y sí en cambio, dá gracias a Dios todos los días por haberte evitado la ruina. Yo quise también tomar represalias y vengarme de la inútil acción; pero temí

el escándalo y la perversidad de Pedro Antonio; impune matador de «El Arroja» aquel pobre hombre que hace veinte años asesinó en la Barqueta y de cuyo sangriento hecho fui el único testigo, y la verdad; no hice nada, por temor. Desde entonces, guardo el doloroso secreto en mi corazón: secreto que pisotea mi nombre, y que dará pronto al traste con mi vida.

—¿Tan grave es la coza?...

—María: aquella pudorosa niña de aparente recato y adorable inocencia, escupió a mi cara su doncellez marchita, y...

No pudo continuar el bellaco tan inícuca calumnia: la diestra de Currito cayó con fuerza sobre la faz del miserable que vino al suelo dando gritos de dolor, de odio y de pavor.

—¡Arriba; arriba canaya!...: a confezará ahora mizmito la impoztura, o por la gloria e mi pare que no vé uzté má la lúl!...

—¡Curro; déjame terminar; déjame que te cuente, y yo te prometo que te arrepentirás de haber obrado así connigo!

—¡Arriba granuja!...: que aunque a la vívora en er mizmo zuelo ze le aplazta la cabeza, yo zerré má generozo... ¡Vamo arriba pronto!: quiero bebé zu zangre, cozerlo a puñalá y tirarlo luego a la caye pa que lo arrecoja er carro e la bazura.

Y asiendo por el cuello al miserable, le obligó a incorporarse.

—¡Currito: basta ya de fingimientos, pues no

creí que me fuera a salir tan cara la broma! No hagas caso de lo dicho: he querido probar si en verdad, aun guardabas respetos para la que hoy es mi esposa. Eres todo un caballero: te quedo agradecido.

—¡Yo no hubiera creído nunca que la bajesa de un hombre yegara a tanto!...

—¿Acaso no me crees?...

—¡Qué zatzifecha debe eztá^{ap} zu ezpoza!... ¡Y ezte era el home que Dió le había deztinao pa zu felisiá!... ¡Pue bueno on Juá Manué; puezto que toíto ha zío una broma...

—¡Una bromal!...

—¡Eztá mú bien...: pero pa ¿que eza broma no ze le puea a uzté ocurri gaztarla a otro...

—¿Te burlas?...

—¡Má en zerio no he hablao nunca!...: ¡pa que eza broma no ze le puea a uzté ocurri gaztarla a otro, hágame er favó de ¡pedí tinta, pluma y papé...

—No es necesario...: tengo aquí estilográfica y cartas en blanco...

—¡Mejól...: zaque un plieguesito, y a ezcribí lo que yo le dirte...

—¡Todo lo que tú quieras!...

Y después de una lucha desesperada, en la que cada palabra escrita costó una amenaza, hasta el extremo de que a veces el cuchillo de Curríto se apoyó amenazador sobre el cuello esquelético de don Juan Manuel, fué lo cierto que el inicuo viejo hubo de formular la siguiente carta:

«Sr. D. Pedro Antonio Rico y Rico.
Sevilla.

«Querido Pedro: Un movimiento revolucionario se prepara en España, del cual soy uno de los principales jefes.

«Se trata de dar el golpe de gracia a la Corona, e implantar la República; y como yo he de encargarme del levantamiento de toda Andalucía, recuerdo de tí como hombre de pelo en pecho, por si quieres tomar parte en la gresca con lo que nada irás perdiendo.

«Soy uno de los ministros nombrados en la Junta, y te reservo un puesto digno de tí.

«Como tú eres la persona de mi más absoluta confianza, y sobre todo mi padre político, te se pueden confiar los desahogos del alma. Desde que hace veinte años en una noche de jolgorio y de locura maté a «El Arroja», cosa que nadie sabe más que tú ahora, te confieso que el olorcillo a sangre no me desagradó. Aquella cuchillada que tan certeramente di en la Barqueta, me hizo conocer que soy hombre de arrestos y que puedo ser sujeto temido en un momento de prueba.

«Aunque sé que aún comulgas con esos bobos que fiados en la honradez, esa frase estúpida y vana, pasan la vida del modo más imbécil que puede elegir el humano, creo que en esta ocasión te dejarás de ñoñeces, pensando como los hombres prácticos piensan.

«Decídete e ingresa, porque el día de la *dan-*

za, caerán todos aquellos que no hayan querido prestar su concurso al levantamiento.

«Si aceptas, mándame a decir la cantidad que necesitas para la compra de armas, según sea el número de hombres que consigas alistar.

«Aprovecho la ocasión de que va a esa un *ter-ne* de los que aquí hemos catequizado, y por eso me atrevo a escribirte; porque estas cosas no se pueden fiar al correo.

«Quema esta carta una vez que te enteres de ella, pues en caso de extravío, sería un verdadero peligro para ambos.

«Yo estaré en Madrid hasta la semana entrante que iré a esa, porque es muy necesaria mi presencia ahí para formar la lista de los que han de perder el *resuello* el día del *cisco*.

«No seas *inocente*, pues ya sabes lo que pasó en Galilea según el libro sagrado.

«Grita conmigo: «¡Revolución!... ¡Sangre!... ¡República!...

«Cuenta siempre con tu hijo que mucho te quiere.

JUAN MANUEL CUBERO
Ministro»

—¡Azí ze cumple!—exclamó Curro en cuanto don Juan Manuel puso su firma al pie del escrito.

—¿Pero qué intentas hacer con esta carta?...

—¡Ná!...: guardarla por zi acazo fuera sierto que Pedro Antonio puso fuera de juego a «El Arrojaio» según uzté declara, y tuviera uzté pa

eze dezgrasiaíto arguna mala idea... Además; como é uzté hombre tan chiztozo, no dicen mal laz precausione, por zi ze le ocurre gaztá bromita con el nombre honrao de eza mujé que, ni meresió jamá un granuja como Cubero, ni me ezplico cómo zea felí ar lao de un zujeto e zu calañia!...

—Para que veas cuán noble soy a pesar de tus insultos, venga la carta para poner en ella un requisito que le falta, y en el que no has caído: la fecha.

—¡Qué irnorante e uztél!...: ¿Acazo ha penzao que Currito cae de ala fasirmente?...: ¡Tié grasia!...: ¡no ze molezte en poné a la carta er *requizito!*...: ¿pa qué?...: ¿pa quer día que haga farta pruebe la fecha que Pedro Antonio ha zío un encubrió?...: ¡qué cortito e luse e uztél!... El ezcrito ze quea zin fecha, porque zin fecha lo quieo yo!... Er día que uzté diera lugá a que eze documento cayera en mano de loz Tribunale,... ¡en aquer momento ze había resibió!...: ¿me ezplico bien u no me ezplico?...

—No es así como los hombres se vengan de sus enemigos. Hay que dar el pecho y no valerse de arterías. Me has cogido la vez...: ¡cuida de que en algún momento esa vez no sea mía!

Cuando hay vileza en el sentir y raquitismo en el alma, es cuando el hombre se expresa como lo hacía aquel miserable. No conocía a Currito: éste no necesitaba de testimonios ni de artificios para castigar en todo instante a quien sólo era

fruto de la briba, aunque usase aristocrático indumento.

Al obrar de aquella forma, Curro trató de defender la honorabilidad de María del Carmen, contra el cinismo y el impudor. Así como el inícuo ganadero tuvo la inconcebible ruindad de pretender llevar al ánimo de su rival la idea de la deshonra de la infortunada hija de Pedro Antonio sin tener en cuenta que hablaba con el hombre enloquecido por aquella desdichada, ¿tenía algo de extraño que el inícuo viejo incurriera de nuevo en tal vileza, ante personas que luego morirían sobre la castidad de una mujer inocente?...

La grandeza de Currito no podía comprenderla el miserable.

Ante la amenaza que don Juan Manuel acababa de hacer al hijo de Rosarito, éste le contestó con acento de desprecio:

—He conzeguí defendé a María contra er zalvaso der zapo...: por lo que a mí ze refiere, quiero probarle que pa na nesezito de eza habilida que a uzté le duele, porque tengo tanto corasón como a on Juá Manué le hase farta. Zobre ezte zofá pongo el ezcrito que azté le compromete;—y esto diciendo, lo arrojó sobre aquel mueble poniendo a la vez sobre la carta el cuchillo que tanto miedo cauzaba al cobarde—; y ahora—continuó diciendo—zobre er cuchiyo, er cuerpo azquerozo de la vívora por zi ze atreve a mordé:... Y acompañando la acción a la palabra, cogió del cuello al ganadero zarandeándolo con

creciente ira, para lanzarlo después como un guñíapo sobre aquellos dos instrumentos de perdición.

—¡Ahora—continuó diciendo el mozo—frente a la puerta, yo.!...: ¡azí; muy lejito de toa eza mizeria, pa que tenga uzté tiempo de valerze d'eya!... ¡Tarmen te obran loz hombre buzcando a laz fiera en zuz mizmo cubile! ...: ¡À ve; a ve, hazta ande yegan loz arrezto d'un perdió!...: ¡Paz'té toftaz laz ventaja!: ¡pa mí toftoz loz peligro!: ¡Pruebe uzté que ez tan fasi luchá con un hombre, como hablá má de una mujél!...

Don Juan Manuel se consideró perdido si no realizaba algo extraordinario. El pánico le sobrecogía; pero tuvo un momento en que pensó que Currito, víctima de los celos, pudiera arrojarle sobre él para matarle, y ese mismo miedo que sintiera, le obligó a coger instintivamente el cuchillo que le brindaba ocasión para su venganza; y como hiena que sorprende y no como león que ataca, se avalanzó sobre su contrario.

No bien hubo llegado al alcance del torero, cuando el cobarde don Juan Manuel profería un grito agudo viniendo al suelo y revolviéndose gemidor sin quitarse las manos del vientre.

—¡Vamo déjeze de gritá ya on Juá Manué; que parese uzté una primerisa!...

—¿Ocurre algo?—se oyó a un sirviente preguntar desde fuera.

—¡No ocurre ná grave no zefió!...: Ze trata d'un dolorzito e muela, pero que ya ze va pazando...:—contestó Curro socarronamente.

—¿Se le avisa al odontólogo?...

—¡No zeñó: mucha gracia!: ¡zé yo mú bien de eztaz coza, y laz remedio al iztante!

—Como el señor quiera; si acaso no se calmara, que se avise enseguida.

—¡Eztá mu bien!...

Se oyeron pasos que se alejaban.

—¿Cómo va la tripa on Juá Manué?...

—¡Me has matado Curro!...

—¡No diga uzte ezo!: ¡e uzté má ezagerao!... ¡un puntapié con sapato de pier de Ruzia, no pué hasé daño!...: ¡e un carsao mú fino!... ¡Vamo; levánteze ya, y víztaze: daremo un pazeíto pa que el aire libre le haga azté mucho bien!...

—¡No puedo Curro!...

—¡Várgame Dio!...: ¡pue no hay ma que poé!...

—¿No ves cómo estoy?...: ¡Imposible enderezarme!...

—¡Pue ze le aplica azté er sapato por detrás, y ze quea uzté má tiezo que un zarchichó e Vi: ¡eche uzté tipol: ¡como nuevól: ¡y uzté aquí ze eztila!...

—¡Curro no gastes bromas: haz el favor!

—¡Zi é que yo tengo er genio mú alegre!...: ¡Vamoz prontol!...

—¿Pero dónde?...

—¡A ca una matronal!...

—Mira Curro; haz de mí lo que quieras...: ¡no puedo moverme!: ¡déjame ya tranquilo por Dios!...: si con todas estas cosas lo que pretendes de mí es que haga la vista gorda, concedido

lo tienes: en evitando el escándalo, cuenta con mi consentimiento para hacer lo que quieras!: ¡De todos modos con esa maldita carta me tienes perdido!...

Currito no quería creer lo que escuchaba.

—¡Qué azco!...: ¿Y ézte é el hombre que logró haserse dueño de su corasón?...: ¡pobre Mariquiyal...

El hijo de Rosarito se dirigió a la puerta; ya le repugnaba hasta la proximidad de aquel ser degradado.

A punto de salir, lo miró por última vez entre despreciativo y feroz, desapareciendo de la presencia del ganadero...

—¡Imbécil! —gritó don Juan Manuel apenas se vió solo. —«¡Desavío» es mi mejor sicario!...: ¡él se encargará de tí!...: ¡Después me desharé de Pedro Antonio!...: ¡y cuando me haya librado de los dos fieras, entrará en turno ella!... ¡Me habéis provocado!...: ¡mucho confiais en vuestra entereza, y mucho despreciais mi cobardía!...: ¡Veremos quién vence: o vuestro valor salvaje, o mi peligroso ingenio!... ¡Más os hubiera valido dejarme con mis caprichos, con mis vicios, con mis osadas debilidades!...: ¡de ese modo yo os hubiera relegado al desprecio; pero me provocais para que os recuerde, y mi recuerdo es mortal!...: ¡Temed mi venganza!...: ¡Sucumbirán los bravos!...: ¡prostituiré a la brava!...: ¿Qué me importa el honor, si me sobra el dinero?...

Currito salió del Palace, subiendo en el auto para regresar al Ritz ufano y satisfecho de su propia obra.

—¡Grasia a Dio hijo mío!—exclamó su madre así que le vió entrar.

—¿D'ande zale er poyo?—preguntó el ex Mayoral.

—Vengo de pazá un rato divertío con on Juá Manué...

—¿Con on Juá Manué jaz dicho?...

—Y no me equivoqué madresita...

—¿Pero eztá eze tío en Madri?...

—¿Cómo he hablao con é zi no, zeñó Pedro?...

—¡Home, por *terléfono*!...

—¡Me he cogío loz deo!...: ¡tié uzté rasón!...

—¿No pué zé azí?...

—¡Naturarmentel...: pero vamo, ha zío con é cara a cara...

—¿Y qué ha pazao Curro?...

—¡No ze violente uzté madre!...: ¿qué va a pazá?... ¡Ya lo eztá uzté viendo!: ¡na!

—No lo creo...

—¡Pue e la pura verdá!...

—¡Jabla ya niño!...

—Voy a da guzto a uztéz zeñó Pedro...: ¿tié argo de particulá que yo haya vizitao a mi *padrino* en cuantito que me enteré que eztaba en la Corte?...: ¿tié argo de particulá que hablando de alguna coza a é ze le fueran unaz palabrita que no me paresieron mú convenientez pa una perzona de mi eztimasión, y que pa evitá que

otra ve fuera largo e lengua, le obligara a ezcribí una cartita a un amigo pa que ézte tenga ziempres a mano un buen bozá que poné ar dezbocao, cá vé que er dezbocao trate e clavá loz diente?...

—¡No te entiendo hijo!:—decía «La Campanera».

—¡Yo argo prezumo que no me ezplico!...: ¡veamos!—dijo Pedro Antonio con mal disimulada ansiedad—vengan ya ezaz palabrita que no jabrán zío mú güena pa la carne e la prezona que jaya mordío eza jiena!...

—¡La carne pa quien la tiene: ezta carta, p'azté!: y laz palabrita pa mí...: Azí; repartío como buenoz hermano...: ¿no e ezo?... Y terminaron laz pregunta; porque antez m'arrancarán la vía, que desí má de lo que he dicho!...

Pedro Antonio, ávidamente se apoderó del sobre, extrajo la carta con mano nerviosa y leyó.

En la faz de aquel hombre íbase pintando la satisfacción creciente conforme avanzaba en el contenido del escrito. Llegado a un punto, se inmutó visiblemente, sin que por eso dejara de continuar la lectura. Al dar fin, sus brazos se abrieron para correr hacia Curro y confundirse ambos en apretado abrazo.

—¡Miserable!...:—exclamó por fin Pedro Antonio.—¡Le ha faltao tiempo pa contarte lo de «El Arrojaol»...

—¿Pero é sierto ezo?...

—¡Lo é por dezgrasia mial...: pero,... ¡ya jablaremos der suseso en otra ocazi3n!...

Rosarito hizo que le leyeran aquella carta que tanta alegrí3a le causara a Pedro Antonio, y así que se hubo enterado de aquel nuevo rasgo de su hijo, se sintió orgullosa.

—¡Qué láztima que ezto haya venío tan tarde! —exclamaba dolorida.

—¡Zi Currito ez3a en Ezpaña entonse,—añadió Pedro Antonio—mi pobresita María jubiera zío dichosa!: ¡Qué pena má grande!... ¿Por qué no jise yo ezto?—y golpeaba la carta con ira...

—¡A ve, a ve!...:—ezplíqueme ezaz palabrazefió Antonio...

—¡La pena, pa quien la tiene; tuya, la groria: laz palabrita, pa mí!...: Azí; repartío como güeno jermano...; ¿no e ezo?... Y terminaron laz pregunta, poique antez m'arrancarían la vía, que desí má de lo que je dicho...

—¡Eztá bien!: ¡no pueo quejarme!: ¡uzté me paga con mi mizma monea!...

Lloraba Rosarito.

—¿A qué eze yanto madre?...

—¡Ez d'alegría por lo que haz jecho!...

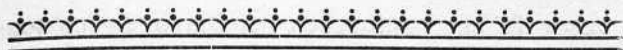
No le satisfizo la respuesta a Currito, porque la faz de «La Campanera» acusaba dolor. El dolor de aquel delito que Pedro Antonio cometió por ella, y que de todos vino a ser la perdición..

Currito no quiso insistir en sus preguntas.

—¡Ar tiempo!...:—dijo para sí.—¡Ar tiempo, que é er que lo aclara tól...

Aquella carta no podía evitar lo que por ser un hecho se hacía inevitable: pero al menos, convertíase en arma poderosa que anulaba el secreto del avieso hacendado, cuyo secreto fué hasta entonces para él la varita de virtud que habíale concedido todos sus anhelos.

Los cañas, se volvían lanzas.



CAPITULO IX

PREPARANDO LA VENGANZA

¡Qué vida más triste la de María dentro de aquel palacio esplendente; soberbio de mármoles y que a la infeliz parecía más miserable que su casita de la calle de la Parra, en la que pasó su infancia y de la cual hizo abandono para ir al sacrificio!... Procurando dar menos pábulo a sus dolores, muchas veces internábase en el jardín delicioso adornado con fuentes maravillosas que la fantasía artística las pobló de Tritones, Ninfas y Sirenas de la mitología griega y románica, sin que el recreo de la mirada que repasaba indiferente todo el detalle de lujo y soberbia, lograra llevar la paz a su espíritu...

Hablaban más a su corazón aquellos claveles blancos nacidos de la tierra que ella misma regara y que erguíanse amorosamente bellos a

pesar de las rustiqueces del barro de las toscas macetas que adornaban su típica ventana, porque los níveos cuerpecitos trascendiendo a clavillo, eran el encanto del hombre de sus amores al que aromaron siempre que él aromó con su embeleso a la ideal mujer que ahora sentía fastidio al verse rodeada de un fausto agobiante y desesperador.

Y es que en ella no cupo jamás la habitud de vivir en aquel ambiente de avasalladora grandeza.

La mansión en que iban transcurriendo tristes los días, era para la joven como jaula de oro para el pajarillo que ha perdido su libertad.

El gran boato, la aristocrática pulcritud, eso que para otra mujer hubiera sido señuelo despertador de su entusiasmo y de su vanidad, para ella era mordido de desesperaciones.

Lujo, soberbia, ostentación por todas partes: allí, cubriendo riquísimos muebles, veíanse tableros con incrustaciones de *Pandaura*; sobre los valiosos tableros, lindísimas figuras de *Iris* y *Lactonia* con basa de *Agatonis*, de *Selenitas* y de *Eliotropo*.

En el dormitorio nupcial y sobre esbelta columna de pórfido, una ninfa riente, con traje tocado de flores anunciadoras de los frutos y en la mano un lindo ramillete que ofrenda con muda obsequiosidad, a un ignorado fauno, da la impresión de la «Esperanza»; esa diosa de los antiguos, tal y como nos la representala *Iconografía*.

Nada de todo aquello, deja de ser nada para la infeliz hija de Pedro Antonio.

Desde aquella hora funesta en la que con mano temblorosa y húmedos los ojos firmó sus esponsales, María del Carmen murió para el mundo.

Entonces aquella joven de belleza bruja, era aún inconsciente en el despertar de los goces vedados: el amor para ella no era más que la inexperiencia púdica de los castos besos de la esposa: entonces aquella joven de belleza bruja, no conocía toda la monstruosidad de las ansias rebeldes que profanos delirios hacían morder en el corazón del viejo ninfomano, ante la clásica hermosura de aquel cuerpo virgen: entonces aquella joven de belleza bruja, aún no comprendía todo el horror que representaba el deseo de hacerla fruto aromado de vitandos amores, con la amena visualidad de lo posible.

Después..., ¡ay, después!... Cuando los vergonzosos arreboles afluyeron a sus mejillas; cuando el repugnante aliento del *vencedor* la obligó a rendirse a su dominio; cuando el sátiro ahito de bochornosas libaciones iba a escupir baba inmunda sobre el lindo rostro de la sacrificada, fué cuando ésta comprendió toda la inmensidad de su martirio, y todo lo horrible de su desgracia.

.

—Me han anunsiado que querfáz hablaré contigo:—dijo María entrando en el despacho de don Juan Manuel.

—¿Que quería?, no...: que quiero.

—¡Tú diráz; pero zé breve!...

—Ten menos impacencias, porque de todos modos nada adelantarás con desesperarte. Me da igual que seas díscola que asequible: soy tu dueño, y harás siempre lo que a mí me cuadre...

—¿Olvidaz que zoy plebeya y que laz plebeya noz lo jugamoz todo en un iztante?...

—Me hacen reir tus amenazas.

—¡Erez un valientel!...: ¡que lo diga zi no, tu conducta para obligarme al máz odiozo de loz yugo!...

—Porque resultas tonta: Piensa como yo: no tomes tan a pecho las cosas: trata de divertirte y gozar, sin que para nada te ocupes de esas ñoñeces del corazón que no son más que vanos romanticismos y necias manías, y yo te juro que serás dichosa...

—¿A tu lado?...

—A mi lado sí...: ¿qué de extraño tiene?: ¿no pertenezco a los fúcares?, ¿a esa clase privilegiada que nada le falta, y en cambio todo le sobra?...

—A tu lado no puede zer felí máz que la mujé pecadora: eze hampozo fruto de clázicoz remoquetez concedidoz como título de zu viví triztemente menguado en ezos antro donde en tráfigo miserable ze vende la carne y ze pierde el ezipíritu...

—¿Sabes que adelantas en el hablar y en la idea de un modo prodigioso?... ¡Lástima grande

que no olvides tus *filosóficas* y morales peroratas, que resultan tan inútiles como el gañir a la luna...

—¿Creez que me eztraña tu dizcurzo?... al contrario; lo encuentro tan natural, que no podría aseptar como tuyo, otro que no fuera bajo y miserable...

—Te he mandado venir como sierva, y no como heroína...

—¡Palabraz muy propiaz de tí!...

—Cambia pronto de acento y de conducta, porque ya estoy harto de preceptoras y de humillaciones!...

—¡Tú con tanta significación social, y yo una artezana ignorada, hasemo muy má contrazte!...

—¡Basta ya, y escucha!...

—¡No ez poco el sacrificio!...

—¡Peor para tí!...

—¡Yo zoy de diztinta opinión!...

—¡Sí!... ¡somos dos caracteres completamente opuestos!...

—¿Ahora te enteraz?...

—¡Y ni aun ahora me interesa!... ¿Sabes para qué te llamo?...

—¡Tú diraz!...

—Curro Ramírez está en España...

—¡Lo zabía!

—Me alegro, porque así me ahorras camino... Pero lo que no sabrías quizá, es que desde hoy tienes prohibido salir a la calle... Aun cuando estuve ayer hablando con él en Madrid y le senté

bien las costuras con respecto a tu persona, no me fio por más que me juró que te odiaba...

—¡Miente!...

—¡Cuidado con las palabras!...

—¡Haz creído engañarme, y eres tú el que te engañaz!...

—Mejor para tus ilusiones...: más no olvides mi recomendación... ¡Cuando la mujer quiere mucho, es peligroso dejarla en libertad!...

—¡Nesio!... ¡Cuando la mujé quiere mucho, no hay valladá que no zalve, ni prieto nudo que no dezate!... ¡Zon inútile todaz laz precausione, y baldíoz todoz loz medio...: La mayor zeguridá eztriba en zu propia honra!...

—¡No obstante, hay momentos en que se olvida!...

—¡Nunca ze olvida el pudó!...

—¡Pues por si acaso el pudor flaquea!...

—¡Ofendez como ofende el bellaco!...

—¡Las de tu calaña no son muy seguras, y dan a veces graves desazones por satisfacer un antojol!

—¡Laz de mi calaña, como tú dise, tienen mucho má selo por zu dignidá porque ez el único tesoro que pozeen, que ezaz otra de tu eztirpe, que dezcuidan a vese lo zagrado, por creerze a zalvo y harto ezcudadas con zer quinez zon... Laz mía, caen por la pación, por el engaño o por la mizeria...: laz tuyaz, porque ez máz vizioza y débil zu carne ñoña...: ¡En la propia inersia de zu viví, tienen ocasión de dejarze arraztrá por el pecao!...

—¡Cruel estás con la dama!...

—¡Peor eztás tú con la infeli!...

—¡Terminemos las discusiones enojosas!...:
¡Recluída aquí, o en la Dehesa!...: ¡donde más
te plazca!..

—¡Ni ayí, ni aquí!...:—contestó María con dig-
nidad.

—¡Donde yo imponga!...

—¿Qué te importo yo?...

—Después de poseerte, nada...: pero sí me
importa que la gente no hable de mí a hurta-
dillas...

—¡Ezo no podráz evitarlo, porque hay motivo
zobrado para que ze ocupen de tu perzonal!...

—Me río de tí y de tus insultos, ya que tales in-
sultos no me saben a nada. El hombre y la mujer
son dos animales muy distintos...: desengáñate
María...: el deseo; sólo el deseo pudo conducirme
a la imbecilidad del matrimonio. Después de
adueñarme de tu cuerpo, ¿qué objeto tiene el en-
tusiasmo? Apenas te ví rendida, cuando mi amor
comenzó a declinar hasta morir...

—¡El mío no morirá nunca, porque jamáz na-
sió para tí!...

—¿Así lo dices?...

—¿Qué te eztraña?...: ¿ez mi primera afirma-
ción?... ¡Ni yo zoy tu affn, ni tú erez el mío. Am-
bisionaste el brutal momento; y conzeguido que
fué para dezdicha mía, hases ezcarnio de tu ho-
nor.. ¡Erez el visio repugnante y grosero!...: ¡pero
no te preocupes!...: ¡debe zer azí!...: ¡no nos ama-

moz ni el uno ni el otro, y por ezo podremos vivir hazta felise, zi tú quiere!...

—¿Cómo?...

—¡Tú, en el palasio!...: yo, en mi pobre cazita!...: ¡Zi tú zupiera con qué zentimiento como el pan tuyo!...

—Pues no debe ser así...: porque después de todo, eres un objeto necesario del que uso a veces, y le pago con sedas, joyas, manjares y comodidades ostentosas...

—¡El rufián máz bajo, rezulta digno al lado tuyo!...

D. Juan Manuel montó en cólera, y levantando la diestra la descargó sobre la linda faz de María del Carmen. Ésta dió un grito de indignación, de dolor y de vergüenza. Sus pupilas renegrinas chispearon de ira. Aquella bofetada fué como estallido de tragedia. De pronto avanzó hacia una panoplia que como bélico adorno pendía de uno de los testers, y arrancando de ella un cuchillo de monte, fué a clavarlo en el pecho del miserable que de un modo tan cobarde la ultrajaba.

D. Juan Manuel sintió despecho y temor a un tiempo: no sabía si avanzar o correr; pero haciéndose cargo del inmediato riesgo, luchó hasta conseguir arrancar de la mano de la esposa la terrible arma.

—¡Cobardel!...: ¡maldito!...: gritábale María del Carmen como una loca—¡te juro que te harán sufrí el caztigo de tu villanía!...

—¿Quién ha de castigarme?...

—¡Mi padre!...

—¡Ya se guardará bien ese viejo lobo de ofenderme en lo más mínimo!... ¡qué mala memoria tienes!...

—¡Hoy no te favorese tu infame treta!

—¿Por qué?...

—¡Porque al mancharlo a él, me mancharás a mí!... ¡y ziempre los dezhonore de la esposa, cubren de oprobio el nombre de loz marido!...

—¡Qué inocente eres!... ¡Oprobio!... La sociedad haría con seguir dispensándome sus respetos y sus alabanzas... ¡Qué idiotas sois los que habéis nacido en cuna humilde, y se os pasa la vida hablando sandiamente de honras que os convierten en seres risibles y odiosos!... ¡vuestros rencores os hacen soñar!... ¿Crees tú que el mundo condena nunca a un hombre que puede escupirle a la cara cien mil duros de renta?... ¡El oro! ¡el oro!... ¡ese es el verdadero honor!... Lo demás, son catilinarias en las que nadie cree, aunque hipócritamente se aceptan... La honra de las gentes, tiene mucho menos *valor* que los *Valores Públicos*. Mídela con *peluconas* y se hace infinita...: trata de probarla con protestas de moral, pero carente de patrón moneda, y el mundo se reirá de tí... Así sois los mantenedores del pudor...: os consideráis gigantes, cuando para veros se hace indispensable la lente microscópica... ¡Qué mal dice la soberbia con el hambre!...

—¡Qué inicuo!...! ¡qué bajo eres!...: ¡Te odio!...: ¡te detezto!...: ¡me daz azco!...

—¡Ya lo sé!...: ¿mas qué me importa el asco tuyo?...

—¡La indignidad ziempre ze encamina de bracerero con la dezvergüensa!...

—¡Tienes toda la arrogancia de una bacantel...: ¡pero ya has recibido una prueba de cómo suelo yo castigar las arrogancias!...

—¡Cuida bien de no envaneserte con otra nueva *hasaña*, porque tendríaz que matarme, o te mataría!...: ¡Laz hembra de mi jaez, zon poco sufrida y zobrada de dignidad; y la dignidad jamáz admitió resignada laz bajasas!...

—¡No vales la pena de que yo me disguste y por ello te desprecio!...

—¡Digna de tí ez tal cortezía!...: ¡tu honor ez tan hábil enmazcarado, que nadie lo conosió jamál!...

—¡La incorregibilidad de tus insultos, es hija de la tosca educación que recibiste!...

—¡Mejor que la tuya!...

—¡Mientes!...

—¡Una fraze que prueba de un modo inequívoco, la fuersa y la rasón de tu protezta!...

—¡Callemos de una vez, pues ya me exasperan tus arrogancias propias de una princesa zaresca y no de una mujer rústica!...

—¡Tú elegizte la rustisidad bien a pesar mío!...

—Quise conocer tus encantos íntimos, y salí triunfante de mi empeño...: por lo demás, igual me importabas en tu pocilga que en mi palacio.

—¡A mí no me susede lo propio; porque zi en

mi posilga me izpirabaz antipatfa, en tu palasio me produse repugnansia!...

—Lo siento por tí, ya que a mí me tienen sin cuidado tus detestaciones pasadas, presentes y futuras.

—¡Zería haserte mucho honó el conteztartel!...: ¡dime pue, zi hemos dado fin a la entrevizta!...

—¿Para qué quieres saberlo?...

—¡Para marcharme de aquí!...

—Ese es el caso...: que aquí has de estar hasta que yo disponga cosa en contrario.

—¡Zaldré ahora mizmol!...

—¡Qué inocente eres o qué inocente te haces!...

¡No más desvíos tuyos!...: ¡ven aquí!...

—¿Dónde?...

—¡A mis brazos!...

María del Carmen trató de huir.

Así como al impelerse dos fuerzas heterogéneas siempre resultará vencida la resistencia mínima, María, como más débil, probó los resultados del encuentro, cayendo sobre la *chase-long* que había a su espalda, al ser contrarrestado su empuje por un cuerpo de potencialidad mayor.

.
A la puerta de la casa esperaba el auto con los focos encendidos, y al montar en él dijo don Juan Manuel al chofer que volante en mano esperaba instrucciones:

—¡A la Dehesa al vuelo!...

Partió el vehículo en carrera rauda, y momentos después se deslizaba como meteoro por la

carretera que, a semejanza de monstruoso reptil, escorzábase por entre las ricas tierras sevillanas. Comenzaba a escucharse el berrido de las astadas fieras.

Los gañanes andaban atareados con el aliño de las clásicas migas.

Sentados bajo la enorme campana de la cocina, los vaqueros desperezábanse, bostezaban y departían, para dar tiempo a que estuvieran prontas a consumir las humeantes sartenadas.

Sonaron de pronto los bocinazos del auto que deslizábase veloz por la enarenada alameda del cortijo, y todos se pusieron en pie sorprendidos ante la inesperada visita del amo.

Amanecía, cuando el vehículo hizo alto frente a la puerta del destartelado caserón.

—¡Buenos días!—dijo don Juan Manuel al punto de apearse.

—¡Buenoz día muz dé Dio zeñorito!—contestaba la gente con esa candidez y cortedad propia del hombre de campo.

—¿Qué novedades tenemos por aquí?...

—¡Ninguna mi amo!...—replicó el capataz; ¡toíto marcha como una zeal!...

—Ventura ¿y el ganado?...

Ventura era el nuevo mayoral.

—¡Er ganao como capuyito es roza!...: ¡no ze pué pedí mál!...

—¿Tuviste en cuenta lo que te decía en mi carta, con respecto a las seis corridas apartadas para la Plaza de Madrid?...

—¡To z'ha jecho ezarto a lo que ozté ordenabal...

—¿Está por ahí el «Niño de Utrera?»...

—¡Ha ío a da una *onturiya* ar cabayo, poique ayé le arcansó en *un anca* er dichozo «Ezavío» que c'a ve eztá má peó!...

—¿Le ha hecho mucho?

—¡Afortunadamente le jiso poco, poique er «Niño» tuvo pupila y zupo meté a punto la ezpuela!...: ¡zi no é er muchacho ligero, er toro ze quea con é y con er animalito!...

—¡Es mucho bicho ese bicho!...

—¡Tó lo que tiene de güen moso y de jechura, lo tié e *dezarmao* y de mala zangre!... ¡No ze pué ezperá ná güeno der *gachó* que mata a zu pare, jiere a zu mare y da mulé a do hermano!... ¡Lo debían de ajorcá!...

—Bueno...: ya buscaremos tribunal que lo sentencie... Mira tú, Toñito; dile a la Liboria que abra la casa...

—¡Ya eztá de pá en pá!...

—Pues que me ponga agua para lavarme y que suba a quitar el polvo a mi ropa. Y tú, Ventura; que avisen ahora mismo al «Niño de Utrera», y que me vea inmediatamente... ¿Habéis desayunado?

—¡No zeñó!...:—contestó el mayoral.

—¡Pues a las migas enseguida y después cada cual a su puesto, sin que me den motivo de que tenga yo que ponerle a alguno las orejas coloradas!...

Y dicho esto, volvió la espalda dirigiéndose a

la casa vivienda para asearse y aguardar al sujeto cuya presencia había ordenado.

- ¡A la pa e Dio!...; ¿ze pué pazá mi amo?...
- ¡Entra ya buena pieza!...
- ¿Cómo eztá er zeñó?...
- ¡Peor que tú y mejor que tu caballo!...
- ¡L'an dicho azté ya!...
- ¡Claro hombre!...: ¡a mí no se me puede ocultar nada!...
- ¡Ya lo zé; y ezo eztá mu bien!...
- ¿Es mucho daño el del «Perlito»?...
- ¡No ja zío mucho, poique estuve lizto!...
- ¡Una enganchá ende la cincha a la baticola!...
- ¿Pero cómo fué eso?...
- ¡Que me tomó *enquina* er animalito!... Verrazté...: eztaba er mal'ange jarreándole tela ar «Lusero» y ar «Colorao», que zon do perita en durse, y al verlo que vide que ze loz cargaba, arreé pa é zortándole un garrochaso pero que con mano dura... Zalió el toro rebrincao; tomó tierra como pa meterme *maera*, pero er bribón penzó lo que penzó y ze jué reseloso... Ya jabía pazao un güen rato e aqueyo, cuando oigo que me grita er mayorá...: ¡Guarda «Niño!»... Güervo la cara; pero ¡cá!...: ¡ya lo tenía ensima!...: ¡er mú perro tiró er viaje, pero a dá e vera!...: meto la ezpuela; zale er cabayo juyendo; ze viene er bicho etrá como una ersalación, y... ¡entavía no ze ma quitao er zuztol!...
- ¿Te asustaste por eso?...

—¿Cómo que por ezo?... ¿acazo no jué ná?... Recresio que se recresió er bicho, me larga er zegundo errote que tiró por arto; me da con tor josico en laz ezparda; me vide laz do vela por loz lao... ¿y... aquí está el entierro me dije: zuerto entonse laz rienda jechando loz braso pa to lo arto, y ayí eztuvo mi sarvasión; poique zi no, er mardesío me manda arsendé a loz sielo como a Nueztro Pare Jozúl...

—¿Y el caballo puede servir?...

—¡Pero zi er cabayo afortunadamente no tié ná!... ¡er pelo zartao y arrancá la pié a tó lo largo del achasol!... ¡Lo je pintao dó vese con jiodo, y z'acabó er carbón!... ¡má bien que la Catreá de Zeviya, y mucho mejó que azperaba pa zu arma y pa la mía!...

—¡Bueno hombre!... ¡a otra vamos!...

—¡Mi amo mú güen conzuelo!...

—Pide un puesto de sacristán y verás como así no te pasa nada de eso...

—¿Yo zacriztá?... ¡güeno zoy yo pa latinajo! ¡po zi no sé esí má que *dormine meo* y ezo poique me enzeñaron a peirlo azina ende chavá!...

—Vamos al objeto de mi llamada...

—¡Ozté mandel!...

—Cierra la puerta...

El vaquero obedeció. Este randa era sujeto de mucho cuidado, por sus pésimos antecedentes. Alardeaba de sus malos instintos y de su extraordinario valor. Fuera o no evidencia sus humos de guapeza, lo cierto es que se le temía.

—¡«Niño» escucha atento!...

—¡Una jartá!

—¿Tú estás dispuesto a servirme?...

—¿A quién jay que quitarle pena?...

—No se trata de eso ahora...: si más adelante las cosas no hubieran podido obtener el resultado que yo deseo, entonces será ocasión de que pongamos a prueba el empuje de tu mano y el temple de tu cuchillo...

—¡Zoy ma zeguritoool!...

—Menos aquella vez del disgusto con Pedro Antonio; que te atizó más palos, que hojas tiene un olivo; y con el cuchillo en tu mano, no pudiste evitar que te rompiera dos costillas y que te dejara el cuerpo más maduro que una breva y más colorado que un chorizo extremeño!...

—¡No jaga ozté que recuerde aqueyo! ¡El único home que m'ha puezto a raya, ja zío eze!... ¡Mira er tío de un moo tan ezpesiá cuando le jentra la inritasión, que cura toítaz laz demá inritasione!...

—¡Se te conoce por encima del pelo el miedo que le tienes!...

—¡No e mieo; no!...: ¡e argo azín como farta e való!...: ¡Pedro Antonio pa quitá moñoz, e mejó que la tiñal!...

—¿Luego si yo te mandara obrar en contra suya no harías nada?...

—¡Tanto como no jasé naíta, no zeñó!...: ¡zi no fuera mú nesesario, mú nesesario, no correría!...: ¡pero como fuera mú nesesario, como

mú nesenario, correría!... y... ¡largo e argo!...

—¡Yo no me explico qué clase de valor es el tuyo!...

—¡Pue un való reconosió!...: ¡pero que z'a jin-dama er való, cuando a uno le arriman maera pa que *diñe!*...

—¡Bah!...: ¡me he llevado un gran chasco contigo!...: ¡pero en fin; a lo que íbamos!...

—¡Ozté dirá mi amo!...

—Necesito que en diez días como máximo, contados desde mañana mismo, el toro «Desavío» no salga de los corrales...

«El Niño» comenzó a dar vueltas al sombrero que tenía en sus manos, y mirando atentamente a don Juan Manuel respondió como muy extrañado:

—¿No e ozté el amo?...: ¿quién mejó que el amo pué dizponé ezo?...

—¡Tu misión es la de escuchar mientras yo esté hablando!...

—¡Ozté perdone!...

—En esos días que el «Desavío» pase en los corrales, para lo cual yo daré a Ventura las debidas órdenes, se hace preciso que tú torees al bicho hasta dejarlo en condiciones de que conozca el engaño, no haga caso de él y derrote sobre el bulto...

—¡Mú bien!...

—Para eso hay necesidad de embolarlo perfectamente...

—¿Y pa qué ezo?...: ¿acazo me va a da mieo de entendémela con un toro e punta?...

—Que no se haga si no quieres...: si te comprometes a dejarte coger dos, tres o más veces, las que sean necesarias, por cada día que pase de esos diez, estando la fiera en condiciones de herir, a mí me es indiferente...: ¡allá tú con tu pellejo!...

—¿Pero qué dise ozté mi amo?...: ¿hay que dejarze cogé tó loz día por el animalito?...

—¡Pues claro!.. ¿cómo enseñas mejor a la res si no es de esa manera?...: ¡hay que descubrirse y dar el cuerpo, para que el toro se acostumbre a buscarlo!...

—¿Y en qué hezpitá me ponen luego costiya nueva?...

—No hagas caso de eso...: ¡de ocurrirte algún accidental!...

—¡Ze aviza ar zepurturero!...: ¿no e ezo?...

—¡No hombre; no!...: ¡estarán a tu lado todos los mejores cirujanos de Sevilla!...

—¡Me paese mejó que ezté er Cura e la Pirroquia!...

—¡No llegará la sangre al río!...: ¡un bicho embolado, no puede darte ningún disgusto serio!...

—¡Lo má que pué jasé e jecharme a la eterniá pa un rato!...

—¡Algo hay que arriesgar si quieres ganarte quinientas pesetas por día!...

—¡No comprendo er caprichito de ozté mi amo!...

—¡Ni te importa!...

—¡Güeno va!...

—¿A tí te conviene cobrar las quinientas del ala?... ¡Dilo pronto, para buscar enseguida a otro si tú no quieres!...

—¡Por sien duro, eztoy yo dejándome cogé dende hoy a la Nochegüena!...: Ozté ya me conose zeñorito; y zabe mú bien que zi yo no jubiera zío corto e vista, me jago er prime banderiyero e Ezpaña!...: pero,.. ¡naturá!...: como zoy *miorpe*, sitaba en corto; ziempre en corto de vizta...: y cuando creía que pazaba la cabeza er toro... ¡toma canela!...: metía loz braso, sin ve que lo que metía era la pata dejando un pa e lujo en tó lo arto zí; pero en tó lo arto der carcañá... ¡Aqueyo era una ezaborisión y má pa mi genio!...: azín é que desidí cortarme er pelo, y por un reá me dejaron la cabeza que paesía una bola e queso!..

—¡Hablas más que siete loros!...

—¡Múo me queao pa ziempre!...: ¡diga ozté, mi amo!...

—¡Digo, que de lo que aquí ha pasado ni una palabra a nadie!...

—¡Pa guardá un zecreto menda...: ¡la prose-sión der Silensio, e una bronca e gitano ar lao míol!...

—¡Así deben ser los hombres!...

—¡Azín zoy yo!...

—¡Tanto como vales, qué lástima que Pedro Antonio te haya cogido el pan debajo del sobaco como se dice vulgarmente!...

—¡Tampoco ezo mi amo!...: ¿ez que yo eztoy

crúo acazo?... ¡Yo mato a Pedro en cuantito que ze m'inflen laz narise!...

—¿Con qué?...

—¿Cómo que con qué?... ¡con riñonel! ¡zi ze-ñól! ¡con riñone en mal eztao, pa que l'entre cólico mirzerere!

—Con cólico y sin cólico te rompería de nuevo las costillas...

—¡Ya ze guardaría é muy bien de repetí la gracia, poique éntonse me perdía pa ziempres!...

—¡Vamos quita!...

—¡Que lo que yo le digo azté e miza mi amo! me perdía e vizta, pa no golveme a vé má!

—¡Desgraciado!...

—¿No va otra coza zeñorito?...

—¡No va otra cosa que recordarte, que desde mañana he de empezar a ver cardenales en tu cuerpol!...

—¡Como que cuando ze muera er Papa «Pío», entro yo «negro mulato», ganando a tóz la eler-sión!... ¿Manda má zu mersé?...

—¡Lo que he dicho, y punto en boca!

—¿Punto?... ¡mejó cozía c'una petaca d'U-brique!...

Una semana después, el cuerpo del «Niño de Utrera» habíase convertido en lirio.

La diabólica idea del perverso criador de reses bravas, iba tocando a su término.

A los diez días justos, estaba el «Desavío» en situación de que nadie se pusiera delante de él

sin correr inminente riesgo de perder la vida.
¡Infame ganadero!...: ¡qué inicuo corazón el
suyo!...: ¡ni al ser mas abyecto, se le habría ocu-
rrido tan ruin maldad!...

.
Serían como las once de la mañana del siguien-
te día, cuando a don Juan Manuel le fué anuncia-
da la empresa de la Plaza de Toros sevillana
que iba a la elección de reses.

—Que pasen esos señores...:—dijo al anun-
ciante.

Poco después entraban los empresarios en
el despacho del ganadero, cambiando con éste
cordialísimo saludo.

—Ustedes dirán señores, en qué puedo serles
útil...—interrogales el malvado aristócrata.

—Lo de ziempre don Juan Manué:—contestó el
Representante.—A vé zi noz arreglamo y elegi-
mo zeí bicho capase de mantené el muy juzto
preztigio de la diviza de Cubero.

—Gracias por el concepto que les merece mi
ganadería. Ya saben ustedes de antiguo, que yo
cumpló bien con todos y muy preferentemente
con los sevillanos; pues aunque yo no sea de la
tierra, en ella vivo desde niño y le tengo igual
afecto que si hubiese nacido en ella.

—Presisamente por reconosé la atención de
usté, venimo a vizitarle con preferensia.

—Yo lo agradezco mucho, y por lo tanto pro-
curaré complacerles.

—¿Cómo andamo de presio este año don Juan Manué?...

—No refiiremos...: con arreglo a los bichos que ustedes deseen, llevarán cosa barata y buena...

—Condisione de laz reze, no laz hemo dizcutido nunca...: ya zabe usté lo que ziempres ha elegido la empreza zeviyana: toro limpio; buen trapío...: lo mejó de lo mejó...

—En ese caso, pondré a ustedes por la corrida 13.500 pesetas.

—¿No ez mucho dinero eze, don Juan Manué?...

—A otros, los seis toros que ustedes desean les costarían más dinero. Harto saben ustedes que el precio que les doy es muy aceptable, teniendo presente la importancia de la divisa y lo caro que cuesta criar en esta casa. Dado el esmero y cuido especial que se usa en mis criaderos, para todas y cada una de las operaciones que se llevan a cabo en lo que respecta al mejoramiento constante de la bravura y selección de las reses, no se pueden ustedes imaginar los muchos sacrificios que todo eso representa y el poco resultado que ofrecen. ¡Por ello se mantiene de modo tan brillante la fama de que goza mi ganadería!

—Todo ezo ez verdá; pero tampoco pierda uzfé de vizta, que le conzumimo a uzfé mucha carne en cada temporada.

—Cosa que no podrían ustedes hacer por muy

buena voluntad que tuvieran, si el público no aceptara mi cartel antes que otro alguno; sin que esto se interprete como jactancia, sino como fiel expresión de la realidad... ¿Ustedes quieren una corrida de nueve mil pesetas, a base de toro bueno?...

—No zefió don Juan Manué...: queremos lo que uzté zabe...

—Pescado gordo y que pese poco...: ¿no es eso?...

—¡Bueno!...: vamo a elegí zi le parese, y cuando ya apartemo, uzté hase lo que le venga en gana...

—Nada que reste una peseta a lo pedido, bien a pesar mío...: pero en fin, vamos a separar primero, y luego ya veremos lo que pasa...

Levantáronse, y saliendo del despacho se encaminaron hacia el lugar en que apacentaba el ganado.

Así que el mayoral los vió llegar, picó espuelas al caballo saliéndoles al encuentro.

—¿Por dónde anda el «Desavío?»...:—preguntóle don Juan Manuel—lo digo para que lles cuidaado, no sea cosa que pueda darnos un disgusto...

—¡No hay mieo on Juál...: ¡lo tengo a la vera e loz manzo, que é el único moo de que el animalito noz deje tranquilo a toz!...

—¿Qué toro é eze?...:—interrogó uno de los empresarios.

—Lo más bravo, lo mejor criado y lo más bo-

nito de lámina que ha producido mi ganadería... ¿si quieren ustedes que lo veamos?...

—¡Parese que el bicho no é muy zegurol!...—
objetó el representante—¡y digo ezto por lo que acabo de oí!...

—Estando con él los mansos, se manda bien...

—¡Ziendo azí, no tengo inconveniente alguno!...

—¡Ni yo!...

—¡Ni yo!...

—¡Ni yo!...

Respondieron casi al mismo tiempo los empresarios.

En vista de ello, emprendieron la marcha guiados por Ventura, y un cuarto de hora después, el famoso toro estaba ante la presencia de los empresarios que con asombro y entusiasmo contemplaban la soberbia figura del bicho.

—¡Eze torito podía uzté cedérnolo don Juan Manué!...

—Ese torito lidiado por Curro Ramírez, sería un triunfo para ustedes y para mí...: pero reservo ese bicho con el propósito de que padree, y no me conviene de modo alguno deshacerme de él...

—A uzté no le han de faltá reze para mejorá el ganao, zi ezto fuera posible; pue no zé que a loz bicho ze lez pueda da ni má trapío ni má zangre, ni má noblesa que tienen zus toro... Azí e, que zi uzté no nos sede el «Dezavío», zará porque no quiera y no porque no pueda.

—Pero hombre...: ¿voy a desprenderme de esa prenda por el mismo dinero que cedo a ustedes los demás toros?...

—¡Con ezto ze compenzarían laz defisiensia que pudieran rezultá en cualquiera de laz otra rezel!...

—Respondo de que no habrá tales deficiencias...

—¡Ezto animalito zon como loz melone don Juan Manué; que hazta que no ze parten y prueban, no zabe uno el guzto que tienen!...

—¡Pero!...

—¡Dejemo ahora los pero, que no hay gana e fruta...: zi uzté tenía voluntá de haserno alguna grasia en el presio de la corrida, nozotro damo las 13.500 pezeta, y la rebaja queda, a favó del bicho!...

—¡Lo dise un hombre don Juan Manué!...:—añadió uno de los empresarios.

—¡Van ustedes a comprometerme a que admita lo que me perjudica en alto modo!...

—¡Para ezo zomo cliente antiguo, que nunca desimo «ezta boca ez mía!»...

—Cuenten ustedes con el toro, pero con la condición de que sea para Currito... No me fío de ningún otro... Es una res de extraordinario poder y bravura, y se necesitan muchos conocimientos del arte y muchos riñones, para lidiarla como ella merece...

—¡Ez verdá ezo!...

—¿Qué me van ustedes a decir?... ¡Este toro

salta al ruedo y arma un verdadero escándalo!...: el juego que dé, consiste en la clase de trabajo que con él se realice...: de quedar bien a quedar mal una res que ha de llamar poderosamente la atención, es cartel que me suma o me resta, según los resultados de la lidia...

—¡Nozotro le damo a uzté palabra de que eze toro lo mata Curritot!...

—Siendo así, no hay que hablar más... Vamos a elegir los otros cinco...

Minutos después, y en plena punta de ganado, decía el representante al criador:

—Don Juan Manué...: que zeparen aqué negro liztón argo veleto, marcao con el número treintiziete...

—Sí...: «Pajarito»... : ¡buen toro!...: ¡bueno! ..

—Aquel berrendo en colorao, ojo de perdí, que yeva el zetentizei en el anca...

—¡Excelente bicho también!...: «Pinturero»...

—Aquel negro, capirote, chorreao en verdugo, que va marcao con el cuarentisinco...

—El toro «Gitanillo»...: ¡buena historia tiene ese bicho!...

—¡Buena lámina la de aquel albardao!...: que lo aparten también...

—Sí...: «Atrevido»...: ese animalito, en la tienta entró por uvas las veces que quiso...: no recuerdo el número de varas, pero sé que fueron muchas...

—¡Vaya!...: serraremo con aquel retinto, cal-

setero, que tiene la fila de muy mal genio, y que marca el treintitré.

—«Celoso»...: ¡un toro!...: ¡pero un toro de una vez!... ¿Sabe usted, mi amigo, que para elegir se le puede dejar solo?...

—Pero don Juan Manué, zi yevo ya mucho año con la empreza, ¿no voy a eztá enterao de ezta coza?...

—¡No se quejarán ustedes de la corrida que van a presentar el Domingo de Resurrección!...

—¡No zeñó!...: ¡no noz quejamo!...; zalimo contentízimo!...

—¡Me alegro!...

—La zemana próxima, é la Zemana Grande...: ¿luego por la noche del Vierre, o mejó dicho, por la madrugada del Zábado de Gloria, quedarán los toro en loz corrale de la Plasa?...: ¿no é ezo?...

—De acuerdo...: así por la tarde, ponen ustedes el ganado de manifiesto...

—Pue cerrao el trato... ¿Y el pago?...

—De ezo no hay que hablar...: cuando quieran y como ustedes quieran...

—Entonse, en cuantito que yeguemo a Zeviya, ingrezaremos lo eztipulao en zu cuenta corriente del Banco de Ezpaña.

—Cuando ustedes lleguen a Sevilla, ya no es tiempo de ingresar...: ¡pero caray!; ¿vamos quizá a embarcarnos?... ¡No tengan ustedes tanta prisa, que ya se hará todo!...

Retornaron a la casa, siendo instados por don

Juan Manuel para que se quedaran a almorzar; viéndose en la precisión de admitir, porque no pareciera desaire no aceptar tan repetidos ruegos.

Después de saborear el aromático café y el excelente veguero, los empresarios dispusieron a partir, siendo acompañados por el criador hasta los límites de la Dehesa. Allí estrechó la mano a sus clientes, y éstos, montando a caballo, salieron a buen paso dirigiéndose a la capital.

¡Con cuánta ansiedad es siempre esperada en Sevilla la famosa corrida del Domingo de Resurrección!...



CAPITULO X

SANTIDAD Y MISERIA

Al cabo de muchos ruegos por parte del esposo, la hija de Pedro Antonio había consentido al fin pasar en la Dehesa el tiempo que faltaba para que diera comienzo la *Semana Grande*.

Eran como las once de la noche del día de llegada, cuando el miserable ganadero conversaba con María en una salita que daba acceso al dormitorio de los esposos.

—Dime riquita...:—le interrogaba él—¿has pasado bien la tarde?...: estos parajes son deliciosos...: aquí se respira a pulmón lleno y se bebe a oleadas la salud...: ¿no te parece?...:

—Sí...:—contestó María por decir algo.

D. Juan Manuel quedóse contemplando la faz peregrina de su mujer...: y bien fuera porque el silencio tiene sus atractivos, como los tiene el

álito fortalecedor de los campos, la paz patriarcal que se respira lejos de las capitales, o bien porque el undoso cabello renegrino de María del Carmen le hiciera recordar reconditeces íntimas e íntimos misterios, es lo cierto que sentíase ríjido, con deseos vitandos, con estímulos provocadores y despertar de carnales piltrafas.

—Mira Carmita ya es hora que descansemos; pero antes quiero prevenirte que no hagas caso de mis tonterías, porque las más de las veces digo lo que no siento. Tú sabes cuánto te adoro, porque eres la única mujer que me cautiva, la única mujer que ha conseguido volverme loco... Interpreta en sentido inverso mis injurias, ya que ellas nacen del inmenso amor que te profeso...: ¡cosa más rara!...: ¿verdad?... ¡Anda!...: vamos al reposo María...

La hija de Pedro Antonio que comprendió lo que aquello significaba, trató de excusarse; pero, tarea vana. La fiera mordía, y no quedaba otro recurso que ceder.

El mayor tormento de su vida, era la comisión inexcusable de un deber contraído.

.
D. Juan Manuel se había vuelto de súbito un hombre completamente distinto.

Obsequioso, cortés, apasionado, rendido...

¿Cuál era la causa que motivaba aquel cambio tan radical?...

Currito...: sólo Currito fué capaz de conmover

aquel espíritu foletto, dispuesto siempre al daño y jamás a lo noble.

Mientras se halló lejos el temido rival, por seguro tuvo que su esposa no extralimitarse, ya que era incapaz de inferir ofensa al nombre del esposo; no por los respetos que el esposo le mereciera, sino por el sentimiento de honor tan despertado en ella; pero ya en España aquel que venía lleno de gloria y era por añadidura el verdadero dueño del corazón de María del Carmen, temió un desaguisado, no a impulsos de ese amor que a tanto obligan los prietos lazos del matrimonio, sino por los torpes goces que temiera, el que confundía el vicio con las consecuencias de las sanas pasiones...

Para María dió comienzo una vida nueva.

«María, por Dios, no te pongas al sol, porque puede hacerte daño»...

«María, no bebas agua ahora, porque vienes agitada y sudorosa»...

«María...: ¿te hace bien el paseo?»...

«¡María, no te enojés!»...

«¡Cuánto te quiero María!»...

Y a María sentábanle aquellos mimos ridículos, como arañazos gatunos descargados sobre su carne delicada.

.
D. Juan Manuel habíase despertado alegre y satisfecho de vivir. Reía con la risa hueca de los payasos, y con tierno acento decía a la esposa:

— He comprendido, mujercita mía, que los celos son plebeyos, por lo que te juro, que nunca más volverán a mí...: este tálamo sagrado, este altar donde con tan arrobador entusiasmo sacrifico en favor de tus amores, este lecho al que jamás concediste las santas expansiones que te impone el deber, ha sido el que por fin pone coto a mis locuras, para dedicarme en cuerpo y alma a mi adorable mujercita...

—A pezar de ezaz *firme* resolusione tuya, jamás ezpere que yo correzponda con lealtá a tuz azedio lobuno y rizaz locaz...

D. Juan Manuel hizo un gesto cómico al escuchar tan desesperanzadoras resoluciones, y fijó en aquellos ojos faraónicos, ojos tristes de reina mora; en aquella roja flor con dientes blancos y menudos; en aquellos hombros sugestionables arrebujados en nubes de ricos encajes albarinos, se mostró rendido, respirando con lánguido desmayo.

Esforzóse cuanto pudo para hacer su voz acariciadora, y con cierto trémolo apasionado interrogó a la esposa:

—Para endulzar la pena que me causan tus insistentes desvíos, ¿quieres que olvide que nos une el pasado?...: ¿no te parece demasiada crueldad?...

—¿Acaso puede fiarse en tu arrepentimiento?...

—¿Por qué lo dices?...

—Por la forma en que haz venido produsién-

dote hazta eztoz último día, en que te finge amante...

—¿Qué me finjo amante?... ¿De modo que no crees en mi cambio de conducta?...

—No; en modo alguno...: tú ere un hombre muy partidario de la vida moderna, y el enamorarse resulta anticuado...

—No te niego que he vivido con la promiscuidad del ser hamposo, que en las mezcolanzas y diversidades de femeniles sensaciones, supone que radica el peculiar aspecto de esos delirios ociosos, gorjeados con descocada coquetería. Los flirteos mundanos, aleteando entre ahogadores perfumes de feminismo, eran para mí de robusta elegancia; y ante tales desgaires alegres y dominadores, entornaba los ojos para dejarme arrullar por el sopor del vicio que es quien nos lleva al vacío de la vida. Los años, que no en balde descargan sobre nosotros la saludable acción de la experiencia, me han señalado el error y la hora del arrepentimiento...

—Ezo ha zido de pronto...: ¿verdad? porque no hace tantoz día que me impuzizte una reclusión injuzta y ofenziva, no sin tener el *arrojo* de dezcargar tu dieztra zobre mi cara, dando más gravedad a la ofenza por ir acompañada de palabraz procacez...

Al expresarse así María del Carimen, sus labios insinuaban una sonrisa irónica. Don Juan Manuel puso los ojos tristes, y deslizando sus manos ungidas por el perfume de aquellas carnes

venustianas, volvieron a vagar desordenadas...

Visión luminosa de la India védica, asemejaba el tesoro de encantos en que se convertía la plasticidad latidora de la hija de Pedro Antonio.

Un temblor elocuente agitaba el cuerpo del sá-tiro...

La sombra que proyectaban los ricos cortina-
jes del lecho, era amable y propicia.

Don Juan Manuel trató de besar a María en la boca...: Ella se opuso... Quería retozar en los bellos labios de la ideal Carmita; en aquellos labios de encendido clavel andaluz, con perfumes de estáticos arrobos, para apretujarse luego sobre los arrobadores encantos que le concedió el derecho.

Un movimiento de instintiva repulsión, hizo presa en el cuerpo delicioso de la Eva. La lucha sorda que mantenía su espíritu, bligábanla a un respirar anheloso cuyos jadeos levantaban el seno de María como una ola de juventud estallante...

El viejo *dandy* adelantó de nuevo su boca hacia la boca de la esposa esquiva, pero apenas si pudo rozar con sus labios la flor parlara de María...: tales fueron los esfuerzos que ésta realizó para evitar el repulsivo choque.

Enloquecido por el ajeno desdén y por el propio deseo, dió rienda suelta a su enojo y de nuevo comenzaron sus insultos.

—¿Acaso somos producto de esas uniones

vergonzosas que tienen que ocultarse del atisbo público?...—gritábale el ganadero.

—No...: pero zomo producto de una de eza unione vile que dezpiertan odio y repugnancia incontenidas...

—Pues has de sucumbir a la acción de mis derechos, y aunque no quieras, yo te haré que aceptes tus deberes!... ¡Es peor usar contigo honradas producciones!... ¡Hay que tratarte como se trata a la pagada, a la favorecida, a la manceba!... ¡La resistencia, no es de tus atribuciones como esposa, ni de mi voluntad como marido!...

Y de nuevo don Juan Manuel se mostró autoridad exigidora.

¡Pobre María!...: En sus ojos las lágrimas aparecían temblorosas en las lenguas pestañas... Trágico abatimiento, mortales repulsiones...: mujer entregada como las serpientes, al mandato imperativo de las sibilas.

Entre tanto, don Juan Manuel hacía cumplir a los labios su más tierna misión.

Cuando el delirio lo produce el bien real y no es la quimera quien lo transporta a selvas lejanas y misteriales donde mecerse o dormitar como en visión maravillosa de un cuento casca-beleante...: cuando el bello opulento, reposado y solemne, roba a la esposa las mieles encerradas en los corales de su boca bohemia...: cuando el beso espasmódico surge febril, violento, como chasquido de tralla carretera y el cuerpo del va-

rón desvaha por entre nácares y sedas, es cuando el hombre ansía vivir, porque no es vivir, la negación de tales ansias...

¡Silencio!...: sobre el ara que la ley consagra, han caído los velos de lo vedado...

¡Allí ocultas laten santidad y miseria!...

CAPITULO XI

SÁBADO DE GLORIA

El ensordecedor repique de las campanas tocando a Gloria, escúchase por fin en la inimitable perla de Andalucía.

El general vocerío de un cálido enjambre de chicuelos, se escucha con frase dicharachera, con sevillano gracejo, disputándose las aleluyas que desde los balcones descienden como atolondradas y polícromas palomitas, para posarse en el suelo y ser luego estrujadas sin piedad por la mano infantil.

Recordó don Juan Manuel que era la víspera de la corrida y que Currito estaría ya en Sevilla.

Su alma entonces cayó en nocturnidad, y ya el bribón no sonreía.

En el misterio de su faz escuálida había algo extraño, como algo extraño había también en sus ojos acéreos.

Veíase obligado a correr los riesgos de sus infames proyectos, y mordiéndose los labios con ira, dudó del éxito.

Si el aleteo de aquella bárbara inspiración por él tenida, no diera resultado triunfador al siguiente día, y si en cambio el fracaso dejaba el poder en manos de sus enemigos, la perdición para él era segura.

Así pensando, sintió que el escalofrío del espanto recorría su cuerpo, y maldijo hasta la hora en que se coló en el atolladero, «todo por culpa de unos jocundos briales».

¡Cuánto le pesaba ya haberse metido en aquella aventura del casorio con María!...

¡Tarde comprendió que el corazón de ciertas mujeres no se gana con oro, ni con ostentaciones, ni con poder, ni con groseras intemperancias!... Pero la mayoría de los hombres pasan la vida dominados por el influjo que sobre tales ejerce la ambición de tener y de dominar, creyendo que estas dos circunstancias son sobradamente capaces de concederles la dicha que persiguen y que no alcanzan.

—¡Currito en Sevilla!—decíase el ganadero— ¡ahí es nada!... ¡Como el «Niño de Utrera» fuera flaco de lengua, y el hijo de Rosarito se enterara de lo que tengo preparado contra él, a mí me hacía pasar a mejor vida!...: ¡no cabe duda!... ¡Quiera Dios que «Desavío» prepare a ese buen chico la *enfermedad* postrera!...

Aquel viejo miserable, no sabía comprender,

ni menos sentir, lo grande que es para un hombre de conciencia el cumplimiento de esos sagrados deberes que impone el amor al prójimo; deberes que son atributo de las virtudes psíquicas del sujeto, pero que en muchos se encuentran en tal estado de adormecimiento, que se convierten en profundo letargo.

Buscando aquel maldito un remedio para sus cobardes dudas, cambió de indumento, y una hora después estaba en la calle encaminando sus pasos hacia la Plaza de toros. Hasta allí quería llegar so pretexto de ver el estado de sus reses, aunque realmente su objeto no era otro que el de recabar noticias sobre la posibilidad de que «Desavío» cupiera en *suerte* a Currito.

Un público numeroso invadía los terradillos de los corrales donde pusiéronse de manifiesto los bichos de las tres corridas de Pascua de Resurrección.

Los astados que más justamente despertaban el entusiasmo de los aficionados, por sus defensas, trapío, libras y buenos mozos, eran los seis de Cubero, y en particular el toro «Desavío», que en nada hubiera desmerecido al lado de uno de aquellos ejemplares de los tiempos de «Cúchares», «Chiclanero», «Gordito», «Lagartijo» y «Frascuero»... Hoy estos hombres, avergonzarse de verse en el ruedo frente a unas alimañas que ellos dejarían para los chicos del Matadero.

—¡Que zea enhoragüena, on Juá Manué y gracia por er orzequio!—decíanle los buenos aficionados cuando pasaba por el lado de ellos.

—¡En argo hemo de diferensiarlo loz zeviyano!...—exclamaban otros.

—¡Azí ze cumple con la gente e la tierra!...—repetía el de más allá.

—¿Qué menos puedo yo hacer por el cartel de este país que ya lo considero como mi patria chica?...—contestaba el ganadero muy ufano.

—¡Mu bien dicho!...: ¡zí zefió!...

—¿Conose ozté a jeza tontería e mataó que viene p'acá como un rey zeguío e zu corte?...

—¡Currito Ramírez!...

—¡Naide!...: ¡cuarziquier coza!... ¡bendita zea la mare que lo jechó pa ezte lao!...

Todas las miradas se dirigieron hacia el gran lidiador.

Apenas si podía dar un paso sin estrechar una mano, sin corresponder a un saludo, y sin recibir una prueba de simpatía y de admiración.

¡Cuán desinteresados y nobles testimonios de afecto!... ¡Qué bien le sabía a Curro el cariño de sus paisanos!...

—¡Bienvenío Currito!...

—¡Currito venga eza mano!...

—¡Un abraso tengo guardao pa tí!...: ¿lo quiere?...

—¡Méjico yora y la Girarda ríe!...: ¡a ca uno le yega zu ve!...

—¡La «Campanera» tocó la e Groria er día que

tú nasistel.... ¡Camará vaya un parto!.... ¡jeche ozté niño!...

—¡Er Crizto der Gran Poé y tú, zei loz maz grande!...

Y así todo el tiempo que estuvo en los terradillos de los corrales.

Currito sonreía lleno de satisfacción. Era el ídolo sevillano. Sevilla era el ídolo suyo.

Un Cura pequeñito y rechoncho, algo parecido a un barrilillo de olivas de la tierra; un Cura con su rubicunda faz de sana rabanilla, destacándose abigarrada de la parda sotana y ancha teja, abriendo desmesuradamente los brazos, se dirige con infantil alegría hacia el torero, y con voz de un atiplamiento impropio de su sexo, exclama:

—¡Dios traiga de nuevo a nosotros los hijos predilectos de su Santísima Madre la Virgen de la Esperanza!.... ¡No quieras saber lo que yo he sufrido durante todo el tiempo que has estado por tierras americanas!... ¡Porque has de tener en cuenta que yo eché las bendiciones a tus padres y a tí la crisma, estando de Teniente en la Parroquia de San Gil; y antes vea yo rota mi sagrada tonsura, que a tí te ocurra algo malo, niño!

—¡Muchas gracia Padre André!.... ¡ya zabe uzté que ze le quiere, pero de verdá; y que tengo mucho guzto de verlo ziempre yenito de zalú!...

—¡Eso sí!.... ¿tú ves?.... de salud no puedo quejarme gracias a Dios.... ¡aquí me tienes cebado, como el otro que dice!...

Curro y sus acompañantes celebraron la ocurrencia del dómíne.

—¿Y la Melitona?...—preguntó el torero.

—Pues la Melitona, y la hija de la Melitona, y el marido de la hija de la Melitona, con muy excelente apetito...: todos comiendo de la olla grande...: digo grande, por la cantidad de barro que la forma; que por la calidad de los guisos que en ella se aliñan, se pierde de vista. Ya tú ves: dos pesetas como Capellán de la Plaza y otras dos de misa, son cuatro...: cuatro pesetas, para cuatro bocas: ¡cualquiera diría que tocamos a peseta caball!; pero no es así...: pues aunque las bocas sí están cabales, hay que restarles alquiler de casa, vestido por modesto que sea, luz y otras mil menudencias que tienen las necesidades del vivir... Por eso, ajusta la cuenta y verás que aunque hagas más equilibrios que *miss Leona* sobre el alambre, no puedes salir de garbanzos, patatas y habichuelas, salvo los días que muere o nace algún cristiano, que es cuando se puede permitir uno alguna golosina como el pedacito de carne con hueso, el poquito de longaniza, alguna morcillita que otra, en fin, lo que da de sí la pila o el gorigueo, que para este pobre sacerdote representa el medio de regodearse culinariamente hablando, aunque haya de proporcionar un trabajo extraordinario a las fuerzas digestivas... Hay quien se somete al régimen vegetariando persiguiendo la finalidad de mejoramiento en la acción orgánica, y hay otros que nos somete-

mos, no por finalidad de mejorar esa acción, sino como único medio de evitar el desmayo. ¡Y que no falten tubérculos, hortalizas y leguminosas es necesario!...

—¡Hay que azpirá, Padre!; ¡hay que azpirá!

—¡Ya aspira uno el oxígeno!...: ¿te parece poco?...: ¡eso sí que sale barato!... ¡Pero no me quejo, no!...: ¡gracias que este pobre pecador come vegetales, y algo es algo...!: ¿no es más desdicha, que un desvalido feligrés de mi parroquia me preguntara con cara de sorpresa, que si era cierto que la carne se comía?...

—¿Y qué le conteztó uzté Padre André?...:

—Que había oído decir que sí, pero era cosa que yo no podía asegurar... «¿Y peces, comes? —le pregunté—y me dijo: «He oído hablar de los peces de colores, pero no los he visto nunca»... Por todo lo cual, colegí que trataba con un convencido vegetariano como yo, pero que los dos también nos sometíamos al régimen por la purísima fuerza, que es la otra purísima que viene después de la Purísima Concepción...

Las explosiones de risa no cesaban por parte de los que regodeábanse escuchando las ocurrencias del *pater*.

—¡Ziempre de tan buen humó; Padre André!...

—le decía Curro.

—Niño, ¿y qué quieres que haga?...: ¡Si por tomar las cosas a pecho dieran bien de comer!...

—¡Pue la cara de uzté no dise que vaya estrecha la jamansia!

—¡Las farináceas, Curro, las farináceas!...: las *papas*, ¿tú sabes lo que engordan y alimentan?...

Se despidió por fin el chispeante tonsurado, y momentos después, don Juan Manuel, con la más refinada hipocresía, daba la diestra a su rival para decirle con tono placentero:

—¡Hace tiempo que la Plaza sevillana se ve vacía, y de Méjico vuelve quien la llena con su arte y su valor...

—¡Mucha gresia on Juá Manuel!...—contestó Curro disimulando de un modo admirable sus sentimientos. Zé lo mucho que uzté me eztima, y dezeo ocazién de probarle que me ezfuerzo por correzpondé a su buena amiztá!...

Don Juan Manuel palideció a su pesar, y para mejor fingir una despreocupación que no sentía, dirigióse al padre de María del Carmen que iba a la derecha de Currito:

—¡Ola señor Pedro Antonio!...: ¡dichosos los ojos que le ven a usted!... ¡Ahora que más debiéramos frecuentarnos, parece que tiene usted empeño en separarse! ¡Siento mucho este apartamiento, y espero que enmendará usted el olvido!...

—¡Zí. home, zí!...: ¡pierda ozté cuidao, que ya jablaremos e tó mu deteniamente!...

—¡Ya sabe usted que yo lo quiero mucho señor Pedro Antonio!...—dijo aquel cobarde con esa voz vacilante que con tanta precisión acusa el miedo.

—¡Mucho, mucho!...: ¡me cozta!...: ¡yo también le correzpondo!...

—¡Adiós Currito!...: ¡adiós señor Pedro Antonio!...: ¡adiós señores todos!...: urge el tiempo para mí, y me veo en la necesidad de abandonarles a pesar mío... ¡Hasta mañana que vendremos a relamernos de gusto ante la incomparable destreza del maestro de todos los siglos!...

El matador y sus acompañantes correspondieron al saludo, y unos y otros continuaron por distintas direcciones la interrumpida marcha.

Don Juan Manuel, vestido aquella tarde con igual esmero y *arábigo* gusto que un pollo *bien*, saludó a su esposa usando de melífluas tonalidades y ocultando ruines pensamientos para el porvenir.

¡Qué incomprensible era aquel hombre!...: ¡qué rara psicología la suya!...

Enloquece ante las perfecciones y encantos de su mujer, y no obstante la insulta, la increpa, la desdénia como a la más despreciable de las hetairas... Siente celos de bestia selvática, y sin embargo habla de su esposa con los amigos, como puede hablarse de una entretenida. Le inspira odio Currito, sin que tal odio reconozca otro origen que el puro amor que siente María por el torero famoso...; y a pesar de tan africano aborrecimiento, la entregaría en brazos de su rival, si éste se conformara sólo con compartir los

hechizos de la sacrificada... Al sátiro bajuno, únicamente le aterra la idea de perder por siempre el cuerpo apetecido de la hija de Pedro Antonio...: por lo demás, lo mismo la llevaría a un baile de *seises* a la Catedral sevillana, que a un baile lúbrico en «Los Mascarones»... La apuñalaría si lo abandonara, y en cambio otorgaría el perdón correspondiendo a sus caricias, aunque fuera inmediatamente después de haberla sorprendido en brazos de un amante... Afrodita, era su diosa; para él, todos los deliquios de la carnalidad: ¡con esto ya era bastante!...

—Creo que no he hecho mal en traer dos barreritas, mejor que un palco; porque si bien en éste se luce más, en cambio se aprecian los accidentes de la lidia mucho menos.

María no contestó: un encogimiento de hombros fué toda su respuesta.

—Presumo que mañana vas a pasar una buena tarde, porque la corrida promete ser de las más sensacionales...: ¡Curro, Gallo y Sánchez Megías con mis toros!...: ¡cálculate tú la monstruosidad del cartel!... ¡Ah!...: ¡se me olvidaba decirte que he visto a tu padre y he hablado con él!...

—¡Qué satisfacción más grande la tuya!...: ¿verdad?...

—Mujer, ¿por qué no?...

—¡Porque tú no eres capá de un sentimiento bueno!...

— ¡Qué mal me tratas!... ¿Así pagas mi ciego cariño?... ¡Me estáis desesperando entre todos!... ¡suponéis que el mejor medio para llegar a la feliz resolución de las cuestiones, es usar y abusar de la tremenda!... ¡Torpe yerro; porque vais a conseguir violentarme, que ponga en juego todos mis elementos defensivos, que son muchos, y ese día claudicaréis aunque sea tarde ya!...

— ¡No noz arredraz!...

— ¡Vosotros a mí tampoco!...

— ¡Extraño tu enteresa, dada tu cobardía!...

— ¡Te perdono!...

— ¡Te haz vuelto muy complasientel!...

— ¡No podrás decir que contigo lo he dejado de ser nunca!... ¡y si alguna vez me mostré díscolo sin yo pretenderlo, tú sola has tenido la culpa!...

— ¿Quién duda ezo?...

— ¿No habrá de tu parte mordacidad en el decir?...

— ¿Mordasidad haz dicho?...: ¿cómo ze entiende?...: ¿acazo la mereses?...

— ¡Haz punto y aparte María del Carmen!...

— ¡Como quieraz!...: ¡no tengo gran empeño en continuar!...

— ¡Vaya un modo de expresartel!...: ¿no podría yo tener queja del despectismo con que me tratas?...

— ¡No!...: porque clara fuí ziempre contigo!... De mí no puez esperá máz que dezprecio!...

jerez la única perzona que ha logrado inzpirarme aborresimiento!...

—¡Te empeñas en que riñamos y yo no quiero reñir!...

—¿Reñir tú?... ¡impozible!... ¡para reñir ze nezezita noblesa!...: ¡hay que dar la cara, y ezo no lo hases nunca!... ¡Tú no riñes: asecha para arañar, que no ez lo mizmo!... ¡Erez capá de la má cruel vengansa! ...: ¡de dirigir a los zayone que en tu nombre la ejecuten!...: ¿pero afrontar tú el peligro?...: ¡nunca!... ¡La vengansa ez ziembre ruin!...: pero cuando ze yeva a cabo exponiendo el que la realisa, tiene sierta gayardía, porque ze dá el pecho y, ezto ya ez razgo digno de tenerze en cuenta!... ¡Pero el que ze cubre y paga para que le quiten de enfrente a zu enemigo, eze merese maldisión!... ¡A eztoz último aplaude tú!

Don Juan Manuel se descompuso, pero realizó un esfuerzo y pudo disimular el pánico... ¿Le habrían descubierto su plan contra Curro?...: ¿se habría ido de lengua el «Niño de Utrera»?...: ¿le prepararían a él alguna mala partida?... El miedo se apoderó de aquel corazón corrompido, y el ganadero empezaba a sentir desalientos atormentadores.

—¡Tengo confianza—contestaba a la esposa—de que llegará día en que reconozcas que tu marido no es tan detestable como supones!...: es cuestión de tiempo, y pasado ese tiempo, claudicarás como persona de razón.

Los labios de la esposa dibujaron una mueca de desprecio como respuesta a las irónicas palabras del ganadero... Este comprendió el poco efecto que hizo en María del Carmen el tono de compunción que imprimió a sus palabras de mártir conyugal, y no queriendo insistir en su falso papel de víctima, se despidió de su consorte y seguidamente fue en busca del «Niño de Ultera» para inquirir si algo de extraordinario ocurría en el plan de ejecución convenido entre él y el ex presidiario.

Una hora después, retornaba a su casa tranquilo y seguro de que sus bárbaros proyectos serían fielmente ejecutados.

Aquellas frases de María que parecieron una acusación, eran hijas de la casualidad y no del conocimiento de la proyectada perpetración del delito...

¡Oh, si a la hija de Pedro Antonio hubiérale cabido la más mínima sospecha!...



CAPITULO XII

LA TRAGEDIA

—Mira Carmita:—decía don Juan Manuel a su esposa—cuanto más me ofendas y más condescendiente me veas, más propicia debes estar a reconocer tus injusticias... Dejemos la fiesta en paz, que hoy es día de jolgorio y vamos a que se expande el ánimo... Almorzaremos tempranito, para que te atavies todo lo castizamente que yo deseo; pues no quiero que a la Plaza vayas en forma que desdiga de mi alcurnia y de tu hermosura.

—¡Tengo más ilusión que tú en presenciar la corrida de esta tarde! ¡dezcuida que no zere perezoza para acudir a eya!...

—¡Me alegro, porque hoy se han de ver cosas buenas!...

—¡Eztá él!...

—¡Por eso lo digo!...

El ganadaro se sentó a la mesa, almorzando con un apetito voraz... Así era el corrompido corazón de aquel hombre cruel por temperamento...

María del Carmen comió muy frugalmente, pues barruntaba sin saber por qué, cosas graves para ella.

Una vez terminado el almuerzo, la hija de Pedro Antonio se retiró a sus habitaciones para dar principio a su tocado, y don Juan Manuel penetró en su despacho encendiendo un «carucho» mientras daba paseos de un lado a otro de la estancia inquieto y pensativo.

El magnífico auto «Hispano Suizo» lindamente adornado con gran cantidad de flores y un rico pañolón de Manila, esperaba en la puerta.

Siete meses habían transcurrido desde aquella inolvidable noche en que Currito dejó lágrimas al pie de una ventana. Siete meses sin que el entristecido mozo volviera a ver a la que supo adueñarse de su corazón...

—¿Le había olvidado?...—así se interrogaba siempre desde aquel amargo día en que el correo puso en sus manos la horrible prueba de su desdicha...

El verdadero amor no muere nunca...: por eso Currito Ramírez que era el suspirado de todas, a ninguna hizo caso, porque se moría por Car-

mela; por su Carmeliya «que lo había dejao pa cazarze con otro».

¡Cuántos dolores sufridos por aquella mujer!... ¡Lo tenía loco!...: loco de pena, y sin embargo lo que él interpretaba como desengaños, no eran más que aflicciones para la «ingrata»...

La corrida constituía un verdadero acontecimiento... Las taquillas asemejaban veneros de plata acuñada... Medio Sevilla estaba en el coso, y el otro medio en la calle, tumultuario y casi agresivo, al verse imposibilitado para presenciar su fiesta favorita. Tales eran las ansias de los aficionados por volver a ver al ídolo, después de los ruidosos éxitos de Méjico, que costó trabajo contener a la gente y convencerla de que, no era la plaza de fábrica elástica ni de una amplitud indeterminada, para que pudiera dar cabida a todos los deseosos de la población. Igual; exactamente igual a lo que había ocurrido en la Plaza americana el día del debut de Currito.

La reventa adquirió precios verdaderamente escandalosos, lo cual significaba para los agiotistas una jugada de bolsa sin anteriores ni ulteriores riesgos. Era cosa sabida el éxito, y pudieron *abarrotarse fuera de cacho*.

La tarde presentábase deliciosamente espléndida... Ese sol sevillano que parece el rey de los soles, lucía con todo su poder luminoso y cálido como queriendo contribuir a la mayor brillantez del espectáculo... Peinetas de teja y pañolones

de Manila convertidos en jardines de *la tierra*;... el cascabeleo de los caballos con borlajes abigarrados;... las típicas calesas con potros a la jerezana y repletas de mujeres indumentadas manolescamente;... el público de *pátibus* andando, reidor, alegre, dicharachero, sin miedo a los caliginosos rayos del astro rutilante; con sus paquetitos de fiambres, sus roscas y sus botellas —cuando hay *pasta* para estos golosos menesteres—y sin golosos menesteres, cuando no hay *pasta* para adquirirlos;... el vocear, los piropos y los desplantes;... la Guardia civil de a caballo recorriendo la línea para mantener el orden de personas y vehículos;... el paso del picador que, sobre el escuálido jamelgo y llevando a la grupa el *mono sabio*, aprieta entre sus dientes el cigarro puro dirigiéndose a la Plaza en busca de cabezadas y revolcones;... los carruajes de las cuadrillas ahitos de plata, de sedas y de colores;... el *landeau* presidencial, portador del enchisterado usía; y toda esa amalgama, en fin, de gentes y de cosas; esa heterogeneidad en la visión, que sabe a tientos, a manzanilla y a repiqueteo de postizas, discurre como río desbordado, arrollador, hasta las puertas del circo, para precipitarse clamoroso en la vorágine que lo absorbe sedienta de carne humana...

Sombra y sol se convierten en una compacta masa de seres que se chocan, que se interceptan, que se apretujan sin compasión, haciendo a veces surgir la protesta airada y a veces razonadora...

—¡Oiga, zeñó:...! ¿me jase la mersé e dejá laz manita quieta, que yo no he venío a la Plasa pa que me dén mazaje?...

—¡Perdone!: ¡no me había fijado!...

—¿A que le vo a mentar azté a toz zu muerto, como no deje de urgarme con eze peaso e pata que Dio l'adao y que paese tarmente un... *¡tío paze m'osté er río!*

—¡A mí me v'amentar ozté, er guantaso que le meto en la *fila*, en cuantito que jable una palabrita má!...

—¡A mí ozté un guantaso?... ¡la mare que l'emboteyó azté!...: ¿y cómo ze jase ezo?...

¡Pif!... ¡Paf!...

—¡A la carse con eze tío!...: ¡azín no ze pega a loz home!...

—¡Guardia!...

—¡Quieto, Maolito!...

—¡Colá, por la Virgen!...: ¡ten zereniá!...

—¿Zereniá, dempué d'un tortaso?...

—¡No;... c'an zío do!...: ¡pero má pazó Nuestro Zeñó en la Crú por nuzotrol...

—¡Zentarzeeee!...

—¡Abra ozté má boca, compare!...: ¡ezo paese una juronera!...

—¿Y azté qué l'importa?...

—¡A cayá jan tocao, o l'endiño azté tela!...

—¿A mí?... ¿ozté a mí?...

—¿Qué te paza Peluzita?

—¡Na, home, ná!...; ¡eze chavó er bigote que

paese c'a comío *caramale* en zu tinta y no z'a limpiao er josicol!... ¡Mardita zea!...: ¡qué mar parto tuvo zu mare!...: ¡Que me va a endiñá tela!... ¡A mí me va a endiñá ozté laz narise en loz miz-mízimo carsonel!...: ¡chulo!...: ¡mala zombra!...: ¡mardita zea, home, y en qué malita hora he venío a poneme a la vera d'ezte tío jezтираo a máquina!... ¿Poz y la cacatúa e zeñora que yeva ar lao?...: ¡quería yamá a la guardia!...: ¡Lo que debía yamá aprizita é a un domao e fieral!...: ¡Me paese qué pizao en mala jierba y no tocao jierro!...: ¡La corría va a zé pa mí una corría en pelo!...; ¡mi mare, con la tar-desital!...

—¡Zentarzeeee!...

—¡Agua!...: ¡Agua frezquita como la niève!...: ¡quién quíe agua!...

—¡Aquí no zemo rana!... ¿zabe tú, niño?...

—¡Ez una grasia con mú mal'angel!...

—¡Pazaol!...: ¡pazaíto, calentito!...

—¡Oiga ozté, zo zinvergüensa!...: ¡como a mí me yegue a magreá má, le zuerto una chuleta, que to er güezo lo va a tirá ozté po la boca!...

—¿Pero qué t'ha jecho este *Mari-Pepa*?...: ¡zo cara e fueye!...: ¡como le urgue ozté a la niña, le urgo yo azté jazta lo má negro er zótano!...: ¿ez-tamo?...

—¿A mí ma va ozté a urgá?... ¿ez que a c'a uno no ze le pué dí la mano pa cualziquié lao, zin intensión e pecá?...

- ¡Límpieze ozté, zo babozo!...
- ¡Torta e manteca resién zalísta del jor-
no!...: ¡quién quié torta!...
- ¡Me paese a mí c'arguno ze va a tragá una
osena!...
- ¡Paese que la gente toa viene con gana e
tronío!...
- ¡Ezo e güeno!...: ¡jay que moverze!...
- Con que un peyizquito, ¿eh?...: ¿ande, ande
daría ozté a mi niña un peyizquito?...: ¡Lo que
yo le pego a'zté é un puñetaso en la caesa, que
luego le van a tené que zacá la bimba con mala-
cate y los zezo en una jezpuerta!... ¡largo ya a
ve cómo anda er patio!...: ¡zo jilacho!...
- ¡Perdone!...: ¡yo creí!...
- ¡Ozté creyó, zo ezmayao, que a mi niña le
jasían grasia loz micol!...: ¿no e ezo?...!
- ¡Que ze cayen!...
- ¡No me da la gana!...: ¡Y como siga ozté
jablando, le vo a meté azté maera pa que ze raz-
que un rato!...
- Zentarzeeee!...
- ¡Ya eztán ahí!...: ¡Ya eztán ahí!...
- ¿Quién?...!
- ¿Quién va a zé zo mala zombra?...: ¿no
lo ve?...!
- ¡Zí, zí!...
- ¡Currito, e carmezín y oro...: er Gayo, de
verde y prata; y de negro y asú, Zanche Me-
jía! ¡Camará, vaya un carté!...
- ¿Me da un fraguito, home?... ¡De l'alegría

que m'antrao por tor cuerpo, no me pué pazá la zaliva er gañote!...

—¡Música!...: ¡Música!...

—¡Zeño Preziente: guardozté la chiztera pa la reería!...

—¡Música!...: ¡Música!..

Saluda el usía; hace la señal; el público aplaude, y se oye un pasodoble chulón que sabe a majeza, a pasiones, a jerez y a manzanilla: rara mezcolanza de sangre y amores.

Sugestionante cuadro presenta la Plaza llena de luz y de encanto: de alegría desbordada y de belleza inimitable.

Flamear de mantillas alberas, cuyo insistente estremecimiento de finos encajes, parece batir de alas sobre hechiceros rostros de mujeres descollantes de lujo y de belleza, como favoritas de harem. Sobre las sedíferas cascadas de sus cabellos, se posan con sugestivo desmayo vistosos grumos de claveles blancos, gualdos y rojos, mordiendo también las aromosas flores, esas otras flores más delicadas, más suspiradas, más adorables: las nacarinas flores que encierra el marfileño busto de la mujer.

Las madroñeras, como aterciopelada red que aprisiona la faz de las sirenas terrenales, las hace más atrayentes, más brujas, más ideales y bellas.

La garrida hembra de alma entera y corazón de niña, hace más ostensibles sus tesoros y su majeza, envuelta en su rico pañolón de Manila, cuyos flecos torturadores presan entre sus hila-

bres, la voluntad ardiente del gachó de sus quereres.

La mujer con todas sus melodías, con todos sus encantos y sus fragancias, dando color y vida a la llenéz ahita de palcos y sillones; barreras y andanadas; despertando los grandes entusiasmos, con las santas emociones de su alma.

Espectáculo maravilloso; sublimes pinceladas de lo real; matiz inapreciado para el que ni ve la belleza, ni goza de lo emocional, ni respira el ambiente de embriagadoras fragancias que sólo se disfrutan en las tardes espléndidas, en los cosos taurinos y bajo este cielo único; bajo este impoluto y cristalino cielo español.

La manzanilla corriendo a raudales; el jerez, como líquido ámbar, besando sobre el coral de los labios femeninos para bañar las perlas de sus dientes e internarse después por las venas, en busca del corazón que agradece al fin sus caliginosos besos de amor.

El creciente anhelo de la muchedumbre, el aborreo de las masas vibrantes, el vocear del vendedor, la alegría, la discusión, el choque, todas esas manifestaciones propias del temperamento impresionable, apasionado, decidido de nuestra raza, dan vigor al ambiente y hacen crecer la originalidad en oleadas de sensación momentánea y sincera.

Hay en esta fiesta netamente española una dosis tal de virilismo, de poder y de arrogancia, que no es adaptable al temperamento de otros

pueblos; por eso sólo sabe latir en el corazón español; por eso sólo la mantiene el arrojo, la pujanza de los hijos de este pueblo; por eso sólo crece a impulsos del alma rectilínea de esta España nuestra, inimitable e inimitada.

Dentro de esos anfiteatros donde se derrocha el valor, donde se desafía a la muerte, donde se desprecia el vivir, no se ve ni el más leve gesto de flaqueza...: todo es fuerte, viril, hombruno. Y esto, por nada ni por nadie puede negarse, como nosotros podríamos negar los depresivos conceptos que merece nuestra fiesta a la extraña opinión, menos cuidadosa de sus propios prestigios, que de lanzar torpes inculpaciones contra los prestigios ajenos.

.

Se hace la señal: avanzan los Alguacilillos y el público los acoge con manifestaciones de alegría.

Erguidos, hábiles, tensas las riendas para templar el paso de sus caballos, los jinetes llegan bajo el palco presidencial y saludan reverentes.

Corren las espuelas sobre los hijares; quedan en corbetas los trotones, y antes de que éstos dejen de apoyarse en los cuartos traseros, la rienda les hace girar diestramente y en opuesta dirección galopan en derredor del anillo, hasta ir de nuevo hacia el portalón de salida donde las cuadrillas esperan para el desfile.

Una tempestad de aplausos acoge la aparición de la lucida hueste. El público en pie, ovaciona

de un modo delirante a Curríto Ramírez que emocionado se descubre para agradecer aquel general testimonio de simpatía. El sol ríela sobre el oro, las piedras, las sedas de los lidiadores y los centelleos que aureolean a la brava gente, hace crecer el efecto, el mágico encanto de aquel conjunto de seres que, como fuentes de luz, marchan valientes y animosos hacia el feliz resultado de su difícil misión, o a hundirse por siempre en las sombras de ese caos que jamás sus presas devuelve.

La música, el clamor, el aplauso, el entusiasmo, invaden todos los ámbitos de la Plaza; y como en marcha triunfal, como figuras de tropa gladiatoria, cruzan el ruedo las cuadrillas.

Ocupando un asiento de barrera, hay una mujer que, más que mujer, asemeja una diosa pagana.

Alta peina de finísima concha mantiene airosa la toca de madroños que descansa sobre la cabellera endrina, y besa el rostro de belleza infinita; al diestro lado de la peina, un ramo de encendidos geranios, destaca más su vivo color al contrastar con las nocturnas sombras de sus rizos y de sus ojos. Su cuerpo siluetado por los ceñimientos de un vestido de seda roja, tan roja como la flor de sus labios, déjase adivinar por entre la trama de la afelpada red que lo encubre. El busto de aquella hembra deliciosa, produce dementes delirios ante el acusador escote que enmarca el inapreciable tesoro de sus carnes na-

carinas, a las que envidia el ramo de claveles blancos que prende sobre el mismo lado donde palpita un corazón que sufre y ama.

De aquel rostro angelical han huído las rosas alejandrinas, y ahora cúbrelo una soñadora palidez de harem y de mujer española.

Era María; María del Carmen, que al lado de su esposo disimulaba el odio y el querer.

Látele la entraña con inusitadas palpitaciones con sólo pensar que han de verlo de nuevo sus ojos ..

En aquellos momentos de estáticos recuerdos, rompe su abstracción ese clamor de impaciente muchedumbre que se agita cuando mira al fin el logro de sus ansias...

Acaban de aparecer las cuadrillas bajo el embovedado de salida...

La esposa de Cubero respira anhelante...: su boca sonríe deseosa, y no sabríamos decir si su sonrisa era de amor o de muerte...

María sintió algo anodino con el consuelo de volverlo a ver... Ver de nuevo aquel hombre que le hizo despertar las más locas ilusiones, era un sedante que calmaría el dolor... Pero si el dolor habíase de mitigar ante la contemplación del ser idolatrado, ¿por qué su mirada es triste?...: ¿Acaso presagia nuevas amarguras para su alma?...

Hay estados que desconciertan las situaciones, y en uno de esos estados encontrábase la hija de Pedro Antonio... Quería aparecer indiferente

como altiva defensa de esposa casta; pero la extrema potencia física, perdía bríos ante las conmovedoras sensaciones de su espíritu...

Cuando el movimiento de expectación hizo conocer a María del Carmen que el instante se aproximaba, sus ojos ávidos claváronse allí; en aquellos abiertos portalones donde habíase fijado la pública mirada.

El había llegado...: ella le miró ansiosa mientras que su boca dibujaba un rictus de desdén para el odiable esposo, como jurada promesa de renunciamiento, de abandono.

Currito inspirábale desbordadora fascinación... veíalo con el lujoso capote blanco y oro pendiente de su hombro izquierdo; con su figura de atrauyente arrogancia; con su faz simpática y jocunda; sonriente, rodeado de sus íntimos, que no quieren abandonarlo hasta el último instante... lo atisbaba como ansiándolo devorar con todo el fuego de sus incopiables ojos, ya que supo hacerse objeto de sus sueños de ventura.

Currito, en medio de la futilidad halagadora, sonriendo, saludando con todo lo proteico de esas cortesés habilidades tenidas para quienes en la superficialidad de los afectos, discuten el instante de compartir con el diestro, no por lo que el diestro fué, sino por lo que el diestro representa.

Allí estaba su Curro, y ella dejó correr las lágrimas que rodaron silenciosas por sus mejillas.

Y le vió ceñirse el capote; estrechar manos amigas en prueba de afecto, y como saludo de despedida...: lo vió cuadrado a la cabeza de sus peones; con toda la arrogancia de su jocunda figura, mientras llevaba la diestra a la montera para mejor apretujarla sobre la frente, y pisar luego el anillo en paseo triunfal, escalofriante, conmovedor.

Surgió el aplauso frenético, y aquellas manifestaciones de entusiasmo a él tributadas, a ella le sabían a mieles; escuchando la ovación estruendosa, como si prodigada fuera en favor de quien tan hondamente la sentía.

Habían llegado las cuadrillas frente a la Presidencia, y después del saludo, Currito había lanzado su seda ahita de piedras y oro, a los tableros del uno, donde tenían asiento sus más incondicionales.

Ese tropel de peones y ginetes que se entremezclan unos instantes apenas deshecha la formación, arremolinábase junto a la valla.

—¡Curro!—dijo «Penitas» a su maestro—¿haz vizto a María er Carme?...

—¿A María er Carme?... ¡no... no!...:—contestó maquinalmente el interrogado, mientras que un escalofrío recorría su cuerpo presa de dolorosas sensaciones.

—¡Pue no zará poique eya no te mira con afición!...—replicó «Penitas».

—¿Verdá ezo?...

—¿Cómo?...: ¡fíjate y lo verál...; ¡está bebien-

do tu *fila*, como zi eztuviera la niña jasiendo penitensia a loz pie e Dio.!...

Curro con disimulo paseó la mirada por la barrera, mientras se preguntaba ansioso: ¿dónde está que no la veo?...: ¡Dio mío; deja Tú que yo la contemple un minuto ziquiera, y quítame luego la víal...: ¿Dónde eztá Carmela?...: ¿dónde eztá?...

De pronto una faz angustiosa y unos ojos apasionados, le hicieron estremecer.

—¡Ella...: ¡ella!...: ¡y la veo mu pálida y triztel...: ¡mu pálida y trizte, y má hermoza que nunca!...: ¡Dio te perdone, mujé, to er daño que me haz hecho!...: ¡Me paece que yora!... ¡yora, zí!...: ¿y por qué?...

Don Juan Manuel; aquel ogro que debió hacer de la unión con María un interminable epitalamio de venturas, no supo o no quiso quemar incienso en el ara incruenta, y siguió engolfándose con sus amigos en aquella vida de escándalo y orgía que conduce a la fatídica sala del presidio o a la contaminación nauseabunda del prostíbulo... Odiaba el recato, porque rufián, amaba la desnudez... Era para él sosa, demasiado natural la mujer honrada... Su depravación exigía las evocaciones de un vivir libertino; de un vivir de prosaico abandono de aquellos cuerpos rendidos, para escanciar los excitantes en el provecto vaso preferido... Tales aberraciones, eran en él una necesidad imperiosa por la propia perversión aspirada entre humos cálidos, entre mujer-

zuelas célebres por su desvergüenza, entre el rebullir y el palmotear de esos antros de lujuria y bárbara bajeza, que como gestos tradicionales de su íntima historia, lo apresaron sin que le zafara, sin que le disuadiera el bochorno de su conaturalísima felonía... Su conciencia oculta en el lóbrego encierro de su conducta miserable, iba siendo conocida de todos, y merecía, pues, los juicios severos de la sociedad que le repugnaba y repelía... No es de extrañar, que aquella tarde lo veamos víctima del desprecio irritante de que le hacían objeto mujeres blandas y hombres fátuos; que el aislamiento, el vacío creciera en su derredor, y que él por despecho, dirigiera miradas hoscas en contra de quienes enarbolaban el cuchillo hiriente del desdén... Su figura de inaguantable petulancia, arrellanábase en el asiento soportando estoicamente lo que en otro más honrado hubiese sido capaz de influir en su ánimo para arrastrarlo a la locura...

María, taciturna, muy olvidadiza y hasta descuidada, entregábase al dolor con gestos lacrimosos. Veíase impelida por una fuerza que la insensibilizaba para la acción del fingir, matando su poderosa voluntad.

No era bien que una mujer desnudase su pecho para dar a conocer donde su verdadera fortaleza radiaba; y sin embargo, no podía ocultar lo que creyó ofensivo para su castidad, ni por ello el esposo hizo demasiado caso del trazo que adoptó su costilla... Se daba cuenta de su desai-

rada situación ante el público; se quedó refunfuñando algunos instantes, acabando por suavizar sus intenciones hasta recobrarse totalmente... ¡Qué le importaba a él la crítica!...

La trama infame contra Curro era toda su preocupación...

Receló un momento...; pero no...: tenía seguridad de vencer...: una voz secreta, le gritaba que triunfaría de aquel que logró despertar sus odios...

.

Cesa la música; todo el mundo ocupa sus asientos; el público de las andanadas va acomodándose como mejor puede; el toque de clarín da al viento su sonido estridente, y se abre el toril para dar suelta al primero de la tarde. Nervioso se revuelve al oír cerrar el pesado portón; y metiendo la cabeza con codicia, derrota sobre las tablas a las que hace crujir, para luego fijarse en los espectadores retándolos con mirada sangrienta y desafiadora.

Un clamor se extiende por la Plaza. Aquel toro quiere pelea.

El «Niño de Triana» sale al encuentro de la fiera, y cuando se precipita sobre el peón, éste, mete el trapo rojo en la misma cara, corriendo al bicho por derecho.

Otro capotazo de «Pinturas»; otro más de «Penitas», y se oye la voz de Curro que grita a los peones:

—¡Basta!...: ¡t'or mundo a un lao!...

La gente obedece, y el público guarda un silencio religioso.

Sale el diestro a los medios; el toro le atisba, dejándolo llegar sin hacer por él. Entonces Currito cuadra gallardamente a dos pasos de la res, y abriéndose de capa espera la acometida. El bicho, receloso, queda fijo en el trapo como para enterarse de lo que es aquello, y de pronto se arranca con feroz empuje haciendo que aparezca el macareno magistral, el grande, el incopiable.

Una de esas faenas emocionantes, indescriptibles, suyas, pone al público en pie...: *las parmas jumean y jasta er zo ze ríe e guzto*... La ovación se prolonga con estruendoso clamoreo; como rugido de tempestad, como retableteo de tronada, como algo que emociona y marea.

María del Carmen se estremece, y en el fondo de su corazón surge la dicha...: la dicha pasajera, pero que sabe a dulzores ambrosiacos después de haber saboreado retamosas amarguras... ¡Cuánto la seducen aquellos trasportes de público entusiasmo!...

Currito saluda desde los medios a la muchedumbre que le aclama, teniendo a su espalda al toro, que jadea sudoroso, humeante, rendido, ante la prepotente acción de tanta destreza.

Entran en juego los de tanda. Hay garrochazos soberanos en todo lo alto; vuelcos estrepitosos; quites estupendos; pero lo que lleva

al público a la locura, es el que hace Curro derrochando arte y *guapeza*.

Había caído al descubierto el picador «Vivales» después de una buena vara... El toro metió la cabeza sobre el cuerpo del garrochista indefenso, hociqueándolo codicioso y fiero, y al irle a recoger con las defensas, Curro tira al suelo el capote, se precipita sobre el apéndice que culebrea nervioso, y afianzándolo con ambas manos, colea al toro que se revuelve con creciente irritabilidad, dando comienzo el pugilato entre el hombre y la fiera... El diestro se ha pegado a los costillares, y ruedan aquellos cuerpos como en alas de un torbellino... De pronto el espada suelta del rabo la mano derecha para con ella afianzar un pitón, y así continúa aquel vórtice tremendo hasta que mareada la fiera cesa en su empeño de recorrer...: entonces Curro se desprende de los temibles asideros; pone una mano sobre el testuz de pelo rizado, mientras que con la otra se quita la montera, y, sonriente, pasivo, trágico, saluda al público que se desborda en febril entusiasmo...

Cuando se dirige a las tablas para de nuevo recoger el capote que «Pinturas» ha colgado de ellas, mira recatado y su mirada entrechoca con el fuego de unos ojos amantes, surgiendo la chispa, que como magnética corriente, vibra sobre dos corazones atormentados...

Continúa la lidia, y con la lidia acrece el entusiasmo...

Cambia el tercio: el torero que no olvida que está en Sevilla, en Sevilla ella, y ella allí, suelta otra vez el capote; coge los rehiletes de manos del «Niño de Triana», y dirigiéndose a las localidades que ocupan María del Carmen y el ganadero, se descubre y dice a éste con marcada intención:

— ¡D. Juan Manué: le he ofresío a uzté *doz palo*, y ezto do van por uzté!...

Se hizo más intensa la blancura nacarina de María, y de su mirada emanó el terror... Había entendido bien el significado de aquellas palabras; de aquel brindis de muerte...

El viejo se estremeció de miedo. Las frases de Currito llegaron hasta el menguado como una provocación que heló la sangre en sus venas, pero pudo disimular al fin; y quitándose el sombrero de anchas alas para atender el brindis, contestó:

— ¡Vamos a ver cómo sale eso...: siempre espero cosas grandes de tí!...

— ¡Pero como ésta, ninguna! —contestó Curro; y se fué en busca de la fiera con la natural arrogancia de su figura acabada, limpiándose con el pañuelo su rostro sudoroso.

Cuadró en los medios, y citó valiente acudiéndole el toro con arremetida briosa.

Inenarrable trabajo entre la habilidad y la ira; entre el valor consciente y el coraje irracional.

El formidable banderillero, evitaba los hachazos con la cadera, con los rehiletes, con hábiles

quiebro de su cuerpo flexible y escapadizo... La res se enfurecía más y más...

Currito fué al encuentro del toro; levantó los brazos; y al hacer la reunión, señaló un par estupendo para llevarse otra vez las banderillas... Corriendo al toro por derecho, marcábale la salida con el pie izquierdo unas veces, y con el derecho otras, obligando a la res a derrotar en constante engaño e infructuoso cabeceo... Por fin, corriendo hacia las tablas, paró de pronto y con un grito de... ¡quietoooo!..., hizo que el toro cuadrara a su vez como si éste entendiera de mandatos. Los espectadores enronquecían de entusiasmo; el mozo retrocedió unos cuantos metros, unió los pies, mientras que los brazos se elevaban de nuevo para alegrar al bicho...

—¡Miraaa!... ¡toroooo!...

El de Cubero quedó encampanado y atento al diestro...: Entonces Curro, con movimiento rápido y retador, dió un pequeño salto para hacerse más visible a su enemigo... No enterado bien el cornúpeto de lo que significaba aquel reto, no quiso acudir; y entonces el espada, con paso reposado, el cuerpo en perfecta perpendicular y los brazos en cruz, se fué hacia él haciendo evolucionar los rehiletes de arriba a abajo, hasta que el bicho arrancó fuerte creyendo segura la presa...

Paró el macareno esperando la acometida con escalofriante pasividad, y cuando el toro inclinó el testuz para recoger, la cintura del diestro con-

torsionó con flexuosidades crotalinas, los brazos marcaron aquellos mismos movimientos, y clavó los palos en todo lo alto saliendo el toro rebrincado de la suerte.

—¡Oleeé!...

—¡Azí ze torea!...

—¡Eze e Curro!...

—¡Aprendé, maletaz!...

—¡Bendita zea la mare que te parió!...

—¡Ezo e coraje!...

—¡Viva la Macarena!...

Estas y otras voces por el estilo, escuchábanse por entre una verdadera tempestad de aplausos.

Se retiró Curro a las tablas; y después de una reverencia hecha a D. Juan Manuel, tuvo que salir a los medios repetidas veces para saludar desde allí a sus paisanos.

La gente del espada completó el tercio y llegó la hora suprema.

El «Canela» entregó muleta y estoque al maestro, y éste fuese en derecha al palco presidencial.

Descansando sobre la cadera izquierda los avíos de matar; manteniendo en la diestra la montera; enarcando el cuerpo hacia atrás y con la mirada puesta en el Presidente que descúbrese a su vez para escuchar el brindis de ritual, dice el diestro estas palabras:

—¡Zañó Prezidente: como Arcarde honrao de mi hermoza Zeviya y como zeviyano entuzias-

ta e la tierra, va por uzía la muerte de ezte toro!....

Dicho esto, Currito marcha en busca de su enemigo al que encuentra a la querencia de las tablas y con deseos de recoger.

Después de mandar que se retire la gente, llega a la cara del toro; le tiende la muleta; y derrochando riñones, arte y gracia, da comienzo a una de esas faenas que por sí solas hacen inolvidable una corrida.

Pases de todas marcas; artísticos; emocionantes; clásicamente rematados.

Muletea de rodillas; sentado en el estribo; con afianzamiento de pitones, vueltas de espaldas, pasaditas de pañuelo y toques de testuz, pero verdad todo; todo esto, más metido en la cuna que un niño de pecho.

La faena es coreada con ¡olés!, y cada muletazo de Currito produce delirio.

Quiere el espada entrar a matar, y el público no le deja.

—¡No; todavía no!...

—¡Torea má!...

—¡Queremo vertel!...

—¡No noz jagaz bajá e la groria tan pronto!...

—¡Olé lo jombre e veral!...

—¡Eze é er niño!...

—¡Bien!... ¡Olé!...

—¡Que viva Zeviyal!...

Y sigue toreando entre ensordecadores aplausos; rugidos de la fiera; apagado siseo de caireles;

luz, alegría, entusiasmo, sonrisas femeninas y jalear hombruno...: Sigue toreando ante la mágica visión de blancas mantillas y negras madroñeras: de ojos gitanos y de ojos de cielo: ante la mágica visión de flores delicadas de Manila y flores perfumadas de maceta: ante mujeres aromosas de mirar fendiente, y cálidas rojeces de ensangrentada arena...

Sigue toreando sabio y fiero, hasta que por fin la bestia se detiene jadeante; y él, que también jadea, cuadra, lía, y metiendo el pie con ganas, larga una estocada en todo lo alto que hace rodar al toro sin puntilla.

El entusiasmo rebasa los límites de lo conocido: al anillo caen sombreros, tabacos y americanas, entre tanto que los más decidores o los más amigos, saltan a la arena, se apoderan del diestro, y elevándolo sobre los hombros, lo pasean en triunfo por el redondel.

Allá arriba, en las barreras, en los tendidos, en los palcos, el clamoreo y las palmas forman un todo ensordecedor, como delirio de mentes locas.

La guardia civil tiene que intervenir para despejar el ruedo, y Curro al fin, se ve libre de tan *macerantes* entusiasmos, aunque la ovación sigue imponente y estruendosa.

Currito recibió testimonios de admiración hasta de sus mismos compañeros, y tales pruebas de afecto, llegaron a emocionarle profundamente.

En el rostro de María alardeaba un gesto mezcla de dolor y de placer.

Aquellas merecidas glorias transformaban a la languorosa amante en mujer feliz, aunque era una felicidad fugaz; porque sus destellos radiaban con resplandores débiles, ya que tales destellos eran ateniéndose a su estado de honda congoja.

El insistente anacronismo que le imbuía a pensar en cosas que hacen acrecer las torturas de esta mísera vida que conocemos, martirizábanla ahora con más piadosa levedad.

No había en ella conexión ni en el juzgar ni en el sentir; toda vez que el dolor la empujaba a un estado tal de inconsciencia, que a veces del más interesante episodio hacia una cosa frívola, mientras que otras, en medio de la superfluidad, aspiraba un vaho de abismo por el que creía rodar con una velocidad de vértigo hasta hundirse allá en el fondo sin fin; en el fondo sin fin del misterio...

¿Todo esto era propio de María?...: No: no era propio de ella...; pero desde que probó el regusto amargo de una ilusión perdida; desde que el destino destrozara dos corazones y ella se diera cuenta de que los había separado para siempre; desde que la masa leuda empezó a urdir y a preparar un invencible deseo de venganza, María perdió la serenidad, haciendo las cosas desorbitadamente; sin preparación; sin pensar en que el monstruo de ciego sensualismo que vivía a su lado, encresparíase por fin, precipitando el

acto que había de darle muy cumplida su represalia...

.....

Siguió la lidia...

Currito descansaba sentado en el estribo de la barrera...

Fueron arrastrados el segundo y tercero de la tarde, y llegó la hora de horrible emoción...

El cuarto toro; aquel maldito toro que respondía por «Desavío»; que tan mal rato diera a «Toñito» el día de la tienta en la Dehesa de Cubero y que, gracias al arrojo de Pedro Antonio no *jiso una esaborisión*, saltó a la arena...

Desde los primeros momentos, presentóse malicioso y con ganas de recoger...

—¡Ojo niño!...—dijo Curro a su gente apenas observó las intenciones del hermoso bicho.

—¡Mucho cuidao con eze toro, que ze trae muy malita ideal...: ¡tú, «Pinturas»; zaca ar bicho de la querensia del chiquero, pero mucho cuidao con é por que va acortarte los terrenol...: ¡Vamool!...

El peón obedeció, saliendo con buenos pies: pero en cuanto hizo uso del capote elevando el brazo para alegrar a la fiera, ésta se fué hacia el lidiador sin admitir el engaño... Ya próximo a la valla, el toro le adelantó en el viaje; y enfrontilando aparatosamente, lo lanzó a una altura considerable para meterlo en el callejón, sin más daño por fortuna que el natural condolimiento del contronazo y de la caída.

—¡Duro con é, «Penital»...: ¡tú, «Niño»; yá-male por la izquierda!...: ¡no hay que dejá que z'enfríe er toro!... ¡«Carselero», no recorte ar bicho, porque te doy un dizguzto zeriol...: ¡córrelo por derecho!...: ¡Azí!...: ¡bueno eztá ya!...: ¡fuera to er mundo!...: ¡fuera he dicho!...

Currito se fué hacia «Desavío»; lo recogió de capa; y si posible hubiese sido mejorar la faena realizada en su toro anterior, nunca como entonces habríase probado hasta qué extremo puede un diestro burlar la fiereza de un toro, y de un toro como aquel, que ni acudía al engaño, ni estaba pronto, ni admitía primores, más que por la prepotente habilidad del arte de su burlador...

Y crecía el entusiasmo y la admiración hacia el niño de Rosarito...

—¡Vamo!—gritaba el formidable diestro—. ¡Venga toro pronto!...: ¡tráetelo p'acá «Carselero!»...: ¡venga toro a loz cabayol!...: ¡quieto, «Pintura»!...: «¡Penita», quítate de ahí!... ¿no ve que er bicho eztá contigo y no ze pone en zuerte?...: ¡toooooo!... ¡ah!...: ¡ah!...: ¡ah!...: ¡Ya eztá buenol!...: ¡déjalo!...: ¡bueno eztá ya!...

De tanda «El Matute», embrazó la vara con fuerza así que estuvo «Desavío» frente al caballo...

El picador arrojó el castoreño a los pies del toro, y éste se arrancó en tremenda acometida...

—¡Duroooo!—gritó Curro al mismo tiempo. «El Matute» esperó el encontronazo con ver-

dadero desnudo, recargando en la vara de un modo colosal.

Las astas, sepultas en el vientre del caballo, rasgaron con fiereza los tejidos, saliendo los humeantes intestinos como crócalos violados que se escaparan de encendida madriguera...

Ginete y caballo vinieron al suelo estrepitosamente, y allí, entre oleadas de sangre y de despojos, la enfurecida bestia se ensañaba más y más, corneando, destruyendo con toda la crueldad inconsciente del irracionalismo, aquella carne cálida que le excitaba la ira, como si la carne fuera la causa del dolor que le produjo el cortante hierro.

El intrépido espada llamó la atención al toro para que éste cesara en su bárbara faena, y al despegarse la fiera del yacente jamelgo, quedó mirando a Curruto desafiadora, temible, irritada.

Alta la cerviz; los ojos encendidos; la trompa babeante; la cara como cubierta con trágico antifaz, mitad rojo por la sangre del caballo sacrificado, mitad de un amarillo verdinegro de los despojos que a hocicadas rompiera al desprenderse aquéllos del vientre desgarrado: Alta la cerviz; berreando de dolor y de ira; la rosada lengua saliendo inquieta por entre los húmedos belfos; bañado el lomo con el hirviente líquido del vivir, que brota como rojo manantial de la terrible herida abierta por la cortante puya destructora, el bravo animal levanta con las patas nubes de arena, y pidiendo pelea, embiste codicioso a «Brazo

Duro», a quien también derriba con estruendo...

Hasta ¡¡diecisiete varas!! toma «Desavío», dejando ¡¡once jacos!! para el arrastre...

Se cambia el tercio, y «Carcelero» y «Penitas» son los encargados de adornar el morrillo al animal; tarea nada fácil para hecha en aquel toro...

—¡Mucho cuidao, pue ya eztai viendo uztede que er bicho ze trae mucho jumo metío en la cabeza y tie gana de agarrá!—dijo Curro a los pa-readores.—¡A meté loz braso pronto, apretando mucho y dándole a loz pie e veral...

Y el matador se fué al estribo a esperar la hora del último tercio...

Citó «Carcelero»; y al arrancarse el bicho, se fué hacia él con más velocidad que un tren expreso, metiendo los brazos con guapeza y saliendo enganchado al hacer la reunión. Fué una cogida aparatosa; pero gracias a la oportunidad del «Gallo» al efectuar el quite, el banderillero no sufrió más que un puntazo leve en la pierna izquierda.

Entró «Penitas» valiente y decidido, agarrando los altos con derroche de valor... «Carcelero» que no quiso retirarse, repitió con otro castigando mucho; pero ambos peones se vieron apuradísimos para salir del embroque, a pesar de ser rehileteros formidables y ejercer de Providencia nada menos que el sublime Calvo y el bravo Sánchez Megías.

Y se oyó el clarín, pareciendo por esta vez que su sonido era triste, agorero, fúnebre...

Hízose el silencio...: ese silencio sepulcral que predispone el ánimo a la tristeza...

Currito buscó a María con la mirada...: María con la suya besó a Currito... Los ojos se entendieron...: fatal explicación...: él parecía decirle: «ya no vuelvo a verte»...: ella lo presintió así, recorriendo su cuerpo el estremecimiento de lo horrible...

Fuese el matador en busca de su enemigo, dispuesto a demostrar con aquel toro a qué altura llegaba su sapiencia en el difícil arte de Romero...

Siguiéronle los otros espadas para ayudarle en su faena, pero creyendo Curro que tal auxilio no era favorable a su dignidad profesional, gritó secamente:

—¡Fuera!...

Se retiraron los compañeros, porque harto sabían lo tenaz que era el niño en sus decisiones; y entonces Ramírez desplegó la muleta, sufriendo una colada tremenda del peligroso animal, hecho que se repetía a cada pase... El toro despreciaba una y otra vez el trapo rojo, embistiendo al bulto con siniestras intenciones; y el macareno, valiéndose de su serenidad sorprendente, evitaba las tarascadas con un valor estoico.

Al dar un pase de pecho emocionante, sacó rota la manga de la chaquetilla; el bicho le había derrotado en el momento de elevar el brazo...

Acudieron los peones presurosos...

—¡Gente fuera he dicho!...—volvió a gritar con acento que no admitía réplica.

Y siguió pasando duro, entero, imponiendo a todos respeto, admiración...: haciendo sentir el escalofrío de lo emocionante.

La faena fué una de esas que dejan recuerdo imperecedero en los buenos aficionados...

De aquel toro imposible, había conseguido hacer un bicho boyante, codicioso, acudiendo al terreno que el matador exigía para darle la lidia que merecen los toros de buena divisa...

El criminal deseo de D. Juan Manuel se alejaba más y más...: El infame trabajo del «Niño de Utrera», había resultado infructuoso...

En uno de esos momentos delirantes en que el público, de pie, premia una labor con aclamaciones merecidas; en uno de aquellos momentos en que el entusiasta arroja al ruedo el puro, el sombrero, una prenda de su indumentaria, para expresar de tan gráfico modo la admiración que siente por las proezas de su preferido: en uno de esos momentos en que hasta las mujeres gritan, aplauden, se entusiasman y reverencian al lidiador, María; la enloquecedora María, arrancó de su pecho venustiano el ramo de niveos claveles, arrojándoselo a Curro; a Curro de su alma, en el preciso instante en que el matador, frente a ella, tomaba alientos aprovechando la circunstancia de que el toro se detuvo cansino, jadeante y olvidado de su acometividad...

Aquellos claveles cruzaron el espacio como palomita ansiosa de detener su vuelo, cayendo sobre el grifo testuz de la bestia que hizo un extraño y retrocedió al contacto de las flores... Entre éstas y el matador; y entre el toro y aquéllas, había la equidistancia de un metro escaso...

Curro lanzóse ansioso a recoger el ramo de claveles, que para aquel corazón enamorado constituía la más preciada joya.

Movimiento instintivo, impremeditado: ¡fatal imprudencia!...

¡El grito desgarrador de una mujer!...: ¡el alarido de espanto de la muchedumbre!... ¡Choque atroz; bárbaro; seco!...

Currito fué enganchado, y el toro lo volteó con salvaje pujanza...: el asta hervidora clavóse en el pecho del infeliz lidiador, y el bicho arrastrándolo en fatídica carrera, derrotó al fin, despidiendo el cuerpo a larga distancia...

Ella le fué siguiendo con la mirada por el camino de la muerte...

El infeliz Ramírez llevóse la mano donde se había abierto la herida, y sobre ella apretujaba ansioso aquellos claveles que aún mantenían trágicamente los dedos engarfiados...

El toro arremetió de nuevo; de nuevo corneó ensañándose en su enemigo, buscando en el revoltijo de músculos que se retuercen, vísceras que palpitan, sangre que surge a torrentes, un corazón que romper y roto quedó al fin...

Los compañeros todos, en pugilato de cariño,

de humano instinto, de sincera piedad, expusieron la vida para salvar la de Currito...

Capotes, golpes, gritos, asimientos...: de nada hizo caso «Desavío»...; el cálido vaho de aquel cuerpo juvenil acrecía el instinto sanguinario del feroz astado, y no sin grandes esfuerzos lograron llevarse al animal.

En medio de su agonía, los ojos del moribundo buscaron a Carmela, y la vieron sí...: la vieron cuando las pupilas se iban apagando entre cegadores rayos de un sol abrileño, póstumo adiós de una existencia rota...

Como si una mano monstruosa hubiera oprimido a un tiempo todas las gargantas, ahogando por siempre las voces después de aquel alarido de espanto y de dolor, el público guardó un reverente silencio, para que hablaran los ojos húmedos lo que callaban los labios secos...

En cruz, como el Cristo de Bethania, yace Curro sobre la hirviente arena...

El torero que a los públicos hiciera sentir el más cálido entusiasmo; el que presara las voluntades; el que supo llevar el arte a lo sublime; el de castiza gracia y destreza insuperada, quedaba en el anillo como en púrpura cesárea, como titán caído, como estatua trunca...

En los velados cristales de sus ojos, quedóle gélida una mirada de angustia...: en su faz exangüe, un gesto de hondo pesar...: sobre su pecho, los blancos claveles que la muerte convirtiera en rojos al ser bañados por el coralino rocío del

corazón que ellos hirieron antes que lo destroza-
ra la astada bestia...

Allí estaba aquel cuerpo de perfectas alineacio-
nes; antes, con plétora de vida; ahora, ahogado
en sangre...: en sangre juvenil, hervidora, san-
gre escapada de las abiertas venas por donde
saliera arrollando el alentador efluvio de la exis-
tencia...: sangre, que al desbordarse aborbotona-
da y sin trabas, iba siluetando en la arena la figu-
ra del ídolo sacrificado...

La montera endrina...: aquella montera que tan
sugestiva gracia imprimió al apretujarse chulona
sobre la frente del infortunado Currito, yacía en
el suelo, polvorienta, desmañada, imponente,
triste, como su fúnebre color...: triste, como si
aquella prenda de tupidos rizos comprendiera que
nunca más había de besar en el mentón del prefe-
rido por las muchedumbres que dan asenso a
la gloria...: que nunca más había de verse asida
por la diestra del mozo temerario que la elevara
como pavés en triunfo, para corresponder a los
aplausos que el lidiador supo arrancar con su
trabajo emocionante...

La muleta...: aquel trapo bermejo que tantos
entusiasmos había hecho sentir...: que tan multi-
plicadas veces se viera impelida por las astadas
fieras...: que tanta fama prestara a su domina-
dor, aparecía trágica, desarmada, rugosa, be-
biendo sangre del hombre, para confundirla con
las húmedas rojeces de la que antes la bestia pro-
digara...: Allí vencida, amapolando los arenosos

granos de aquel ruedo que acababa de recorrer victorioso su colosal mantenedor...

¡Adiós, días de ensueños venturosos; de cuadros incentivos, plenos de luz y de matiz; de ambiente saturado de ilusiones; de encantos; de idílicos empachos de vencimiento y gloria!...

¡Adiós, admiración; fama envidiable; juventud; prometedoras sonrisas; puros amores!... ¡Todo; todo quedaba allí envuelto en crueldades de sino; en putrúlagos de las venas; en crespones de muerte!...

En brazos de sus banderilleros que, no podían refrenar las lágrimas, fué conducido aquel cuerpo exánime para que la ciencia diera cima a la destructora acción iniciada por «Desavío».

¡Allí va Curríto para no volver nunca; que es viaje eterno el que se emprende cuando se rinde la vida!...

¡Y a la enfermería llegaron los humanos despojos, sembrando el camino de líquidos rubíes!...

Por los intersticios de la puerta de cristales, salían esas acres emanaciones de los líquidos curativos; pero no escuchábase siquiera ese quejido ronco, entrecortado, isócrono, del agonizante, como última manifestación dolorosa de la materia...

Apenas fué despojado de las ropas, los médicos comprendieron que nada había que hacer en lo que sólo era carne sin alma...

Se abrió de nuevo la puerta de cristales apareciendo en ella el médico de la Plaza, que lívido,

nervioso, presa de congoja, dijo con voz que ahogaba la intensidad de la pena:

— ¡¡¡Se fué para siempre!!!...: ¡¡¡pobre niño!!!

¡Ante la mesa de operaciones, yacía Currito cubierto con paños blancos manchados de sangre, como fatídicas huellas que ponían su roja interrupción en la nitidez impoluta de la envoltura...



CAPÍTULO XIII

¡MATER DOLOROSA!

En el lindo oratorio de la casa de Curritó; y a los pies del Cristo de la Expiración que pendiente de una cruz de plata y nácar aparecía por entre los ricos doseles de la hornacina, Rosario «La Campanera» hallábase prosternada desde que su hijo estrechándola sobre su pecho y besándola en la frente, le había dicho momentos antes de salir para la Plaza:

—¡Que yo no zepa que yora ni que eztá afligía!...: ¡no sea tú tonta, que a mí no me paza na!...: ¡Do hora de pelea, y aquí de nuevo!...: ¡Y mañana iguá!...: ¡y al otro, y al otro y al otro, y... ziempre!... ¡Dio zabe que tú no tiene má que un hijito, y no te lo ha de quitá nunca!...: ¡ya tú lo verá!...

Y se desprendió no sin grandes trabajos de

aquellos brazos que encierran la más santa verdad de la vida, y se fué el espada...: ¡se fué, sin que llegara a sospechar que el calor de aquel pecho santo lo disfrutaba por vez postrera!...

.

¡Pobre madre!...: ¡elevaba a Dios sus plegarias para que a su niño nada le pasara; y, la fuerza del sino con su implacabilidad cruenta, apagó el grito sagrado de aquel ruego maternall...

Mientras que la infeliz vierte a torrentes las lágrimas desde el apartado santuario de su morada, en la Plaza; con el rostro exangüe; herido por el asta de un toro; entre el clamor del público presa de espanto; sobre la tierra bermeja y trágica del circo; entre oleadas de sol sevillano y perfume de flores, entre gritos de varón y sollozos de mujeres, cae sin vida el que hacía momentos maravillara con su elegancia, con su arte y con su valor.

Pedro Antonio que no había querido asistir a la corrida sin que se explicara el por qué de la espontánea prohibición que se hizo a sí mismo, paseábase por el despacho de Currito mientras que Rosario oraba con fervoroso recogimiento.

De pronto entró precipitadamente una criada que con la faz descompuesta y trémula la voz, le dijo por lo bajo:

—¡Zañó Pedro Antonio qué esgrasia!...

—¿Qué paza?...

—¡Han cogío ar niño!...

—¿Qué dise chiquiya?...

—¡Que han cogio ar niño, y que debe zé coza mala!...

—¿Pero quién t'ha dicho ezo?...

—¡Yo que ze lo he oío a mi compare er «Tenasa» que ze lo eztaba contando a «Meterio» er de la Micaela, y que ze cayó c'omun muerto en cuantito que me vido yegál!... ¡Yo quize zabé zi era grave er zuzezo; pero por má que jise, el *endino* no ha zortao prenda!...

No esperó oír más Pedro Antonio, saliendo precipitadamente con dirección a la Plaza; pero no sin antes recomendar a la doméstica que guardara el más absoluto silencio, para que Rosarito no pudiera apercibirse de nada...

.

—¡Atrás!...

—¡Jay que tirarme los cinco tiro er *Mause* en mitaíta er corasón, pa que yo me pare!...

—¡Atrás he dicho!...

—¡Yo entro ahí ajora mizmito, manque me cuezte la vía; zeño Guardia!:...—contestó Pedro Antonio con tan persuasivo acento, que el civil comprendió que había que matar a aquel hombre para que desistiera de su empeño tenaz.

Disponíase el del tricornio a obligar al ex mayoral a que retrocediera, y no se sabe lo que hubiera podido ocurrir teniendo en cuenta la desesperación del intimado, cuando afortunadamente apareció en la puerta de la enfer-

mería un empresario que dijo al guardia civil:

—Si alguien puede estar aquí con derecho, el señor es el más autorizado...

—¡Está muy bien...: pero ya comprenderá usted que yo no puedo olvidar las órdenes recibidas...

—¡Claro!...: ¡por eso le digo a usted que se trata de persona interesada!...

—¡Con que lo hubiera declarado así, nos habríamos evitado polémicas!..

—¡Con que ozté l'hubiá preguntao, eztábamo al otro lao e la caye zeñó Guardia!...

Y sin esperar a más razones, Pedro Antonio penetró en la tétrica estancia.

Visible temblor agitaba su cuerpo... Avanzó hacia la mesa fatal donde aparecía envuelto el cuerpo de Currito, y Pedro Antonio se descubrió... Siguió avanzando, pero ya con menos bríos... Su mano, como impulsada por fuerza desconocida, destapó el rostro del torero...

Lívido, nervioso, secos y trémulos los labios y el cuerpo rígido y firme, el ex-mayoral quedóse fijo en los rasgos juveniles del mozo cuya vida había sido cortada en flor por la inflexible mano del destino...

En la faz del padre de Carmela había un gesto indefinible...: sufrimiento, ira, espanto, dolor; todo a la vez en tremenda mezcolanza... Una sonrisa amarga apareció en sus gruesos labios, mientras que dos lágrimas silenciosas rodaron por sus mejillas siguiendo los surcos de aque-

llas arrugas gemelas que parecían encerrar en un paréntesis su boca...

Poco a poco, la cabeza de aquel hombre temerario fué inclinándose hacia el suelo; ya que probado es que, el dolor, se convierte en formidable paladín que vence con la prepotencia de su poder a todas las humanas gallardías...

La casa del infortunado Curruto está invadida por un gentío inmenso...

—¡Mi hijo!...: ¡mi Curro!...: ¡mi niño e mi arma!...: ¡quiero verlo!...: ¡quiero verlo!...: ¡yo tendré való!...: ¡ejarme!...: ¡quiero í!...: ¡hijo mío!...

—¡Rozario por Dio!...: ¡ten *resirnasión*!...; ¡ten carma!...

—¡Rozarito mujé!...

—¡Zeñá Rozario!...

Estas y otras exclamaciones brotaban de los labios de los acompañantes de la infeliz «Campanera», queriendo expresar lo que no sabían decir. Nada con razón se arguye capaz de mitigar el duelo más sincero y más grande: ¡el duelo de una madre!...

Hay un empeño—¡bendito empeño humano!—en calmar dolores en los críticos instantes en que la fatalidad clava sus impiadosas garras en un corazón apenado...: ¡vana porfía!...

¿Qué razón, aunque esa razón llegue al conocimiento del paciente, es capaz de matar el padecer del alma?...

Se dice; se argumenta; pero se tiene el convencimiento de que es inútil todo esfuerzo, porque la entraña sigue latiendo, y el espíritu vibrando en la cárnea envoltura...

Pedro Antonio, como amigo que más autoridad ejercía en el ánimo de «La Campanera», se opuso rotundamente a lo que de modo alguno se podía consentir.

—¡Rozario, hijita, ten conformiá!...: ¡no t'empañe en jasé lo que yo no te dejaría jasé nunca!...: ¡tú verá ar niño!...: ¡pero aquí!... ¡Te lo prometo!...

Aquel hombre que había tenido que pechar con el doloroso cometido de decir a la madre todo lo horrible de la verdad, toda su inmensa desgracia, sentía martirizar más con sus negativas a la infortunada...: ¿pero cómo permitir que Rosarito fuera a la Plaza?...

Con la faz descompuesta; desencajada; cada-
vérica...: caído el cabello sobre sus amplios hombros...; vertiendo copioso llanto que baña aquel rostro de inmensa amargura...; su cuerpo en constante estremecimiento; presa de un frío de muerte, Rosario da la sensación de aquella otra Madre de los Siete Dolores, que al pie de la Cruz vió morir a su Divino Hijo pendiente del oprobioso madero que El santificara con su Preciosa Sangre.

Lucha; se impone; suplica...: quiere salir en busca de lo que ya no es más que materia inerte; carne gélida; heridos despojos; nada...

¡Pobre Rosarito!... ¡Qué cruenta porfía!...:
¡qué tremenda prueba!...: ¡qué atroces tormentos
le deparaba lo inevitable!.... ¡qué cruel había
sido siempre para ella la vida!...

.

La luna, en su constante rodar, cruza el espacio como esferoide de plata lanzando sobre la tierra sus argentados rayos.

La Plaza muéstrase sombría y solitaria en aquella vasta planicie que horas antes invadía una muchedumbre alegre y bulliciosa; una muchedumbre dispuesta a gozar de los efímeros placeres de la vida, mientras que en la soledad de la noche, aquella planicie aparecía con todas las imponentes tristuras de su tétrica mudez, como contraste de cuanto lleva marchamo humano.

Así es el mundo; y siendo así, precisa aceptarlo, no con las pasiones y egoísmos de que alardeamos como si el postrer desengaño no existiera; sino con el racional convencimiento de que, para mejor cumplir en este malhadado tránsito, hay que pensar menos en lo pasajero y más en lo evidencial.

El circo proyectando su sombra gigante sobre el anchuroso espacio que le sirve de asiento; dejando escapar por sus altos ventanales oleadas de luz acerina, asemeja cíclope de innumerables ojos por los que se escapan miradas de remordimiento; sí; de remordimiento, ya que la extraordinaria amplitud de su seno, presta acomodo a

quienes buscan sus propios goces a expensas de ajenas vidas.

El coloso de piedra abre una de sus múltiples bocas, y escupe a unos seres que como sombras caminan conduciendo sobre sus hombros un algo que estremece; que impresiona; que contrista... Sólo se escuchan las rítmicas pisadas de los conductores, y el apagado murmullo de quienes siguen de cerca los restos del amigo querido. Aquel fúnebre cortejo siluetándose sobre el camino que recorre, asemeja conjunto de imágenes espectrales emergiendo de las entrañas de la Tierra...

Allá arriba, sobre la circunférica coronación del Circo, vaga la sombra de Currito que con el índice señala las manchas rojas interruptoras de la blancura del sudario que le ha ofrendado la bestia humana... La bestia humana que ríe y se divierte, cuando ha dejado a la espalda una víctima para que la llore una mártir desolada...

La momentánea impresión; el amargo sabor que deja el trágico fin del *ídolo*; el comentario; he aquí tres plegarias que desde los cafés, los cines, los teatros, las juergas y el escándalo, elevan los que, llorando por la tarde, buscan un sedativo a sus pesares en el nocturno gozar o en el hamposo vivir.

Unos días de encomiástico elogio; unas capzadas de tierra, y apenas nacida la compasión, muere el recuerdo...

Y, otra vez la fiera se sacude en espera de la nueva víctima.

.
Un grito desgarrador...: uno de esos gritos que sólo brotan del corazón de una madre, se escucha en el oratorio de la casa de Currito, convertido para él en capilla ardiente...

El féretro acaba de ser depositado sobre un severo túmulo...

Ojos que acusan demencia, clavados están en el arca funeraria...: un cuerpo que sostiene manos piadosas, avanza con engañadores alientos...: una faz inenarrable; un hipar de agonía; un ¡¡¡hijo!!! que desgarrar el alma, y unos brazos que se aferran al ataúd para después rodar una mártir a los pies del Cristo de la Expiración!...
¡Mater Dolorosa!...



CAPITULO XIV

LA OTRA VÍCTIMA

¿Y María del Carmen?...: ¿qué había sido de ella?...

Es necesario que retrocedamos a los tristes momentos de la tragedia.

Gozaba la hija de Pedro Antonio los instantes más gratos de su vida paladeando los triunfos de Currito y haciéndose la ilusión de que el bravo mozo aún le hablaba al oído; aún le ofrecía amores; aún le pedía zalamero un blanco clavel de su maceta, y el encendido geránao de sus labios...; gozaba la infeliz de estas ilusiones pasajeras, fruto de tiernas recordaciones, cuando de pronto surgió el drama y un grito de angustia brotó del pecho de la pobre Mariquita, como si mano alevé hubiera descargado un arma homicida sobre su corazón.

Lívida; descompuesta; loca; incorpórase de su asiento, para de nuevo caer dominada por la inmensidad de su dolor.

Entretanto, D. Juan Manuel miró por última vez el cuerpo inánime de su rival, y con gozo salvaje díjose a sí mismo como sentencia inicua y bárbara: «¡Muerto para el mundo, para ella y para mí!: ¡ahora respiro!... ¡He triunfado!»...

En la primera grada del tendido y a espaldas de las barreras ocupadas por el matrimonio, un criado del ganadero asistía a la corrida.

El celoso sirviente, acudió rápido en auxilio de María del Carmen tan pronto como la vió desplomarse sobre su asiento; y ayudado por don Juan Manuel, condujéronla hasta el auto que esperaba en la puerta al cuidado del chófer.

El coche partió rápido.

Intensos palores enmatecían la faz de la bella; sus músculos contraíanse como por retroacción, y allí, en el mismo compartimiento del vehículo, el marido tuvo necesidad de restar opresiones a la esposa para dejar libre acción a la entraña palpitante.

Los pechos de María, blanqueaban lechosos como esferas marfileñas, bajo el perlear de su más íntimo ropaje.

D. Juan Manuel estremecíase de voluptuosidad. ¡No podía ser más propicia la ocasión! ¿Pero qué entendía de dolores aquel conjunto brutal de miserias?...

Una vez en la casa, la hija de Pedro Antonio fué conducida hasta su lecho, y momentos después, su cuerpo ideal quedaba cubierto por las ricas holandas y sedas fastuosas de aquel tálamo de horrible historia.

Fué avisado el médico; éste acudió presuroso, siendo su primer cuidado el de hacer que la enferma reaccionara; conseguido esto, recetó, y recomendando que se dejara a Carmela en absoluto reposo, despidióse de Cubero hasta aquella misma noche en que volvería por si algo anormal se presentaba.

Un mes había transcurrido desde el día del trágico suceso, y se creyó vencida la grave afección de la desdichada esposa del ganadero.

Llamaron convalecencia, lo que sólo era período de transición.

Una mañana en que Pedro Antonio hallábase al lado de su hija tratando de animarla y dar consuelo a su contristado espíritu, Carmen dejó correr las lágrimas, diciendo a su padre con acento dolorido:

—¡Zi é verdá que usté me quiere, pida a Dió que me yame pronto!...

—Pero niña, ¿qué dise?...

—¡Él lo era todo para mi felisidá!...: ¡ze fué, y me dejó zin alma!... ¿quién é capá de probá que zin alma ze puede viví?...

—¿Ya eztamo con er mizmo tema?...

—No le dé a uzté cuidado que mi espíritu vue-

le hasta el sielo:... ¡hasta el sielo, sí!...: ¡Curro y yo zeremo felise!... ¡Ayí ze encuentra la verdá!...: ¡aquí zólo existe el engaño!...

—Pero oye niña...: ¿no v'azé pozible er que tú te enmiende?...

—¡Veo zu imagen en todaz parte proyectándose como un cuerpo real!... ¡La veo, y no ze aparta de mí!...: ¡me zonríe; me yama; y, ¿dezpué de matarlo, no voy a acudí?...

—¡Hijita mía no dezvaríe!...: ¿jaz podío matá a quien te jasía viví?... ¡El pobre Currito murió, poi que murió!...: ¡poi que zí!; ¡poi que jabía zonao la jora, y er zino lo dizpuzo azina!... ¡Y no dirá que no me ajoga la pena c'a ve que mento a Currito!... ¡Yo tamién lo yevaba aquí dentrol!—y con la diestra golpeábase el pecho;—¡jondo; mú jondo!...: ¡que eran mú antiguo miz querere, y yo lo mesí en la cuna!... ¡Mira: no jablemo de ezto hijita!... ¡C'a ve que lo nombro, me dá una coza por la cabesa, que paese que me voy a gorvé loco!...

—¡Padre, aqueyo clavele!—insistía la joven—¡aqueyo clavele maldito!...: ¿no fueron mía laz flore?...

—¡Tuyaz!...: ¿pero qué t'iezo que ve?... ¿Acazo tú laz jechazte pa jasé er daño?...

—¡No!...: ¡pero lo hicieron; lo hicieron!: ¡y no quiero viví padre mío!...

Y la joven dejó caer la cabeza hacia atrás; extravióse su mirada, y hubiera venido al suelo al no estar cerca Pedro Antonio.

El alma tenía la culpa de que Carmela no mejorara: nunca más volvería el alma a su salud: sus alas trucas, no podían hacerla surgir de aquel abismo de dolor...

Como una pesadilla se aferraba en su mente el trágico recuerdo de aquella tarde maldita.

Lo veía suspendido por la encolerizada bestia; el cuerpo desmayado sobre el fiero testuz de pelo rizado, hirsuto y áspero; la horrible cornada en el pecho; la frente rota; sus ojos entreabiertos, con coágulos de sangre en el cristal; tétrico mutismo en sus labios exangües; sedas rasgadas; brillos de oro, y por último, la removida arena con rojeces siniestras, sobre la que descansaban en quietud desconsoladora aquellos despojos que en vida se tradujeron en amor, en valor y en gallardía...

No recordaba más, porque ella cayó también en el abismo para seguir después por la ignorada senda del ido...: ¡pero luego!;... ¡luego!;... ¡un poco más tardel...

Triste estado el de la pobre enferma...; visión horrible que no podía apartar de sí...; fantasma insistente que jamás huía de ella, obligándola a cerrar los ojos para abrir las fuentes de sus lágrimas...

Así pasaron tres meses: llorando con amargura; oyendo el trino de los ruisiñores que poblaban el jardín del palacio; anhelante por el continuo jadear de su respiración penosa; fija la mirada en el terciopelo rojo de la butaca en que

abandonaba su cuerpo feble, y cuyo siniestro color hacía más vivo el recuerdo de la horrible causa de sus males...

Así dejábase arrastrar por su doliente empeño; pensando sólo en lo que para ella constituía su única dicha...; sólo pensando en la dulce atrición...; sólo pensando en algo que la infeliz presintió y que ansiosa deseaba...

—Me han dicho que sales todas las mañanas muy tempranito...: ¿es verdad eso, María?...

—¡Sierto!...

—¿Y con qué permiso se atreve mi niña a pisar la calle?...

—¿No é bastante el mío?...

—¡Qué disparate!...: no señora...: tú no puedes dar un sólo paso sin que lo sepa tu maridito; sin que él lo autorice; sin que él prevea si puede dañarte o no ese paso...

—¿Dañarme a mí?...

—¡Claro!...

—¿En qué zentido?

—En el sentido de que una mujer odiadora de su pobrecito esposo, ha de ser muy vigilada...

—¡Ni con una zola idea, ni por una zola ve, haz probado zer digno de que te ze conzidere como perzona de honó!...

—*Considera, alma cristiana, que en esta cuarta oración*—dijo don Juan Manuel lanzando una carcajada irónica.

—¡Meresería que, con mi odio, corriera pareja mi conducta...

—Sí; pero como quiera que en esta sociedad en que vivimos no es bastante ser buenos, sino que a la vez hay que parecerlo, y como formo parte de esa sociedad, sin olvidar tampoco mi derecho de cónyuge, precisa el que yo fiscalice tus actos, viniendo obligada a decirme dónde vas, cómo vas y a lo que vas todas las mañanas fuera de esta casa, que es muy honrada casa, para que nadie le señale con el índice...

—¡No zabe pezá loz zacrifisio que cuezta el honó cuando hay que ezcudarlo contra el impulso de una pación loca; de un dezeo avazayadó; má avazayadó, cuanto má imposible; de un amó que condena, corroe y mata, zin que la dignidá se rezienta; zin que la vergüensa colorea el roztro; zin que el pecado haga incliná la serví...

—¡No te comprendo María!: ¡explicatel...

—Ze necezita zé muy torpe para no interpreta miz palabra...

—¿Qué quieres que haga si soy así?...

—Digo que no merezco eza fizcalisasion e a que te refiere, ni que de miz acto ze dude, ni que ze menospresie mi conducta... La mujé que vilmente fué zacrificada y que detezta al marido que eya no eligió; la mujé que despresa al victimario, dándole a conosé la repugnancia que le izpira; la mujé que ama con locura y zacricula zu pación en ara de zu honradé, tiene derecho a exigir rezpeto meresido y a que zea jugada

con toda la equidad que merese zu conducta...

—Bien dicho todo eso...: pero a pesar de las seguridades que ofreces, y, que yo acepto como buenas,—aunque no me constan,—vuelvo a repetirte que, necesito saber dónde vas tan a prima hora, cosa que tú no tendrás inconveniente en aclararme dada la *amabilidad* que te caracteriza... «Las mañanitas de Abril son muy dulces de dormir»...: ¿no dicen eso luego?...; pues aunque no estemos en ese delicioso mes, en que la temperatura se suaviza y la vida aparece, también las mañanitas de Julio se prestan al regodeo del lecho, para librarse de los caliginosos besos que Helios nos da en la calle...: por ello, yo quiero saber la causa del por qué tú no disfrutas de tan cómodas y apetitosas dulzuras, ya que el prohibirte de ellas a mí me causa amargos sabores... Como fuiste «vilmente sacrificada»; detestas al marido que no eligió tu corazón; «desprecias al victimario» y le haces conocer «la repugnancia que te inspira», no quiero que algún día, aunque hasta hoy vengas sacrificando «tus amores» en «aras del honor», te olvides de quién eres, y en un momento de ceguedad o de locura, pudieras invertir los términos...

—¡Qué idea más baja, y qué modo de insultá más miserable!...

—¿Tomas mis indicaciones como insultos, cariño mío?: ¿la invocación de mi derecho como marido, tan pésimo efecto te causa?... Haces mal, ciélin...: pero no obstante; si te place tra-

farme con crueldad, yo te lo dispenso todo con tal de verte feliz...: ¿quieres más?... Ahora bien; esta condescendencia mía, no ha de excusarte del cumplimiento de tus deberes; de tus sagrados deberes de esposa...: con que dime vida...: ¿dónde vas todas las mañanas, tan tempranito y sola?...: ¿quieres responderme?...

—¡Imbésil!...: a pagá a un muerto miz crueldad!...: ¿tiene selo de un muerto?... Zon do alma que ze aman, y el amor de laz alma no mancha...: al contrario; purifica y eleva... ¿Pero qué entiende tú de ezo?...

—¡Mira un amor que no me da cuidado alguno que le dediques tus entusiasmos!... ¡Jamás hice caso de las cosas del espíritu, aunque siempre fuí un fiel adorador de todas las *exquisiteces espirituosas!*...

—Tú ziempre fuiste adoradó de cuanto dezcalifica y dezhonra...

—Muchas gracias por tus lisonjas...

—Laz meresida...

—¡Quizá tengas razón!...

—Zuprime el adverbio de duda, y emplea la locución «quizá y zin quizá»...

—¿Sabes que me explico perfectamente que tus doctos profesores estén satisfechísimos de tí?... Eres cada vez más aprovechada... Progresas de un modo maravilloso en la cimentación de tu cultura... Te has transformado en la dama instruída, elegante y de exquisito trato...: ¡cualquiera adivinaría en tí a la hija de mi mayorall!...

—¡Como en tí nadie adivinaría al cabayero!...

—¡Qué loquita eres!...: pero, mira rica; no te enojés conmigo, aunque alguna que otra tontería te diga de vez en vez...: ¡te quiero tanto!...

—¡Mucho meno de lo que yo te aborrescol!...

—¿Y para qué ese trabajo?... ¿Por qué persistir en tan tenaz empeño?...: ¿Dejas por ello de ser mía?...

—¡Dezde que él murió!... ¡Eze é mi juramentol!...

—¿Pero tú crees que lo has de cumplir?...

—¡Ziempre!...

—¡Nunca!: ¡Tú eres mía, y lo seguirás siendo!

—¡Jamá!...

—¡Cuando me cuadre!...

—¡Ante ze quedará tu vida entre miz mano!...

—¡Pues voy a morir!...

D. Juan Manuel se avalanzó hacia la esposa, como sátiro provocado...

—¡Quieto!...: ¡ni un pazo más!...—gritó María fuera de sí...

—¡No te rezista mujé!...: ¡jéchale carne a la beztia!...—dijo Pedro Antonio apareciendo en la puerta de la estancia.

El ganadero dirigió la mirada hacia su ex mayoral; y al ver el gesto amenazador de aquel rostro iracundo, salió de la estancia precipitadamente, presa de un pánico incontenido.

—¡Cobarde!...: ¡en zu caza y juye!—exclamó el recién llegado, al mismo tiempo que sonreía con desdén.

—¡Padre!!



CAPITULO XV

EL ARREPENTIMIENTO

Agitándose por entre las bordadas sábanas de aquel lecho estilo pompeyano; entornando sus ojos de princesa egipcia, endrinos martirios que adornan aquella faz dulcemente acariciada por los rayos de la Luna que entran invasores a través del amplio balconaje; cayendo sobre la frente las blondas de su gorra dormilona que blanquean más y más al claror de la acariciadora Selene, aparece María, inquieta, febril e insomne.

Aquella figura, de una plasticidad arrobadora, parece producto de la ilusión, más que una frangente realidad.

Pedro Antonio ocupa un asiento al lado de la cabecera de su enfermita. Este padre, es para la hija, como rama de muérdago para las Druidas con todas sus maravillosas virtudes curativas; ya

que con su presencia, parece que aminora los males de la joven, haciendo que las crisis sean siempre favorables para aquella desdichada.

Eran esas horas de silencio que tanto conmueven a los corazones virginales.

María, que desde el lecho divisaba el infinito a favor del amplio invernadero, elevó hacia aquél la mirada, y dijo con acento apagado y triste al fijarse en la escintilación de las estrellas:

—¡Tiemblan como yo!...: ¿cuál será la zuya?...

—¿Vamo con lo mizmo hijita?... ¡Ejate ya e penzamiento dolorozo, pue de zeguí azí, tú mizma te eztá matandito!...; ¿no lo comprende?...

—No; no lo comprendo padre...: y usted para comprender mi estado, tendría que pasar por él y, nada más lejos de la posibilidad...

—¡Claro!...: ¡como que yo no quería ar niño!...

—¿Quién sería capá de dudá del honrado afecto que mi buen padre zintió por Currito?... ¡Nadie!... Y zi nadie puede dudá de la noblesa de Pedro Antonio, ¿iba a zé zu hija quien cometiera el crimen?... Haríaze necezarío para ezo, que yo me convirtiera en monstruo. A zentí, me enzeñó uzté; y zi ziento muy hondo, de uzté será eza bendita culpa, y no mía...

—¡Qué buena ere Mariquiya!...—replicóla el padre al mismo tiempo que apoderábase de una mano de su hija.

Como la Luna crestaba de acerinas luminarias las siluetadas cimas de los montes, Carmela interrogó a su enfermero:

—¿Ve uzté esa lú con que el aztro de la noche lo inunda todo?...

—¡Zí; la veol

—Pué lo mizmo invadió mi zer el carifio de Currito, hasiendo zuya mi voluntá y convirtiéndose en mi única esperansa... Murió el aztro de miz iluzione, y nada tiene de extraño que dezde entonse haya quedado en tiniebla mi alma...

—¡Cuánto zufre; pobre hija mía!... Pero ya é jora e que comprenda, que con entregarte siempre, siempre ar doló, no jaz de conzeguí otra coza que no zea matarte tú, y de pazo matarme a mí... ¡Ten rezirnación hijal; poique ezgrasiaíamente er má ya no tié remedio...

—¿Para qué quiero yo la vida; padre?...

—¿Que pa qué dise?...: ¡pue pa dí zozteniendo ezte arbo que ze jase viejo, y cuya ramita ze van doblando c'a vez má jasía la tierra!... ¿Te paese poco?... ¿Qué zería der arbo zin zu retoño?...

Los ojos de María se nublaron de lágrimas, y sus manos virginales apoderáronse de la diestra de Pedro Antonio para llevarla y estampar en la curtida piel de aquel dorso, un beso largo y prieto en testimonio del inmenso carifio que sentía por su viejecito...

Lentas pasaban las horas. Noches interminables se hacían aquéllas para la joven enferma, aunque si bien tenía el consuelo de verse privada del marido que, desde que huyera de la presencia de Pedro Antonio, se refugió en la Dehesa

con el propósito de no salir de ella, mientras que el ex mayoral no abandonara el palacio de la Plaza de San Fernando.

El padre decía a la hija con cierta entonación de cómica seriedad:

—¡Ya tú vé hija!...: ¡cuantimeno lo ezperaba, m'encuentro con una propieá, y, güena!... M'e-muao a la caza, jechando el amo a la caye...

—¡Qué cobarde e eze hombre!...: ¡cobarde como cumple a zu alma ruin!...

—¡No me lo ezpresie niña!...: ¡on Juá Manué e una bendisión!...: ¡Zólo que en quantito que tú ezté mejó, va er probe a bailá en la cuerda froja!...

—¿Qué quiere usted decir?...

—¡Na; niña!: ¡no t'aflija!...: quiero esí, que'n er momento que tú p'uaz andá una migitiya azín, —y señalaba con el extremo del dedo meñique— muz vamo má que e prizita a nuestra caza e la caye e la Parra, y dejamo ezte palasio pa zu dueño, poique a loz probecito, muz da mucho mío viví con tanta riqueza... !Zerá la farta e coztumbre!...: ¿no e ezo niña?...

—No puede ser lo que usted pretende padre...

—¿Que no pue zé?...: ¿y por qué hija mía?... —exclamó Pedro Antonio con extrañeza.

—Por dó rasone.

—¿Cuálaz?...

—La primera, porque eze miserable no lo consentiría.

—¿Y a mí qué?...

—¿Cómo?... ¿no é suficiente el arma de que ze valió para apoderarze de mí?...

—¡Cá, tontina!...: ¡ez'arma z'a convertío en la ezpá e Bernardo, que ni *puncha* ni corta!...

—¿Qué dise usté, padre?...—interrogó María con verdadera sorpresa y ansiedad.

—¡Lo que tú oye!... ¡ezcúcha hija!...: Ya no quiero ocurtarte por má tiempo lo que ja de aumentá tu doló; pero como arguna ve tenía que zaberlo, vaz a zaberlo ajora mizmito.

Y entonces, Pedro Antonio, hizo relato de todo lo ocurrido entre Curro y don Juan Manuel el día de la entrevista de ambos en Madrid, enseñando a la hija la carta que suscribió el ganadero, y que era como férrea red que envolvía al miserable para dejarlo sin acción y a voluntad del padre de María... Mucho lloró ésta...: mucho lloró al saber aquel nuevo rasgo de Currito, siempre noble y valeroso; siempre justo y amante; pero no hemos de ocultar que, en medio de su dolor, sirvióle de lenitivo saber que el maldito esposo quedaba imposibilitado para seguir ejerciendo sobre ella aquel odioso poder dominador.

—¡Bueno; bueno ez'tá ya niña!...: ¡no yore má mujé!... ¿tú no ve que te ez'tá poniendo peó?... No yore y contezta: la primera rasón que tú tenía pa creé que tu suplizio en ezta caza no podía terminá nunca, ya tú ve que afortunáitamente no e rasón...: dime ajora la otra pa que yo m'entere, y vea zi ze pué poné remedio u no ze pué poné a eza zegunda impozibiliá...

—La segunda, ez mi zecreto...

—¿Pa tu pare tamién?...

—Para mi padre má que para nadie.

—¡Eztá güeno mujél!...; ¡eztá güeno!...: ¿no pueo yo zabé lo que tú pienza?...

—Ya lo zabrá usté luego; maz tarde...

—M'eztá poniendo en cuidao, y vaz a conze-
guí que yo jaga una *ecatatombe* zonál!...

—¿Para que mi zalú mejore?...

—¿Pero tú no ve, niña, que me jase penzá en
coza mala?...

—No hay cuidado; ezté uzté tranquilo padre...

—¿Cómo v'oeztá tranquilo?... ¡Jase tiempo
que eza palabra no cabe en mi pecho, poique la
tranquilíá nunca fué amiga de los pezare, y de
eyo m'acormao Dio a mí.

Padre e hija aun siguieron conversando algún
tiempo, hasta que por fin María quedó bajo los
efectos del sopor de la fiebre lenta que iba mi-
nando su existencia de un modo insistente.

Al amanecer el nuevo día, la enferma mandó
llamar a su doncella para que la ayudara a vestir,
y en contra de la voluntad de su padre, abando-
nó el lecho para llegar hasta la pieza inmediata,
abandonándose en aquella butaca roja que tanto
le hacía sufrir por su trágico color, sin que por
eso dejara de preferirla a otra alguna.

El «Niño de Ultrera» demostraba vivísimo in-
terés en hablar con la señora, y por más que la
criada quería hacerle reconocer la imposibilidad

de momento, no hubo medio de que abdicara de su empeño.

—De lo que t'ocurra no me curpe a mí luego, —decía el vaquero a la sirviente.

—¿Y qué me va a pazá?...

—Ezo ya no lo pueo yo desí; ¡pa que tú vea! Pero no zea mala jembra, que a la zeñora le va a jasé mu poquita grasia cuando zepa la importancia del azunto que me trae a jablá con eya, y de pazo ze entere de que tú jas zío un ma'lange que m'az jecho perdé un tiempo presioso...: ¡con lo que vale er tiempo, y, má en ocazione como ézta!...

—¡Me daz mfeol!...

—¡Míeo o no míeo, tú verá lo que te conviene!...

—¡Me paese que voy a jasé tu voluntá!...

—¡Ezo quea e tu encargo!

—¿Y dise que ere?...

—Er «Niño d'Utrera»; un vaquero de la caza; un home que tié que dezembuchá coza gorda; ¡pero que mu gorda!...

—M'az desidío...: ezpérate un poquito, que ya eztoy aquí de güerta.

—¡Grasia a Dio mujé!...: ¡la Mardalena te guíe!...

Desapareció la criada; y no habían transcurrido tres minutos, cuando de nuevo decía al vaquero.

—¡La zeñora te ezpera!...: ¡pero que ya mizmitol!...

—¿No te lo ige, zuzpirasione?...: ¡te vá a morí de un empacho de esaborisión!...

—¡Bueno melozo!...: ¡meno palabra, y má limpiarze la pata; que eztá dejando lo zuelo, azí como pa darle con lejía en cuantito que te vaya!...

—¡Oiga la zefñá eztropajo!...: ¡yo no armito sierta palabrita que zon pa dichas a *inrasionalé*, porque f'aplico la punta der sapato en mitá e la rebotica, y te dezo zin gana de que diga tan ziquiera Ave María Purízima!...

—¿Y lo rezurtao, güen moso?...

—¿Lo rezurtao a mí?...: ¡plim!...: ¡pa íf, y pa toa tu generación de vivo y muertol!...

—¡Zi no eztuviéramo aquí, ya f'había conteztado yo como merese!...

—¡Zi no eztuviéramo aquí, ya f'había mazcao yo er pescueso!...

—¿De vera?...

—¡Ezo é un viejo mi arma!...

—¡Zi no jubíá ezpichao mi primo er Mataziete, ya te lo iría é miza!...

—¡Mardita zeal!: ¡no me lo *mientel*!: ¡ma'lzombra!...: ¿no ve tú que a eze fué ar que yo jise parmá, en la caye e Zan Jasinto?

—¿Tú fuiste er que le quitó la vía?...

—¡Yo, mizmitol!...: ¡ahl!... ¡pero *María Zopliyo*!: ¿tú qué te creía?...: ¿que estaba tratando con un bebé resién levantaíto e dormí la nana?...

La sirvienta miró asustada a su interlocutor, y emprendió después veloz carrera...

El vaquero quedóse riendo al ver la prisa que le había entrado a la doméstica.

—¿Y qué jago yo ahora?—se preguntaba— ¡Ná!...: yo me cielo po aquí, y arguien me zar-drá al encuentro...

Y penetró en la estancia inmediata, y luego en otra y en otra después, en la que un criado le cerró el paso.

—¿Qué ezo mi amigo?...: ¿quién é uzté?...: ezto no é carretera ni camino de libre circulación...: ¿ze va uzté enterando?...

—¡Voy a ve a la zeñora, que m'a dicho que pazel!...

—¡Pero inosente!...: ¿uzté cree que porque ze venga a ve a la zeñora, ze puede colá uno zin má permizo quer de la voluntá der vizitante?...

—Ya le je dicho a'zté que la zeñora me eztá yamando a vose.

—¿Cuándo lo ha mandao yamá?...

—¡Oiga comparito!...: ¿qué ofisio tié zu er-selensia?...

—Zoy el ayuda de cámara der zeñorito...

—¡Poz má paese ozté un jué de *intrusión*!...: ¡no pregunta ozté ná!...

—Cumplo con mi debé... ¿zabe?...

—¡Y yo cumpla con er mío, no aguantando ancas a naidel!...: ¿zabe?...: ¡conque andandito!

—¿Y ozté qué ofisio tiene zi ze pué zabé?...

—¡Er de zacamuela!...

—¿Ez chungá?...

—¡Ez chipé!...

—¡Me parece que é ozté argo pretensioso!...

—¡Pue a mí lo que me paese é, que zi tarda ozté un minuto en dejame pazá, v'azté a pazá las de Caín!...

Al sirviente no le pareció muy tranquilizadora la mirada del «Niño», y optó por servir de introductor al que tan picajoso y tan malas pulgas parecía tener.

—¡No hay que arterarse por tan poca coza!...: haja er favó de ezperá un momentito que ya vuervo enzeguía.

Y esto diciendo, el criado desapareció.

Entre tanto, el vaquero se puso a pasear de un lado a otro de la habitación, dando muestras de impaciencia.

—La zeñora ezpera...:—dijo el sirviente entrando de nuevo en la estancia.—¡Y por sierto que no le ha paresío muy bien este zegundo anunsio!...

—¡No zerá poique no lo dije!...

—¡Uno por cumplí mejó!...

—¡Dezagera!...: ¿no e ezo?...

—Perdone por ezta vé: pa otra, ya zere má avizao... ¡Pero, arza prontito y no gazte uzté tanta carmal!...

—¡Zoy yo ajora er que no tié priza!...

—¡Home por favó!...

—Azí ze jabla...: ¡vamo!

Segundos después, el «Niño de Utrera» se estremecía de pies a cabeza al darse cuenta de

quién era el acompañante de María de Carmen.

—¡Dio guarde a la zeñora y a la compañía!—
—dijo con acento que no acusaba gran tranquilidad.

—Y a tí también—contestó María.

—¡Dio guarde a loz tunanté, pa que uno puea conosé zu malita intensione!—añadió Pedro Antonio con marcadísima ironía.

—¡Güena, y mu güena, zon laz que me traen joy aquí!...

—Veamo...:—dijo María del Carmen.

—¡Mira «Niño»: no vaya a equivocarte, poz ya zabe tú cómo yo pago la equivocacione!...

—¡Tan verdá como quer Niño Jozú andó po er mundo, e lo quer «Niño d'Utrera» tié que chamuyá a la zeñora!...

—¡Aelante zin má rodeo, y cuidaíto venajo!: ¡yo te conosco má que la mare que te jechó ar mundo pa cazfigo e la humaniá!...

El vaquero no se atrevió a replicar, y haciendo como que no oía, le dijo a la hija de Pedro Antonio:

—¡Zeñora; yo he zío una mala prezona!...

—¡Y lo ere!: afirmó el ex mayoral.

—¡Eza e la equivocación!...

—Déjelo uzté padre...: que ze explique, y luego juzgaremo.

El «Niño de Utrera» continuó diciendo:

—¡Yo e zío una mala prezona, poique por un puñao e pezeta, he jecho una mala faena!...

—¡Por un puñao e pezeta, jase tú una mala

faena ar mizmízimo pare que t'emboquiyo!...

—¡Ezo jera endenante!...

—Cáyeze uzté padre...: déjelo terminá...: tenga uzté pasiensia.

—¿Te paese poca, aguantá a que ezte ezarmao ze mantenga elantito e tí?...

—¡Ay, por Dió!...

—¡Bueno; aelante!...

—Mizté zeñora...: ozté e mú güena, y yo zé que ja de creé cuantito yo diga!... ¡La consensia me muerde jase día mú jondo, y ocurra lo que ocurra, ayá va lo que me eztorba entro er pecho!

Y el «Niño de Utrera», con acento de compunción, hizo entonces un fiel relato de todo lo ocurrido entre el ganadero y él, desde el día en que el miserable esposo de María del Carmen le propuso la infamia del «Desavío», hasta que le hizo salir de Sevilla por temor de que pudiera hablar y aguarle sus ruines proyectos.

Un grito de dolor, se escapó del pecho de la enfermita al dar el «Niño» por terminada su confesión.

Un rugido de fiera, lanzó Pedro Antonio mientras que avalanzábase sobre el espantado vaquero que retrocedió instintivamente.

—¡Quieto padre; por Dió!...

Y la mártir se interpuso entre los dos hombres.

—¡Deja que jaga porvo a ezte azezino!...

—¡Zeñó Pedro Antonio que yo zoy inosente!...

—¿Tú inosente?...

—¡Yo fuí un marvao cón jase la mala faena de

enzeñá ar toro; yo fui un marvao, poique comprendía que aqué interé e don Juá, era pa coza mala...: pero que yo juro por la groria e mi mare, que ha zío lo único que he querío en er mundo, que zi yo zé que aqueyo va pa Curríto, ni lo jago, ni lo cayo, y canto e plano pa que ar funante le jubieran dao zu meresío... ¿A qué me mandó yevá toro ar Norte, zei día ante der Domingo e *Resuresión*?... ¡Pue por ezo mizmitamente!...: ¡pa que yo no le pudiera jechá a perdé la combinal!...: ¿ozté m'éntiende zeñó Pedro?... ¡Yo fui un mardesío; un mal home, poique me prezté a una coza fea...: pero yo a Curro lo quize como a mi pare, y zi me doy cuenta de la intensione del amo, ¡yo mato al amo como jay Dio!...: ¡Créame ozté zeñó Pedro; que é miza lo que yo eztoy isiendo!...

—La confezión de ezte dezdichado, ez zincera padre mío...: hay tal podé en la verdá, que se hase inúti todo esfuerse para ocultarla. El fué culpable, porque harto zabía que al aseptá las proposisione de eze miserable, realisaba un hecho inicuo; pero él ignoró quién fuera la víctima, para zacrificarla a la consumasión de eze hecho mizmo.

—¡La fija!...: ¡ni lo ángele lo jubieran dicho mejó!...

—Azí, pue,—continuó diciendo María— hay que tene un poquito de calma, y todo ze arreglará como correzponde en justisia.

—¡Justisia!...: ¡la mejó, la que uno ze toma

por zu manol...: ¡Jay mucho miyone en esta caza, y la jorca fué ziempre mú egoizta e carne, pero nunca quizo er dinero!...

—¡Yo juro ante Dió, padre mío, que Currito no quedará sin vengansa!...

—¡Ezo, ya lo zé yo!...: mientras jaiga en mi borziyo una hoja bien templá, er corasón de eze mardesío ejará e latí cuando yo quiera!...

—Quieta la hoja padre...: yo diré cuando ez tiempo de obrá...

—¡Tú; güen mosol!...:—dijo Pedro Antonio al «Niño»:—ya que tan bien zabe e pluma, va a ezcribí en un papé que yo te dé, toíto lo que acaba e confezá!...

—¡Toíto lo que ozté quiera; zefió Pedro!...

—Padre:—objetó María—mucho zanto pecaron, y luego se arrepintieron llegando a purificar zuz alma... Parese que ezte infelí buzca el camino de redensión, y no eztá bien que lo abandonemo cuando por voluntá propia viene a desí lo que no pudo desí zi no fuera zana zu voluntá... El mayó caztigo zuyo é que vaya dezpertando zu consiensia dormida, para que ella le acuze de toda zuz falta... ¡Máz ze purga azí que arraztrando cadena!...

—¡Quiera Dio que luego no te arrepienta!...: ¡ézte é un tunante mú empedernío!... ¡Ajora lo tiene en tuz mano; luego,... ¿quién zabe?...

—Padre: yo nunca me arrepiento de la buena obra que hago... Zi me engaña, zerá un delito má, y ya llegará para é la hora del caztigo...

—¡Jéchale er guante!... ¡quietesito ze va a eztá pa que tú lo diquele e nuevo!...

—Yo zé—replicó en tono persuasivo el «Niño de Utrera»—que loz home como yo, lo jemo perdío tó!... Pero yo juro, zi acazo a mi juramento ze le reconose alguna fuersa, que Remigio Zayone (a) «Niño de Uretra», eztá arrepentío e loz pie a la cabeza, y que zi Dio le da vía, degorverá bien por má tan y mientras zu cuerpo jaga zombra en la tierra!...

—¡Ya veremo ande arcansan eza güena palabrita encerrá en mal peyejo!... Libre ere por voluntá e mi hija...: obra como quiera...: pero no orvíe, que zi jase má, er má pagará manque te ezconda en lo *artípoda*!... ¡Y que t'encuentro zi te buzco, eztá jurao!... ¡conque a volá; mi arma!... ¡Ten mu en cuenta, que te jarde er pelo en cuantito que intente la charraná!...

—¡Yo zé mu bien que he nasío e nuevo, y que he de zé jonrao y querío!...

—¿Cuánto tiempo durará el arrepentimiento?...

—¡Toa la vía!...

—Yo creo—objetaba María—que en ezta ocasión dise verdá ezte dezgrasiado.

—¡Verdá y grande; zeñora!—añadió el vaquero.—¡La Vigen e la Esperansa pague a'zté lo güeno que ha jecho conmigo, y cuente conque dende hoy, er «Niño d'Utrera» no tiene máz voluntá que la voluntá d'ozté; zeñora!...

—Grasia hombre...: yo te agradezco mucho tuz ofresimiento, y quiera eza Virgen que invo-

ca haser que perzizta en tí la buena disposición que demueztza ahora, para zeguí marchando por la zenda del bien.

—¡Ay, zi pa luego jubieran teztigo!—dijo Pedro Antonio.

—¡Zañó Pedro...: er mejó teztigo, Dio!...